

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 17 - 23 enero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 268



**LA CUESTA
DE ENERO
ES UN MITO**

**EN ESTE MES SE BATE EL RECORD
DE COMPRAS FAMILIARES**

POSBALANCE
¡Grandes rebajas!



**ESPAÑA, A LA CABEZA DE LAS
TECNICAS DE VENTA EUROPEAS**

*Las pagas extraordinarias
refuerzan eficazmente las
economías domésticas*

Lea esta información en la página siguiente

LA CUESTA DE ENERO ES UN MITO



En este mes se bate el récord de compras familiares

QUIEN más, quién menos, quién por sí, quién por ojos de otro, todos sabemos algo de la llamada «cuesta de enero», la buena «cuesta de enero». ¡Aguella de antes de la guerra!... ¡Colchones empeñados, raciones disminuidas... No hace falta hurgar en la memoria de nuestros abuelos para conseguir testimonios de cuando se cerraban los teatros al llegar el primer mes del año. Poco a poco se fué creando un tópico, dotado de periodicidad, como la serpiente de mar. ¡Ah, la cuesta! ¡La terrible cuesta! Dibujos de Cilla, con monigotes descarnados y llenos de harapos, que igual podían ser cesantes sempiternos o padres de familia que se habían quedado en la inopia porque se les había ido la mano en Navidad. De otra manera: miseria colectiva, arrastrada durante años, con música de zarzuela y carcajadas amargas de sainete.

El frío y el calor, el jolgorio de la primavera y ese reposo dorado del otoño suelen venir en su tiempo. Los comerciantes también se han acostumbrado a que sus ventas se alteren según se arrancan hojas al calendario. Son leyes incambiables. Los abrigos se venden mejor cuando hace frío; los paraguas, sin lluvia, se dejan de comprar; a nadie se le ocurre ofrecer trajes de baño en diciembre. Cada cosa en su tiempo, y a sonreír todo el año.

Según las estadísticas, y en algún grado siempre son ciertas, enero, febrero y marzo parecían los meses de peor negocio. Luego venía una subida: abril, mayo y junio. Después se hablaba del bajón de julio, agosto y septiembre. Y una gran crecida, para terminar, correspondía a octubre, noviembre y diciembre. Lo malo es que los datos se reúnen por trimestres enteros. Y así no

es tan fácil averiguar lo que pasa en cada mes.

Las estadísticas sólo dan valores medios, en los que cada mes se iguala a los restantes para originar el resultado final. Por eso, aunque la tendencia señale que en el primer trimestre del año bajan las ventas, no se puede decir con exactitud si el fenómeno corresponde a enero, febrero o marzo. Respecto a enero, hay razones fundadas para decir que él no es el culpable de la baja de ventas trimestral.

Para la gente sólo había una cuesta: la de enero. Para el comercio, en cambio, se daban dos. Porque en verano, allá en agosto, en los grandes centros urbanos, sin gente, el negocio decrece algo. Sin embargo, por las provincias se derrama, en compensación, una muchedumbre con dinero fresco que da a la periferia una potente inyección de numerario.

Ahora tenemos frío por los cuatro costados. Hablar del estío reconforta. En la canícula, los turistas—pobrecitos, si tuvieran en invierno con «shorts»—se encargan de compensar, por ejemplo, en la capital de España, la falta de madrileños. Un vaso puede ser una joya. Si lleva grabada la Giralda se convierte en un objeto típico. Y abanicos, mantillas, peinetas, monteras... El turismo se ha encargado de absorber la producción creciente de nuestra artesanía. Dios sabe cuántos objetos pintorescos y delicados se encargan de compensar la cuesta del verano. (Y la ropa y el calzado a precios tentadores, no se nos olvide.) Pero si en la muerte de la crisis intervienen manos de extranjeros, la «cuesta de enero» ha sido matada únicamente por enemigos de fabricación nacional.

Siempre queda triste una casa

cuando la Navidad es ramplona. Los días de fin de año piden largueza y esplendidez. Era cosa acostumbrada, antes de que se encontrara la fórmula tan justa y oportuna de las pagas extraordinarias de diciembre cobrar el sueldo de enero cuando salía el «gordo» por antonomasia. Así se llegaba al calvario de los padres de familia. Cuando empezaba el año, las bolsas estaban exhaustas; los estómagos, empachados.

Ahora ya no se toca la paga de enero hasta que corresponde. La «cuesta», desde ese preciso momento, se allanó.

Todo pide estrategia. Vender también necesita picardía. Los comerciantes, en especial los grandes almacenes, buscaron un recurso que corrigiera la tendencia derrotista de la realidad. Y lo hallaron en las grandes ventas especiales. Estas son de dos clases. O se lanzan géneros almacenados, a los que hay que dar salida, o se preparan operaciones de gran amplitud en las que un menor margen de ganancia se vea compensado por la cantidad vendida. Estas operaciones se organizan meticulosamente, casi como una acción militar. Pero tanto en uno como en otro remedio el éxito depende de que la gente disponga de dinero. Hasta que esa situación no se ha logrado, la «cuesta de enero» no pudo morir del todo.

Aun antes, enero tenía dos caras. Del 1 al 6, hasta el día de Reyes, el negocio era jabuloso. Pero después venía el segundo gesto, el malhumorado, con las tiendas tan desiertas que daba pena verlas.

Ahora, y que Dios nos lo conserve, se ha salvado el bache. En la segunda parte de enero se vende como en los meses buenos. Y hay incluso (es cuestión de gracia) quien supera las cifras de ese diciembre tenido por jabuloso. La gente dispone de dinero, no sólo para seguir vivien-



Las compradoras buscan afanosamente la prenda más conveniente y el mejor precio

do sin romper la norma habitual, sino también para hacer compras extraordinarias. Lo que estos días se está vendiendo en Madrid no se puede catalogar sólo como artículos de primera necesidad. Hay de todo: suntuario y práctico, imprescindible y superfluo. La «cuesta de enero» ha muerto. ¡Que en paz descanse y no vuelva más!

De todas formas, donde mejor se comprueba la nueva tendencia comercial es en las calles. Entrando y saliendo en las tiendas, husmeando cuanto allí pasa, se adquiere un conocimiento intuitivo y total de la situación. Para esta tarea nadie sirve mejor que una mujer. Y si es periodista y tiene gracia de sobra para contarlo, mejor. Pilar Narvi6n ha cumplido esta tarea para nuestros lectores:

COMPRAS TIPO A) Y COMPRAS TIPO B)

Las mujeres sabemos que existen dos maneras de comprar; pero si a los hombres, tan expertos en índices de producción y en repartos de la Renta nacional, les hablamos de la fórmula a), para compras personales, y la fórmula b), para compras familiares, no se van a enterar absolutamente de nada de lo que intentamos decirles. Así, pues, vamos a escenificar un poco la explicación para aclararla de manera semejante a la luz del día y ponerla al alcance de sus entendedoras.

Doña Luisa va a comprar un sombrero para la boda de su prima. Al regreso explica a la familia:

—Es una maravilla de modelo; el diseño pertenece a Pérezg6mez, el gran dibujante de modas. Está hecho con un terciopelo plástico que han traído de Nueva York, y la borla es una creación especial para dar sombra al ojo derecho. Es un sombrero carísimo, el más caro de la tien-

da. Casi no habrá otro sombrero tan caro en toda España.

Esta compra pertenece al tipo a).

Doña Luisa compra la semana siguiente unos vasos para agua. Al regreso explica a la familia:

—Son una ganga nunca vista. Era una liquidación de los almacenes N. N.. Tienen seis dep6sitos llenos, y pr6cticamente los est6n regalando. Yo he comprado seis docenas. Vasos de agua para toda la temporada. ¡Que rompa vasos tranquilamente la asistenta!

Esta compra pertenece al tipo b).

EL COMERCIO TOMA LA PALABRA

Los comerciantes, que son unos aguilas en esto de entender la psicología femenina, tienen organizadas con todo esmero sus ventas tipo a) y sus ventas tipo b). Para las primeras han inventado todos esos adjetivos prodigiosos que se llaman creación, selección, novedad, originalidad, moda, color coñac, distinción, elegancia, chic, seducción, línea, etc., etc-

tera, etc. Para las segundas han inventado esos otros sugerentes reclamos que dicen: liquidación, posbalance, restos de serie, venta aniversario, quincena blanca, retales, locura de precios, fin de temporada, bodas de plata, despilfarro, locura, saldos..., porque como la gente necesita comprar por la a) o por la b), los comerciantes se disponen a vender por cualquier letra del abecedario.

DICIEMBRE, APARENTE MES DE LAS VACAS GORDAS

El mes de diciembre es un mes de ventas a). Las señoras preparan sus conjuntos para las fiestas de Pascua y Año Nuevo. Los caballeros eligen los regalos envueltos en celofán. Los niños reciben como presentes grandes o pequeños obsequios de este apartado: trenes, muñecos, balones, turr6nes, triciclos... El mes de diciembre es el mes de los alegres gastos superfluos, de la psicosis de regalo, del contagio mental del despilfarro. El mes en que las amas de casa pierden aparentemente la cabeza y se de-



Una «cola» para entrar en unos grandes almacenes

dican con increíble ligereza a tirar la casa por la ventana. Se invita a merendar a los amigos, se invita a cenar a los suegros, se invita al teatro a los sobrinos, se gasta la mitad del frasco de perfume y se estrenan las corbatas. La casa se queda sin una sola botella por descorchar, y recordando los alegres folgorios de las fiestas de Pascuas, los hombres, asustados, han inventado la «cuesta de enero».

ENERO Y SU CUESTA ABAJO

La cronista, que en algunas ocasiones se siente impresionada por las frases rotundas de los hombres, creía, a fuerza de oír hablar de ella, en la «cuesta de enero». Para medirla en toda su peligrosa y difícil verticalidad se dedicó a pasear su curiosidad con los ojos bien abiertos por el comercio de Madrid. Con razón dijo alguien mucho antes que yo: «Cosas veredes que no creyeres.» Porque, visto de cerca, tienda por tienda, barrio por barrio, género por género, especialidad por especialidad, el comercio de Madrid, efectivamente, presentaba características de cuesta, pero no cuesta arriba, como pudiera creerse, sino cuesta abajo, empinada, veloz, vertiginosa cuesta abajo.

LOS SALDOS

En primer lugar me encaminé a los saldos. Los saldos están ajustados a la técnica del género amontonado, donde las señoras juegan con las cataratas de pañuelos de bolsillo, como las bañistas juegan con las salpicaduras de las olas. Entran las manos, revuelven, salpican, chapotean. Yo creo que, si pudieran, las clientas de los saldos, además de entrar las manos entre el género y revolver con ellas, lo harían, con muchísimo gusto, con los pies, con la nariz, con las orejas. Las ventas de enero en los saldos son unas ventas bonitas, unas ventas familiares y prácticas. Calcetines para todo el invierno, pañuelos grandes para el abuelito que se acatarró, un jersey grueso para el chico mayor, botas de agua para ir a la compra, un impermeable de plástico por sí comienza la temporada de nieves... En enero se hacen pocas compras de celofán; pero la familia se abriga, repone guantes, bufandas, medias, combinaciones de punto, pañuelos para la cabeza. Son compras sosegadas, sin prisas y sin caprichos, para las cuales las milagrosas amas de casa han reservado no sabemos qué rincones estratégicos de las pagas extraordinarias. El mes de enero es el mes de las abundantes, cuidadosas compras hechas con toda serenidad. En los saldos, las mujeres revuelven como quien busca una aguja en un pajar, mientras los maridos, cansados de tanto palpar telas y preguntar precios, se sientan sobre una saca de pañuelos de bolsillo y leen la sección deportiva de los periódicos de la tarde.

LAS COMPRAS VERDADERAMENTE FUERTES SE HACEN EN ENERO

Sí, es cierto: diciembre es el mes de las pagas extraordinarias, pero no de los gastos extraordinarios; las cuquisimas mujeres, las sapientísimas amas de casa,

compran unos turrones muy rimbombantes, unos kilos de frutas secas, unas botellas que abren y beben con mucho aparato, unos regalos de Reyes bien vistosos, y aseguran que han hecho trizas las pagas extraordinarias; pero todos sabemos que no es cierto. Las pagas extraordinarias son las que corren en enero por los comercios reponiendo sábanas, adquiriendo mantas, comprando botas, dando la vuelta a los abrigos, preguntando por las gabardinas, pagando los primeros plazos de un aparato de radio o mirando por los escaparates fuentes, juegos de café, alfombras, una colcha nueva para el cuarto del chico, cretona para unas cortinas, lana para un jersey, unas sillas para el cuarto de estar, un flexo para hacer labor, el tiralíneas para el chico mayor o la mantelería para la chica casadera. Aquí hemos llegado a otro capítulo importantísimo de las ventas de enero. Los anuncios gritan desde la radio, desde el periódico, desde los escaparates, desde los telones de los cines; liquidación, balance, saldo, precios de enero, restos de serie, renovación de existencias... y las chicas casaderas que gastaron en Reyes una pizquitina muy pequeña de su paga extraordinaria, al amor de la mesa camilla, en las sobremesas familiares, mientras bordan un «tú y yo» de punto de cruz hacen sus cuentas con la ayuda materna.

—En Fernández y Pérez he visto unas mantelerías rebajadas estupendas.

—Yo mamá, primero prefiero terminar con la ropa de cama.

—Pero, aunque compres las sábanas bajas que te faltan, todavía te queda para una mantelería de seis cubiertos.

—Con lo de las horas extraordinarias voy a comprar la tela del colchón.

—Sí, hija, hay que aprovechar la liquidación que vimos en «El Rascacielos de los colchones».

—Mamá, tenemos que ir a ver retales; quizá encontremos uno económico para una bata de casa.

Y el diálogo «de enero» sigue. Ninguna niña casadera de las que cobraron la paga extraordinaria el 22 de diciembre ha gastado sumas importantes antes de Reyes. Todas se reservan para las tradicionales rebajas de enero. Ninguna madre de familia con mantas por reponer va de compras antes de Reyes; todas esperan, cautelosas, las liquidaciones posbalance.

EL FAMOSO PEPIN FERNANDEZ

Don José Fernández, director gerente de Galerías Preciados y Sederías Carretas, de Madrid, es una de las personalidades más brillantes del comercio español. A él, pues, como sobradamente entendido en la materia, me llevo en solicitud de noticias sobre la «cuesta de enero».

—¿Usted cree en la existencia de la terrible «cuesta de enero»?

—La «cuesta de enero» existía, pero se esfumó. Terminada la temporada de invierno, y mientras llegaba el momento de lanzar las novedades de primavera, el comercio languidecía en esa larga «cuesta» que se iniciaba en enero y continuaba durante to-

do el mes de febrero; pero el comercio moderno no se resigna a ese ritmo lento de ventas. Con la vida de hoy no va la actitud estática. Ante fenómenos que parecen inevitables, el hombre debe de reaccionar siempre. No hay nada que no sea susceptible de mejora, y así, después de las ventas de Reyes, a los comerciantes de hoy no se nos ocurre cruzarnos de manos esperando al buen tiempo.

—¿Y qué hacen ustedes para evitarlo?

—Recurrir a la gran palanca de la época: la publicidad. Luego de los balances, fabricantes y comerciantes se encuentran con gran cantidad de mercancías inmobilizadas; esto representa un capital detenido que hay que movilizar; es el dinero, no los géneros, el que desenvuelve el negocio. A toda costa hay que mover el dinero; se organizan buenas campañas de publicidad para crear psicosis de compra, y unos por necesidad y otros por sugestión, entre todos componen este fenómeno asombroso de las grandes colas ante las puertas de nuestros almacenes en pleno mes de enero. Unas colas que no se ven el resto del año.

—¿Desde cuándo se observa este fenómeno de ventas de enero?

—Se inició hace unos tres años; al principio, el éxito no era tan completo como ahora, pero poco a poco se observa cómo las amas de casa se reservan para hacer sus compras fuertes de invierno en esta época, ya tradicional, de las liquidaciones, los saldos y las rebajas.

—¿Qué artículos se benefician más en estas ventas de enero?

—De manera muy especial, las prendas confeccionadas, las de punto y las lanas. Se repone algodones y utensilios de mesa y cocina, y, en general, la venta se incrementa en toda la línea de los efectos personales y de uso casero.

—¿A qué atribuye usted el fenómeno de la gran venta de enero de este año?

—Hay circunstancias especiales. No hizo frío en diciembre, se alargó mucho el otoño y en enero la ola de frío lleva a los clientes necesariamente al comercio. El factor meteorológico manda mucho en el cliente. Nadie compra paraguas e impermeables hasta que no llueve, ni prendas de abrigo mientras no hace frío, ni conjuntos ligeros mientras no se asa de calor. Me refiero, naturalmente, a la gran masa de compradores. Todos sabemos que existe un tipo de cliente que compra paraguas cuando tiene ese capricho, sin necesidad de esperar a que amenacen las lluvias.

—¿Tan buenas han sido las ventas de este mes?

—Hemos alcanzado cifras records, volúmenes de venta máximos, muy superiores a los de Navidad.

—¿Cuáles son los meses de menos venta?

—Febrero, agosto y septiembre. Hace unos años los grandes meses de venta eran octubre y noviembre, diciembre era un mes muerto; únicamente se vendían en algún volumen géneros para trajes de noche; pero una publicidad bien orientada, ha puesto de moda una serie de

fechas en diciembre, el Día de la Madre, los regalos de Navidad, los obsequios de Nochevieja, de manera que este mes se ha convertido en uno de los grandes meses del año. Todo el mundo practica la elegancia social del regalo que dice nuestro slogan. Es una gran revolución comercial que se inició en Madrid y ha arrastrado a todo el comercio español. Diciembre es el mes de los regalos y enero el mes de las compras propias.

—¿Está muy adelantado en técnicas de venta el comercio español?

—Mucho más que el francés, que iba a la cabeza hasta hace unos años. Ellos están ya en «la quincena blanca» a estas fechas. Este es un cartucho que en España no necesitamos emplear hasta el mes de febrero, y ya de una manera tranquila, mientras preparamos las ventas de primavera.

—¿Existe algún otro fenómeno de venta en el comercio de estos últimos años?

—Otro asombroso. Hasta hace unos años, el mes de julio era un mes malo; pero por obra y gracia de las pagas extraordinarias se ha convertido en otro de los meses de venta excelente.

HABLA EL GERENTE DE LOS ALMACENES MAZÓN

Los Almacenes Mazón son el último gran establecimiento que se ha abierto en Madrid con proporciones y estilo de almacenes «a la americana». Para hablar de la «cuesta de enero» nos entrevistamos con su gerente.

—¿Usted cree en la «cuesta de enero»?

—Ni yo ni ningún comerciante. La cuesta verdad es la de febrero. En enero la gente todavía está gastando el dinero de las pagas extraordinarias.

—¿Cuáles son los meses peores para las ventas?

—Febrero, septiembre y agosto.

—Yo divido las ventas en ventas a), cuidadosos, buscando la novedad, la originalidad y la moda, y ventas b), en las que se trata de encontrar lo más práctico al mejor precio, ¿qué meses están caracterizados por estos dos tipos de modalidades de ventas?

—Generalmente las compras que usted llama a) se hacen en los comercios de tejidos en noviembre, aunque este año por alguna razón especial se iniciaron ya de manera decidida en octubre. Las ventas que usted llama

b), corresponden y baten los récords en enero, que es el mes tradicional de las rebajas.

—Esto de las rebajas y los finales de serie, ¿no es un truco para animar a la gente a que compre?

—De ninguna manera, señorita. Las casas fuertes, serias y de prestigio—no quiero decir las casas grandes—hacen sus rebajas y sus liquidaciones ajustándose a la seriedad y el crédito que representan sus firmas. Los comerciantes sabemos perfectamente que el público no es tonto y, cuando anunciamos que un género está rebajado en un determinado tanto por ciento sabemos que nuestras clientes tienen excelente memoria y recuerdan perfectamente a cómo les costó el metro del género de su abrigo a principio de temporada.

—¿Por qué rebajan ustedes?

—Porque es imposible calcular el volumen de ventas de algunos artículos que nos quedan en exceso y hay que procurar venderlos, porque lo géneros de alta novedad pierden ellos solos valor cada semana que pasa, porque luego de una temporada de venta quedan naturalmente retales y por otra muchas razones comerciales.

—¿Todos los géneros de sus almacenes están rebajados?

—El 50 por 100 de forma muy acentuada y la otra mitad con rebajas de alguna consideración, aunque, salvo en casos excepcionales, en un comercio serio las rebajas no pueden ser asombrosas puesto que el precio es el que vende, y este es el factor que un buen comerciante sabe definitivamente y procura afinar hasta el límite de sus posibilidades siempre y sin esperar a las liquidaciones.

—Dígame algo de la publicidad.

—Es esencial en el comercio moderno, hay que orientar al público, llamarle la atención y atraerlo, pero hay que hacerlo siempre en combinación con el precio. Repito, el precio, y no la publicidad, es el que vende.

—¿Qué artículos tienen mayor demanda en esta cuesta abajo de enero?

—Las lanas, la ropa blanca, las mantas y, sobre todo, las ropas confeccionadas.

—¿No cree usted que el gran público se asusta un poco ante instalaciones comerciales tan «de película» como la suya?

—Hace unos años, quizá; ahora el público español se ha acostumbrado ya a este tipo de comercio, porque se ha dado cuenta



Todas las secciones están abarrotadas de público

de que luchamos esforzadamente para ganar la gran batalla del comercio, la del precio.

La cronista, que tenía su cabeza llena de ventas de «objetos útiles y de primera necesidad» entró a comprar un enchufe a una tienda de aparatos eléctricos y su pasmo subió al punto, las señoras y los maridos, sentados sin prisas compraban—como si en Madrid estuviese cayendo la lotería—aparatos de radio, batidoras, lavadoras, planchas o estufas con una soltura y una despreocupación digna del país de Jauja.

Pilar NARVION

(Fotografías de Basabe)



CALMANTE VITAMINADO

Quita el dolor y tonifica los nervios

REMEDIO EFICAZ CONTRA DOLORS NERVIOSOS, DE CABEZA, REUMATICOS, CATARROS, GRIPE, ETC.

LABORATORIOS PEREZ GIMENEZ AGUILAR DE LA FRONTERA (COPCOBA)

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0,75
CAJA DE DOS ...	1,50
TUBO ...	8,90



CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON JOSE MILLAN ASTRAY

¡BA yo, mi general, el 2 de enero de 1937, había el palacio de Anaya salmantino para presentarme ante usted, que me reclamaba, con mi capote gris encima de mi jersey azul, y encima de la cabeza con mi boina roja, que me había regalado en Avila la escolta de requetés de Mola, cuando, junto a un arco de la plaza Mayor, me pararon Martín Almagro y Víctor de la Serna para relatarme cómo había sido el sepelio de don Miguel de Unamuno, enterrado el día anterior y conducido al camposanto sobre las clavículas de media docena de falangistas. Iba yo, mi general, hacia Andalucía el día 2 de enero de este año cuando, por la radio del automóvil, me enteré de su muerte... En seguida me acordé del primer episodio, del primer día de mi estancia en Salamanca, adonde empecé a servir a sus órdenes aquel mismo día escribiendo para la emisora; me acordé también de que poseo un documento sensacional gracias a su confianza en mi prudencia, puesto que desde que me lo entregó, en enero de 1942, continúa sigilosamente custodiado en su sobre, y aunque hubiera podido publicarse ahora, espero que no sólo la figura de don Miguel sea como el busto de granito (esculpido por Victorio Macho) con el que nos encontrábamos a cada instante al subir y bajar las escaleras interiores del palacio de Anaya, sino que también su personalidad se haya transfigurado en piedra, en una piedra tan radiante, pero mas dura que la piedra de Salamanca. Entonces se abrirá el sobre.

El documento es la narración autógrafa del suceso en que se enfrentaron el Día de la Raza (aún no existía la Fiesta de la Hispanidad) de 1936 usted y Unamuno alrededor de un puñetazo resonando en los tableros de una mesa, que es el único modo de poner fin a las impertinencias, por muy académicas que sean. No hay más cáscaras que las que usted metió dentro del sobre, aunque de Andrés Malraux, el ex comunista lugarteniente de De Gaulle, a Joaquín Maurín (que salvó su pellejo en Salamanca) se hayan dicho por sus plumas maldicientes demasiadas mentiras. Cuando fui a Salamanca en 1937 era unamunescos frente a los orteguianos, unamunescos en el sentido humoral y emocional de sentirme en la avanzadilla de los que cada mañana van al rescate del sepulcro de Don Quijote, tal como aparece esta operación guerrera en el prólogo de la unamunescas vida de Don Quijote y Sancho. Este prólogo lo publicó Ledesma Ramos, por consejo mío, como editorial del segundo número de «La Conquista del Estado», ya que nos servía de manifiesto el proemio de un libro con tantas adiciones encomiásticas a San Ignacio de Loyola y a su Compañía. Sin embargo, en Salamanca, habiendo dejado de ser unamunescos, sin perder mi respeto por don Miguel (nadie es profeta en su tierra, mi general, aunque he vivido en la calle salmantina de la Compañía, a continuación de la cual está la casa de las Muertes, junto al domicilio de Unamuno), me enrolé con un alistamiento permanente en su Tercio, mi general, en la Legión de Voluntarios de Millán Astray.

No abro el sobre, pero ahora revelo que Ramiro Ledesma Ramos se había comprometido, al fundar «La Conquista del Estado», con que la encabezaría con usted llegado el momento. Ahora bien, esa circunstancia no se presentó y jamás le pregunté, mi general, por más detalles. El creador o recreador de un estilo español, tanto de vida como de muerte, ya aplicado a la guerra, ya extendido a la propaganda, ha sido usted, mi general, más que el agitador don Miguel de Unamuno. Muchísimos recuerdan sus servicios con legionarios bajo el mando de Millán, pero pocos recordaremos nuestro Dar Rifien en el palacio de Anaya, de Salamanca, cuando se le había confiado, mi general, la Prensa, la radio, la información. Mi pequeño orgullo es poder escribir: Yo estuve allí, con Julito Romero (don Julio Romero, el periodista

de honor), con Luquitas Oriol (el millonario y filósofo don Lucas Oriol), con Ramón de Rato, con Antonio de Obregón, con Víctor de la Serna, con Giménez-Caballero, con don Antonio Asenjo, con Emilio Díaz Ferrer, con Francisco Hernández Bocos, con Marcelino Cabanas, con Joaquín Ruiz y Ruiz, etc. Salvo los dos primeros, que permanecieron conmigo a su lado, mi general, hasta que fué relevado de su puesto, los otros iban y venían con otras misiones, deberes y quehaceres de la ocasión bélica; pero Romero, Lucas y yo le acompañamos hasta su despedida entre las retortas, los matraces y los tubos de cristal de los laboratorios de la Facultad de Ciencias Químicas, instalada en el palacio de Anaya, que habíamos invadido, y los legionarios marciales y serviciales de su séquito, que le entraban de cuando en cuando un vaso de leche.

Se redactará alguna vez por lo menudo aquel tránsito castrense y forense de usted, mi general, por la pacífica y pacifista ciudad de Salamanca en el primer invierno de nuestra Cruzada, ya que Agustín de Foxá no ha cumplido su promesa de publicar su «Salamanca, Cuartel General». Allí estábamos la vieja guardia de Franco, cada uno en su oficio y sin beneficio posible. Allí estábamos dándole más valor a la conducta que a las ideas, porque casi siempre las ideas de los ideólogos son «flatus voci» y no resisten una mala bofetada. Allí estábamos junto al organizador de la Legión, suclera de la Falange militante, semilla de la España combatiente de Franco. Usted, mi general, peroraba con frecuencia delante de nosotros o dictaba al excelente taquígrafo Julito Romero. Don Julio era el confidente preferido y le llamaba con un silbido de su silbato legionario. Don Julio aparecía y se cuadraba en el acto. Don Lucas Oriol era llamado mediante dos pitidos del silbato, acudiendo con igual solicitud. Me correspondían tres silbidos para recibir sus órdenes, mi general Millán Astray, y puede estar seguro que cuando los oiga dejaré cualquier ocio y obligación para presentarme inmediatamente en su presencia a su mandar. Los tres silbidos son como tres estrellas inextinguibles que me convocan desde cerca, desde lejos.

MAÑANA SERA OTRO DIA

N llorando en el Retiro. Mejor dicho, mi general, llorando, berreando, sorbiéndose los mocos de las lágrimas, por la parte de afuera de las verjas del Retiro. ¿Por qué llora este niño?

La criada que lo lleva de la mano, a cada diez pasos le sacude un pescocón más. Va la criada irónica, sulfurada, con su uniforme de niñera, que en esta ocasión parece un uniforme de basillón. ¿Por qué se sulfura así esta criada?

Muy de mañana, la señora echó a la sirvienta y una bronca de las de órdago a la grande. Pareció a la señora una furia viva, y entre sus improperios entrometía las más antiguas quejas, las mínimas olvidadas querellas. ¿Por qué se puso así la señora con la sirvienta?

Anoche llegó a casa el señor fuera de sí, mandando bárbaramente, pronunciando violentas injurias sobre la capacidad de su esposa para gobernar la doméstica economía. Un testigo vulgar preguntaría: Bueno, pero, ¿y por qué?

Porque el señor, que trabaja en una delegación de cierta gran empresa, fué ayer impensadamente ofendido de palabra y casi de obra por su jefe, el cual estaba hecho un demonio.

¿Y por qué estaba el jefe hecho un demonio? Porque el consejero delegado le había echado encima dos amonestaciones, tres conminaciones, cuatro borradores de órdenes circulares conminatorias y amonestatorias a causa de lo mal que van las cosas y amenazando con poner rápido y drástico remedio.

¿Y por qué se ponía tan violento el señor con

Rialto

CLAMOROSO EXITO



6^a SEMANA

Director: **LUIS LUCIA**

AUTORIZADA PARA
TODOS LOS PUBLICOS

UNA SUPERPRODUCCION EXCEPCIONAL QUE VA DIRECTAMENTE AL
CORAZON
JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS, TRES FUNCIONES

UN NIÑO: EL CONSUMIDOR

¿Jefe delegado? Pues porque los tres principales accionistas de la empresa, que la noche anterior habían cenado setas a la crema en un restaurante lujoso, se levantaron incómodos, molestos de la tripa y con mucho temor de estar intoxicados.

Por culpa de unas humildes setas sospechosas, el niño, o dos, o cien niños están esta mañana en el Retiro taciturnos, las manos a la espalda y susurrando, «para vengarse», un hormiguero!

El lector: Esta historieta, que arranca en unas señas y termina en un niño malhumorado, la ha merecido la reciente intervención del Ministro de Comercio con el director del diario «Arriba». En la entrevista se repite tres veces por lo menos, hablando de una cosa y de otra cosa, el pensamiento y propósito fundamental del Gobierno nacional, materia económica, para el año que empieza: «cual propósito consiste en evitar que los reajustes de precios por aumento de salarios excedan del mínimo justificable».

Lo dice el Ministro en términos relativamente técnicos. El periodista debe decirlo en términos relativamente populares.

Es injusto e irritante que un niño sufra porque un señor que nada tiene que ver con ese niño le hayan atragantado las setas.

Es absolutamente injusto e irritante que un niño sufra porque a unos señores se les haya atragantado una legislación.

Si bien se mira el esquema de repeticiones cascadas puesto al principio de este artículo, causa de la injusticia está en que cada cual el accionista, el consejero delegado, el jefe, el

empleado, su mujer, su criada—, cada cual aparta el hombro al dolor o al trabajo y deja resbalar el dolor y el trabajo íntegro sobre el que viene detrás.

Evidentemente, una legislación social con signo positivo está determinada por el hecho de que la renta no recae en suficiente medida sobre los más modestos entre los elementos productores; está determinada por el designio y la voluntad de que esos elementos modestos alcancen un beneficio que se les debe y que les falta. Si, entonces, los grandes gananciosos apartan el hombro y procuran que la medida social resbale de unos en otros hombros, hasta caer sobre el consumidor—el último y desamparado niño a quien la criada propina su cachetina—, no se ha conseguido nada: se ha conseguido la perpetuación de la irritante y cómica injusticia.

Al aumentar los salarios, el fabricante debe armar el hombro y soportar la carga que—¡por Hércules!—disminuye en muy escasa proporción las ganancias que viene embolsándose. Pero si el empresario, tan listillo él y tan astuto, piensa apartar el hombro y echar la carga sobre los consumidores, aumentándoles el precio de los artículos, y quedarse él con sus ganancias conservadas o aumentadas, entonces los niños del Retiro harán bien dándole, por lo menos, por lo menos, una buena serenata de berridos.

Luis PONCE DE LEON

Premio Nacional
de Periodismo 1953

DE LA CONVALECENCIA A LA SALUD

ENTRE los propósitos que señalábamos recientemente como tarea que habrá de empeñar una parte importante de los esfuerzos del Gobierno y de todos registrábamos la nivelación de la capacidad adquisitiva de las familias españolas con el coste real de la vida. Los síntomas que hace dos semanas analizábamos tienen ya perfiles lo suficientemente acusados y claros para hablar de un proceso en marcha. Se están reajustando prácticamente todas las Reglamentaciones de trabajo. Los acuerdos de los últimos Consejos de Ministros entrarán en acción a través de la prosa concreta y serena del «Boletín Oficial». Al mismo tiempo que se procura eficazmente «mejorar los ingresos de las clases modestas y media, para aumentar su poder adquisitivo real en mercancías», conocemos que se tomarán cuantas medidas sean precisas para que «los salarios no empujen a los precios». El Caudillo en su último mensaje puntualizó exactamente todo el complejo de este problema y de los procedimientos hábiles para la consecución de tan importantísimo objetivo: «ser dueños de los precios y disfrutar de disponibilidades en la balanza comercial para mantener el concierto entre los precios y salarios».

Pero se incurriría en un tremendo error si estos supuestos se entienden como recursos encaminados exclusivamente a conseguir la estabilización. Se trata de algo mucho más ambicioso y, a la vez, más realista. A este respecto, las declaraciones del Ministro de Comercio aclaran totalmente la perspectiva. En la base de esta gran operación política figura la «imperiosa necesidad de aumentar el rendimiento» y la del continuado avance en la racionalización de los sistemas y organización del trabajo, pues esto puede representar partidas muy considerables en la reducción de los costes de producción. Por otra parte, el mecanismo decisivo para la seguridad del equilibrio entre la ecuación precios-salarios está a punto desde el momento que actúan sobre la economía nacional estos tres factores: 1.º Abastecimiento normal y total

del mercado interior de los bienes de consumo fundamentales. 2.º Sectores de la producción nacional que ofrecen incluso considerables excedentes. 3.º Aumento satisfactorio durante 1953, con tendencia manifiesta a la curva ascendente, de los ingresos efectivos en divisas producidas por nuestras crecientes exportaciones y demás partidas de la balanza de pagos, que permitirán las importaciones necesarias de aquello en lo que se registre déficit nacional y las importaciones «de choque» que cualquier intento de especulación posible pudieran aconsejar.

Se trata, pues, de una política económica en la que la mejora de la capacidad adquisitiva impulsará una mayor absorción de mercancías. Si esta mayor absorción de mercancías, de bienes, produce un crecimiento en el nivel de vida de las zonas media y modesta de la población española, automáticamente también favorecerá la actividad, expansión, agilidad y fluidez de los mercados interiores, como decía el señor Arburúa. El nuevo y más fuerte poder de compra que propicia al Gobierno facilita el curso debido a los productos que hoy se hallan estancados, condición primordial para que en el circuito producción, comercio y consumo no se produzcan situaciones anómalas, para que el torrente circulatorio tenga la continuidad, el ritmo adecuado y la posibilidad siempre abierta al aumento de caudal en beneficio de todos.

Este planteamiento del problema es el único que permite que si se manifiesta procedente y obligado el reajuste de precios en algunos casos concretos, el aumento «no exceda del mínimo justificable», y que la debida proporción entre el dinero y mercancías en circulación esté garantizada.

Por lo tanto, al signo de la normalización y estabilización de nuestro momento económico sucede en 1954 el de los avances progresivos; al de la convalecencia, el de la salud y robustecimiento.

EL ESPAÑOL

DE LAS PIEDRAS, PAN

SE ha escrito que para tener éxito en política, es preciso poseer un aire idiota y honesto y no ser ni lo uno ni lo otro. Entender la política como éxito individual y no como servicio a una idea colectiva, a una empresa de la comunidad, es algo frecuente en los profesionales de la política, pero que nunca pueden estar dispuestos a reconocer los que sienten la política como un destino, como una llamada aparentemente del azar, pero movida por los sutiles hilos de la Providencia. Por su parte los ciudadanos que únicamente pueden ver a sus representantes y dirigentes políticos con motivo de festividades, conmemoraciones y actos diversos de júbilo popular, se imaginan que esos dirigentes pasan su vida de banquete en banquete. Difícilmente llegan a comprender que en los despachos públicos se requiere un trabajo minucioso y pacienzudo para ponderar los resultados y decidir los proyectos de las diversas comisiones técnicas, para mejor ser-

EL POLITICO, HOMBRE ESPIRITUAL

vir al fin y al objetivo que el político debe realizar por encima de todo.

La actividad política se desarrolla en el terreno de lo más temporal y humano. Por ello, con frecuencia, ha sido mal interpretada por esos espíritus idealistas, para quienes lo material y lo policíaco, impurifica y empaña la grandeza y brillantez de cualquier obra. Se cree erróneamente que la política no es sino una pasión para los que aman y viven del incienso, para los que prefieren lo espectacular y aparente a lo esencial y profundo.

La actividad política, efectivamente, posee grandezas y servidumbres, como toda actividad que haya de desarrollarse con medios materiales. Por lo tanto, como toda actividad humana. Pero política no es, desde luego, un extraño escalafón arbitrario donde la misma arbitrariedad permite alimentar copiosamente toda suerte de ambiciones o de reservarse para sí favores insólitos y

privilegios más o menos transitorios. La política es otra cosa. Se ha dicho que consiste fundamentalmente en un arte, en un sentido especial puesto al servicio del bien común.

En primer lugar un político de raza asegura la fusión, la soldadura si se quiere de las generaciones y de las tendencias múltiples que pueden coexistir en un momento dado y en un país concreto determinado. El político de verdad evita las dislocaciones y las rupturas innecesarias y hace que estén presentes constantemente en el espíritu del pueblo las razones permanentes y durables, que constituyen su fuerza y su vitalidad histórica. El político propondrá y realizará innovaciones, reformas, impulsará la evolución en todos los órdenes del país a que sirve, pero no lo hará de una manera violenta, sino ajustándose al instinto político o bien por decirlo de una manera inexacta, a las leyes propias del arte de la política. Este arte nos hace valorar debidamente los

NORTEAMERICA, PREPARADA PARA LA

REPLICA ANTE EL RIESGO DE UNA AGRESION SOVIETICA



Bombardeo atómico de Moscú visto por un dibujante norteamericano

**A lo largo del
Artico se alínean
importantes bases
aéreas**

**La aviación será
el arma decisiva
en la contienda
del futuro**

imponderables, nos permite observar e interpretar las pasiones y las necesidades de los hombres, ver en hipótesis las consecuencias de todo conflicto entre la tradición y la innovación, entre lo antiguo y lo nuevo. No se puede acudir a una tabla de resistencias para gobernar al igual como lo hace el técnico para comprobar la potencia de un motor. El técnico basa su éxito en el cálculo y en el estudio de las dificultades de una manera matemática y científica. El político no puede acudir a esas fuentes de orientación. No existe una ciencia exacta de las reacciones del hombre y ni tan siquiera de las reacciones de la sociedad, aunque cada vez se haya tecnificado más el estudio de la psicología colectiva y de la eficacia que adquieren determinadas medidas de propaganda.

Ante el hombre de vida profunda, nosotros queremos destacar la grandeza efectiva, la espiritualidad y sensibilidad, del político de raza. En una época en donde las razones técnicas predominan con frecuencia sobre las humanas, lo que señalaba recién-

temente S. S. Pío XII, es extraordinario y confortador observar que la cultura general, tanto como en los tiempos pasados, continúa siendo la base fundamental para todo político en su acción propia. Es como una venganza del humanismo; su última y acaso imbatible trinchera: la política. El humanismo advierte al dirigente político que entre los hechos más diferenciados aparentemente, operan conexiones profundas; le indica asimismo que son muy escasas las certezas completamente demostrables que existen en la vida, y que hay soluciones para los problemas que los técnicos no saben descubrir.

La espectacularidad, el aplauso, el privilegio, el banquete, no es lo substancial en política. Conviene que lo tengamos bien presente. Acaso aquí podríamos anotar unas palabras de Péguy. Lo esencial en cada orden de cosas, en cada sistema, dice, es que la mística no sea devorada por la organización a la que ha dado origen.

Claudio COLOMER MARQUES

¿DECIDIRA la aviación la suerte de las armas en una guerra futura? No nos atreveríamos a afirmarlo. Pero lo que sí puede asegurarse, desde luego, es que la aviación, al menos, pronunciará la primera palabra y decidirá inapelablemente el primer acto de la contienda. El tiempo solamente podrá concluir si su acción será también, a la postre, la definitiva.

En todo caso, ésta es la opinión, sin género alguno de dudas, de la primera potencia militar del mundo. Eisenhower, interpretando este sentir de los técnicos militares americanos, parece decidido, en efecto, a anteponer los armamentos atómicos, y por tanto aéreos, a los del Ejército y a los de la Marina inclusive. A decir verdad, esta decisión está muy de acuerdo también con las circunstancias políticas del mundo. No es probable que una réplica militar, al estilo clásico y tradicional, pudiera darse a Rusia, con energía y vigor suficiente, en el primer instante, en caso de que Moscú se lanzara insensata y brutalmente, a agredir al mundo no comunista. Se sabe que las potencias occidentales apenas si disponen de un Ejército listo para intervenir integrado por 25 divisiones, a las que se podrían incorporar, en los primeros momentos,

apenas otras tantas de reserva, de un valor relativo. Enfrente, se ha repetido, hay 175 divisiones rusas y quizá otras 70 correspondientes a los países satélites. Pero la verdad es que la potencia militar soviética es actualmente muy superior a tales reiteradas cifras. El Ejército rojo parece disponer hoy, al menos, de 250 divisiones, de ellas en gran proporción acorazadas y aerotransportadas, elocuente expresión de sus propósitos ofensivos.

No cabe ni es posible, pues, una réplica militar, en el campo continental, adecuada ante una eventual agresión roja en el primer instante. Por el mar, la posibilidad es aún menor. Aunque la U. R. S. S. ha desplazado a Inglaterra del segundo puesto como potencia naval—el primero le ganó, ya en la guerra, Norteamérica—es bien sabido que la fuerza operativa principal soviética está constituida por las unidades sutiles: submarinos primordialmente. No le será posible, por tanto, al Almirantazgo rojo lanzarse, en tales circunstancias, a buscar, mediante una batalla naval, la hegemonía marítima y el dominio de las aguas del Océano. La guerra es que Rusia podría realizar sería simplemente contra el tráfico, importante, desde luego, pero larga y en modo alguno apta para la réplica contundente de las enormes flotas de acorazados y de barcos de porte que guardan en conserva (en «naftalina» dicen ellos) los americanos y los ingleses en el seno de las radas de sus arsenales y puertos militares.

La réplica, por tanto, que puede y debe darse a la U. R. S. S. en el caso de una súbita agresión, desencadenada por ella, sólo el arma aérea puede y debe llevarla a cabo.

Para ello los Estados Unidos—para concretarnos al cabeza militar del Occidente—claramente que se encuentran singularmente bien dispuestos y preparados; veamos cómo:

La potencia militar aérea no depende tanto del número de aviones en vuelo que se pueden tener, en éste o en otro momento

de tiempo de paz, en éste o en otro país, como de los que se pueden fabricar y tripular, así como de la cantidad y situación de las bases correspondientes.

Es difícil adivinar la capacidad de producción aeronáutica de las potencias. Pero sabemos la que lograron en la última contienda. Los ingleses llegaron a producir 34.000 aviones al año. Los alemanes, 40.000. Los rusos alcanzaron la cifra, anual también, de 30.000. Los americanos superaron, con mucho, la de 96.000. Para la disponibilidad de tripulaciones militares, la aviación comercial suele dar un índice valioso de posibilidades. La red aérea comercial rusa sirve unos 220.000 kilómetros. Ningún punto de la U. R. S. S. dista más de una jornada de viaje aéreo de Moscú. Este aeropuerto central de la Unión Soviética registra alrededor de 70 servicios diarios; uno, aproximadamente, cada veinte minutos. Los Estados Unidos disponen de una flota mercante que en 1950 voló 759 millones de kilómetros y transportó aproximadamente 16.500 millones de pasajeros.

Como se ve, las posibilidades aeronáuticas comerciales de los Estados Unidos parecen muy superiores a las de la U. R. S. S. Queda para examinar, en seguida, la cuestión de las bases.

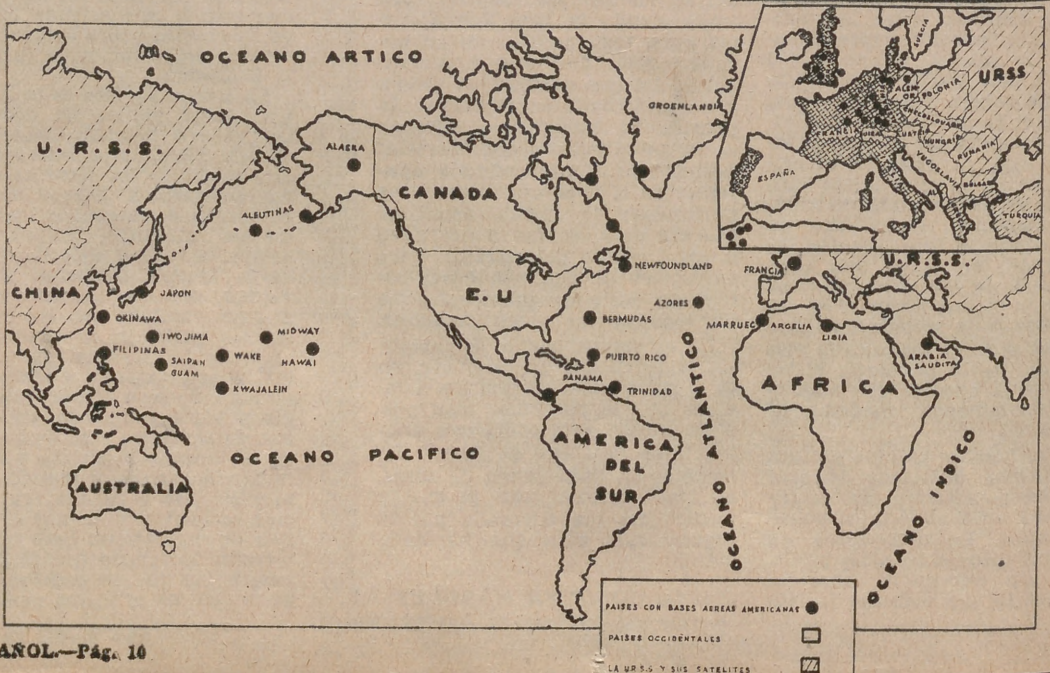
LA AVIACION BATE CADA DIA SUS PROPIAS MARCAS

La réplica aérea, cabe preguntar, ¿será suficientemente contundente para contener una agresión? He aquí el interrogante, al que no cabe contestar más que citando precedentes de la última contienda. La famosa «Batalla de Inglaterra» desencadenada por Alemania en la última gran guerra empleó 2.000 aparatos y arrojó unas 80.000 toneladas de bombas. Nació entonces un verbo trágico: «conventricular». Pero aquellos estragos se superaron pronto. La propia R. A. F. arrojó en su réplica, solamente sobre la región del Ruhr, 120.000 toneladas de bombas algo más tarde. Los Estados Unidos, en su interven-

ción, llegaron a prever—no fue preciso arrojar semejante gigantesca cifra—el lanzamiento hasta de dos millones de toneladas de explosivos desde sus aviones. En el caso de una guerra futura, ¿qué podría ocurrir a este respecto? Pues seguramente cosas mucho más terribles todavía. La aviación bate cada día su propia anterior marca. Las bombas atómicas y las de hidrógeno han superado categóricamente los efectos destructores del trinitrotolueno. Hoy los aviones militares vuelan a una velocidad tres veces mayor que lo hacían en la anterior contienda. No es un problema para un avión transportar hoy una bomba muchas veces más eficaz, aunque muchas veces más pequeña, que la que destruyó Hiroshima o Nagasaki. Los radios de acción se han incrementado también notablemente. Lo mismo que el techo o altura máxima de vuelo. Por lo que un aparato de bombardeo puede partir hoy de una base alejadísima de su objetivo, volar con la velocidad del sonido sobre su presunto blanco, lanzar la bomba con enorme precisión, ¡sin que nadie se percate del riesgo, porque ni se verá ni se oirá al avión atacante!

Los Estados Unidos han cuidado, naturalmente, de su defensa inmediata contra semejante y terrible peligro; con la aviación de caza, en primer término. Con la barrera de radar, desde luego, también. Y, en fin, con un sistema defensivo aéreo novísimo también: el «Nike». Una réplica «superexacta» que consiste en un cohete de siete metros de largo y uno de diámetro, con velocidad de 2.400 kilómetros—la distancia de

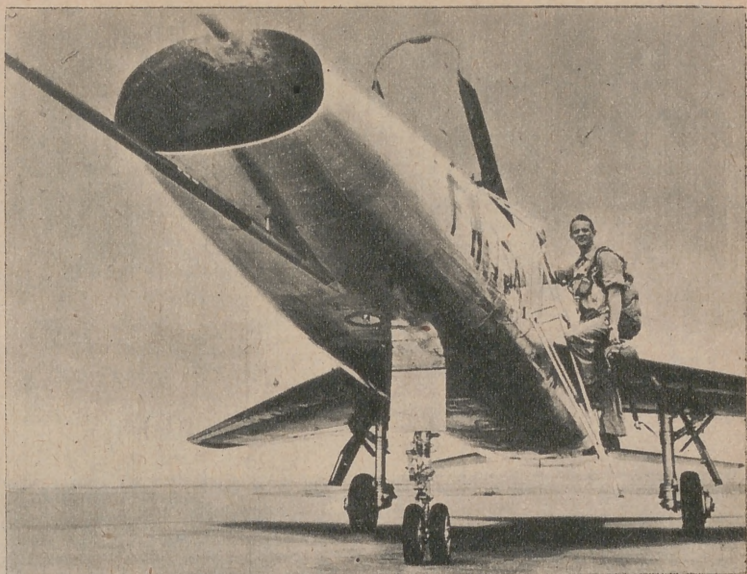
En el planisferio esquemático se han señalado los lugares en donde los Estados Unidos han establecido bases aéreas. El cerco aeroestratégico de la Unión Soviética parece agobiante. En el ángulo derecho superior del dibujo se muestra, en mayor detalle, el despliegue aeronáutico americano en las naciones europeas de la N. A. T. O.



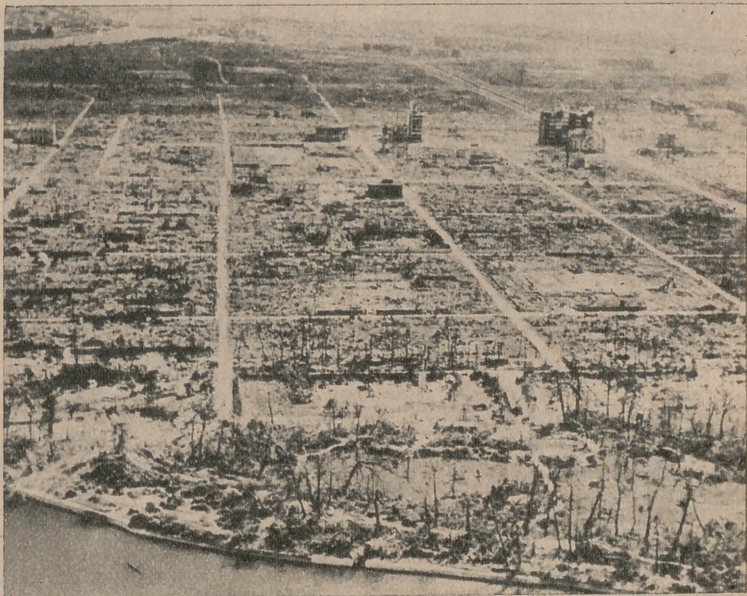
Madrid a El Cairo—¡a la hora! y alcance de 32 kilómetros. Este proyectil se dirige por radar, pero cuando llega a la proximidad del objetivo aéreo (el avión atacante) se orienta por sí solo y le derribará fatalmente, aunque haya salvado la barrera interceptora. Los nuevos cañones antiaéreos «Skysweeper»—de 75 milímetros apenas, pero capaces de lanzar 45 proyectiles por minuto—completarán el cuadro de la defensa activa. Más todavía: existe un novísimo proyectil, que se fabrica ya en serie, y que construyen ciertas factorías de Baltimore. Se trata del «Matador», a modo de un bombardero sin piloto, capaz de lanzar bombas atómicas, pero cuya actuación es mucho más táctica que estratégica y cuyas primeras formaciones son esperadas en Europa en estas primeras semanas del año actual.

NORTEAMERICA ESTA PREPARADA PARA LA REPLICAS AGRESIVA

Naturalmente no pretendemos referirnos aquí a estas organizaciones defensivas americanas contra el riesgo aéreo, sino a las réplicas agresivas, al ataque y a la ofensiva aérea, de la cual todo lo precedente apenas si es un simple complemento natural. Pero esta réplica no se basa sólo en el material y en las tripulaciones elegidas, sino también, muy primordialmente, en la elección de bases, para lo que la estrategia yanqui goza de una prerrogativa sin duda excepcional, ya que el mundo no comunista coopera con Norteamérica de manera decidida, ante el riesgo de una agresión soviética. Estas bases—alrededor de 130—las tienen diseminadas los Estados Unidos por todos los países del mundo del lado de acá del «telón de acero». Incluso disponen de ellas también, a flote, sobre el mar. Hay bases terrestres en Europa. En Alemania se disponía hasta hace poco de varias adelantadas, incluso la de Berlín. Luego, a medida que los aviones han ido ganando velocidad y radio de acción, se han establecido seis nuevas, al ceste del Rhin, en Landshul, Spangdhalem, Vitburg, Hahn, Sembach y Ramsteten, todas situadas entre zonas de bosque que las ocultan parcialmente. Hay excelentes bases, también, en la ribera mediterránea. En Libia, por ejemplo. En Turquía: en Adana y Diyarbakir. En Marruecos francés, como es sabido, se decidió hace poco más de tres años construir cinco. Las de Yemá Sahin y las de Bulhant, por razones que no son del caso, parece que no han iniciado las obras. El 22 de abril de 1951 se comenzó a trabajar en la de Nuasser, al suroeste de Casablanca y no lejos de esta ciudad. El 9 de mayo del mismo año se empezaron los trabajos de la de Sidi Silman. Por último, la de Ben Guerir inició también poco después su construcción. El 13 de junio aterrizaron ya, en la primera base citada, aviones fortalezas americanos procedentes de Inglaterra. En diciembre del mismo año llegan nuevos aparatos yanquis procedentes de Tejas. Se había previsto el costo de tales bases en 300 millones de dólares. Pero pronto hubo que resignarse a gastar 830 (33.200 millones de pesetas). Hace poco tiempo hemos



Este es el «F-100 Super Sabre», último caza de la aviación americana. Puede alcanzar alturas de 1.700 metros. Su velocidad máxima se conserva en secreto



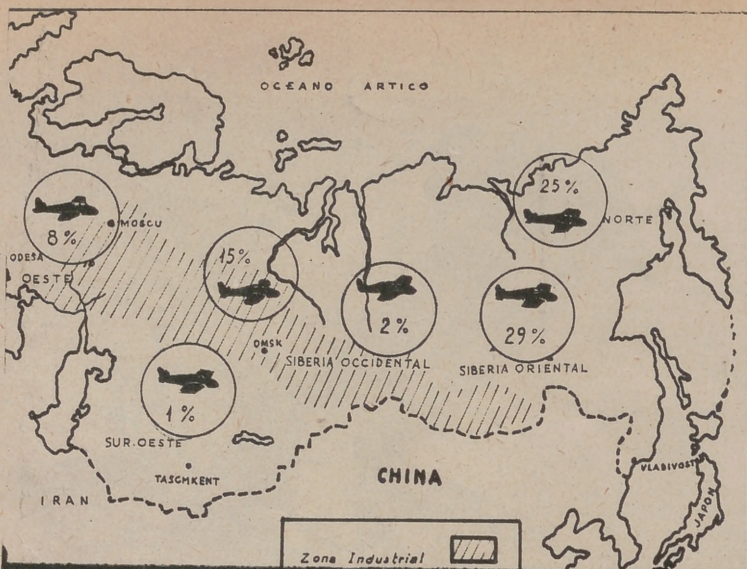
Una vista aérea de la trágica situación en que quedó Hiroshima después del bombardeo atómico

visto la base de Nuasser. Es enorme. Su extensión pasa de las 6.000 hectáreas. La carretera la cruza parcialmente durante 24 kilómetros. Se han previsto las pistas para el servicio de aviones que pesen 160 toneladas, siendo las dimensiones de aquéllas de 4.000 metros de longitud por una anchura de 100 metros.

EL ARTICHO, ZONA ESTRATEGICA PRIVILEGIADA

A lo largo del Artico se alinean, de igual modo, muy importantes bases aéreas. Si, en vez de observar el globo terráqueo como se nos muestra en las escuelas, sin otra inclinación que la de la elíptica, mostrándonos su faceta tradicional—los dos hemisferios continentales y los tres grandes océanos: el Pacífico, el Atlántico y el Índico—, «miramos» al globo desde arriba, desde el polo, he aquí

un espectáculo geográfico curioso. La distribución de las tierras y de los mares parece ser otra y, sobre todo, advertimos que las distancias contadas entre los diversos puntos del hemisferio boreal a través de la región ártica resultan, con frecuencia, sumamente disminuidas. De la base americana de Seattle a Kanchatka, hay así 6.000 kilómetros, y a Irkutsk, 10.000; de Denver a Magnigorsk, 11.000; de Chicago a Moscú, 9.000, y de Nueva York a Berlín, 7.000. Pero el radio de acción de los «B-36» y de los «B-52» pasa, con mucho, de esta última distancia. Además, las bases adelantadas americanas distan mucho menos de los objetivos soviéticos. Alaska está casi en contacto con el extremo oriental de Siberia; de Inglaterra a los objetivos vitales de la U. R. S. S. hay apenas 1.700 kilómetros; de Africa del Norte, 2.500; de Grecia, 2.000; no dema-



A su vez, la U. R. S. S. parece reaccionar con su orden de batalla aérea ante el peligro yanqui, distribuyendo sus flotas en la forma indicada en el gráfico. La masa principal de la aviación soviética se orienta, como puede observarse, hacia el Este, sin duda apuntando hacia su más terrible rival: el poderoso imperio yanqui. Apenas ochenta kilómetros separan, en el estrecho de Behring, a Siberia de Alaska. En el dibujo, la parte rayada señala las principales concentraciones industriales rusas; esto es la parte más vulnerable de la U. R. S. S., en cuyo país hay al menos un centenar de ciudades con más de cien mil habitantes, algunas de ellas en Siberia, incluso designadas por un número y no por un nombre. Tales son los objetivos óptimos previstos de antemano por el Estado Mayor americano

siado tampoco de Arabia Saudita, y menos de Trípoli, Okinawa y Guam. Turquía es fronteriza con Rusia. Así resulta que estas tierras boreales, sitas en el casquete polar o no lejanas del mismo—parajes inhóspitos y horribos, que los hielos cubren por entero gran parte del año, para dejar apenas la mísera vegetación de unos musgos y de unos líquenes como testimonio breve de una vida estival—, resultan ser extraños y privilegiados puntos estratégicos actualmente. El aeródromo americano de Thule, en Groenlandia, por ejemplo, equipado con aviones de reacción, dista apenas 4.500 kilómetros de Moscú; 4.800 de la región industrial del Ural; 4.300 apenas, de París, y sólo 2.200 de la tierra de Francisco José. Alaska resulta así primera línea, frente a la Unión Soviética, de la que la separa apenas el estrecho de Behring. Enfrente están las bases rusas de Petropavlovsk, en Kanchatka, y la de Ischuk, en la península de los Chukches. Desde Alaska y las Aleutinas hasta Terranova, Labrador, Groenlandia, Islandia y Noruega septentrional, incluida, se extienden las bases aéreas del Occidente, servidas por los americanos, menos en esta última nación. Allí están los aeródromos militares de Anchorage, de Fairbanks, de Nome, de Kadiak, de Punk Barrow, Baffin, etc., montando la guardia con una importante dotación aérea de material y personal. Allí hay también tendida una tupida red de radar y de estaciones meteorológicas, que sirven yanquis y canadienses. Sólo en la remota Alaska hay más de 25.000 soldados americanos. Pero los rusos despliegan en servicios análogos quizá 200.000 ó 300.000 hombres a lo largo de su litoral ártico oriental, entre Kanchaka y el mar de Okhotsk, y sólo Dios sabe los que desplegará desde Bering y el Blanco.

Entre estas bases del Occidente

hay algunas curiosamente situadas, como esa en la que Bélgica ha gastado ya más de tres millones de francos belgas, en Kamina, sobre la meseta de Kalahari, ¡en pleno Congo!, en el corazón mismo de África negra, no lejos, por cierto, de Leopoldville. La razón de semejante colosal esfuerzo es bien obvia. No distante de esta remota base está Katanga, de tal suerte que semejante aeródromo no tiene más primordial objeto que defender esta comarca, tan rica en yacimientos minerales que se ha calificado de «el escándalo geológico del mundo». Katanga, es bien sabido, es rica en cobre. Y en diamantes. Y en caserita. Y en «pechblendas», ¡el mineral del uranio! Se comprende, pues, porque allí, a mil cien metros sobre el nivel del mar, se ha construido una colosal pista de siete mil metros de longitud y ha surgido una ciudad aeronáutica, en pleno desierto, que tiene ya 25.000 habitantes, y en la que existe una escuela de aviadores y de paracaidistas belgas. Hasta allí, a cuatro grados de latitud Sur, a no menos de 6.000 kilómetros de Rusia, ha llegado la natural previsión defensiva. Es demasiado rica mineralógicamente, en efecto, esta región, y demasiado vitales sus minerales para que no se garanticen como merecen estos materiales estratégicos esenciales.

HACIA EL GIGANTISMO EN LOS PORTAAVIONES

El asedio geográfico de las bases aéreas, frente a Rusia, desborda, sin embargo, el límite continental de las tierras. El Occidente—los Estados Unidos, primordialmente—dispone y prepara incluso sus aeródromos a flote. Hasta con 30 portaaviones en activo cuenta la Marina nacional norteamericana. Pero dispone, además, de otros 72 en reserva. Y los programas incluyen siempre nuevos y modernos portaaviones

más. El primer buque de esta clase fué un carbonero de 11.500 toneladas, que se llamaba «Langly». El «Forrestal»—actualmente en construcción—desplaza 60.000 toneladas y mide su eslora doble de la de aquel buque. Y aun no se ha llegado al límite probable de las construcciones de estas gigantes naves, que desplazan ya doble o triple tonelaje que los antiguos colosales acorazados. Es menester incrementar siempre las dimensiones de los nuevos portaaviones. Ello es debido a que los aviones actuales vuelan a velocidades superiores a los 1.000 kilómetros por hora, a que el techo de los mismos supera los 40.000 pies, a que su peso sobrepasa los 7.500 kilogramos y a que el consumo de combustible de los aviones de reacción es superior, en volumen, a siete u ocho veces el de los aviones de motor. Sin ir más allá de la segunda guerra mundial, ha aumentado hoy en más del 50 por 100 la velocidad del despegue; en un 400 por 100, el peso de los aviones de asalto, y en un 1.000 por 100, el de los bombarderos. El empleo de la catapultilla y el frenado, usado por los portaaviones tipo «Midway», no sirve ya para los modernos aparatos de reacción. Pero se prevé ahora la construcción de nuevos portaaviones propulsados a su vez, ellos mismos, por energía atómica. Así, por este camino, del gigantismo de los portaaviones, se piensa llegar a buques de esta clase con 60 veces más autonomía que los actuales; con 25 metros más de longitud y un desplazamiento que podrá llegar a ser de 75.000 toneladas, de 80.000 quizá, y quién sabe si de 90.000, y que podrán costar nada menos que 300 ó 400 millones de dólares (¡16.000 millones de pesetas!)

REMOZAMIENTO DEL MATERIAL DE VUELO

Mientras que las fuerzas aéreas americanas habilitan nuevas bases en tierra y en el mar, remozan también todo su material de vuelo. Los aviones militares, en efecto, se envejecen muy rápidamente. Los «F-84 Thunderjet», que portaban ya bombas atómicas, han dejado paso a los «F-86 Sabres», mucho más rápidos y maniobreros. Estos últimos aparatos comenzaron a llegar a Europa cuando, en marzo último, los aviones rusos derribaron, en una alevosa agresión, un «Thunderjet» americano.

Los grandes bombarderos se remozan también. El famoso «B-36», por ejemplo, con sus 16.000 kilómetros de radio de acción—más del doble de la distancia que separa Nueva York de Moscú por el Ártico—, se ha preparado para transportar, como el canguro a su cría, un «F-84», convirtiéndose así en un singular y original portaaviones volante. La Consolidated Vultee, de Forth Worth, en Texas, tiene orden de hacer rápidamente esta transformación. De este modo, el avión portador, el «B-36», se acerca desde la base lejana al objetivo. En la proximidad de éste se desprende de él el «F-84», que transporta la bomba atómica o de hidrógeno, y que es mucho más rápido y maniobrero; lanza su proyectil y regresa al avión portador, que le toma, para regresar con él a la base. Ello aparte, los aviones cisternas

funcionan ya con toda normalidad, aprovisionando de esencia a los aparatos en pleno vuelo. Se comprende que, con tales medios, las posibilidades de la aviación moderna americana son imprevisibles. ¡Y terribles! Pero esto vamos a verlo ahora.

DOS MILLONES DE «FICHAS - OBJETIVOS» SOVIETICOS

En el corazón de la Confederación norteamericana hay un Estado, el de Nebraska, cuya riqueza principal la constituye el maíz, enclavada como está en el corazón mismo del «Corn Belt» (La Cintura de Maíz), de la que deriva una economía rica en ganados, carnes y conservas. La capital de este Estado es Lincoln, que apenas tiene 100.000 habitantes. Pero en él está situada Omaha, con una población dos veces y media la de aquella capital. La singular importancia para nosotros de esa ciudad de Omaha radica en constituir la sede aeronáutica militar americana, encargada de dar la réplica, oportuna y contundente, a la U. R. S. S. si ésta se lanzara, irreflexiva y brutalmente, al ataque. Los Estados Unidos comenzarían atacando por el aire, para defenderse, si semejante caso llegara. Con un par de docenas de nuevos aviones y las armas actuales de que disponen podrían causar a su rival presunto un daño muy superior al que ocasionara la aviación de la época, durante todo el transcurso de la guerra pasada, a Alemania o al Japón. Las redes de radar, los armamentos antiaéreos, la aviación cohete, de intercepción—todo, en fin, el llamado «Plan Lincoln»—sería el medio para contener la agresión o, al menos, dar la voz de alarma. Ciento cincuenta mil hombres montan la guardia preventiva para responder inmediatamente al insulto. Los aviones tan veloces como el sonido, provistos de bombas atómicas o de hidrógeno, dotados de aparatos de lanzamiento muy precisos, están siempre a punto. ¡Bastará una orden!... Una orden, bien entendido, que no le es lícito dar, por su simple cuenta, al jefe superior de este dispositivo colosal y preciso, que se llama el general Curtis E. Le May, experto y especialista, hecho ya famoso cuando organizó el famoso «Puente de Berlín». Ni el citado general, desde luego, ni siquiera el Estado Mayor del Pentágono, podría dar—bien se comprende—semejante orden, que, a la postre, significaría el desencadenamiento de una catástrofe sin igual ni precedente en la historia del mundo. Es la Casa Blanca la que debe cargar con la responsabilidad consiguiente. A la vista de ello, no queda sino dilucidar el modo en que la flota aérea americana debe de actuar. Porque, en efecto, será menester fijar exactamente, antes de partir, el plan concreto de acción, entre los diversos estudiados previamente, a través de un enorme archivo estratégico que contiene más de dos millones de «fichas-objetivos» soviéticos. El plan en acción sería, según los casos, uno u otro. Dependería todo de la zona elegida para batir primero. No bastan para designarla puntos de vista únicamente militares. Las circunstancias políticas del momento po-



Sobre el suelo calcinado de Nagasaki descansan los cuerpos inocentes de unos chiquillos heridos de gravedad por las quemaduras de la bomba atómica. Esta es la terrible maldición del siglo XX

drán aconsejar actuaciones más concretas y definidas

Más de mil aviones esperarían de primera intención esta orden. Entre ellos, los más modernos aparatos de caza, los grandes y también nuevos aviones de bombardeo—los «B-36», los «B-47» de reacción, los «B-50»...—, los aparatos de reconocimiento precisos, los aviones-cisterna para alimentar la flota en pleno vuelo...

Las grandes formaciones de «Alas» enteras despegarían sin interrupción para batir directamente a los objetivos rusos o simplemente para asentarse en otros campos exteriores y desde allí atacar a su vez directamente, sin más complicaciones.

A este respecto, es curioso advertir que un «Ala» de aviones «B-47» puesta en acción, apenas recibida la orden, puede, en una jornada, trasladarse por sus propios medios al más lejano aeródromo, transportando por sí misma los 2.586 hombres que la integran y las 300 toneladas de material diverso que precisa para actuar. Una formación de este tipo la constituyen 45 grandes aparatos de bombardeo y 20 aviones-cisterna. Llegada esta formación a su nueva base, desde ella puede acosar a Rusia durante treinta jornadas sucesivas sin necesitar ningún apoyo ni ayuda externa. Las bombas atómicas que arrojarían sus bombarderos pueden arrasarse, cada una, totalmente, una superficie circular de dos a cuatro kilómetros de radio, y si lanzaran bombas de hidrógeno,

superficies circulares de 15 a 20 kilómetros de radio también.

Los Estados Unidos cuidan—diríamos mejor que miman y regalan—a su Ejército del Aire. Su personal está tan bien seleccionado como instruido. Las tripulaciones de este Ejército aéreo, que montan la guardia permanente de la tranquilidad de América—diríamos mejor que del mundo entero—tienen, por término medio, cuatro mil horas de vuelo.

Cuando los norteamericanos trabajan o duermen, esta poderosísima fuerza aérea vela y vigila atentamente. Las tripulaciones y el material siempre están a punto para cualquier servicio imprevisto. Algunos de estos aparatos incluso vuelan, en vigilancia constante, a diez mil, a trece mil metros de altura. Tan altos se elevan aquéllos, que ni verlos ni oírlos es posible. Se diría que ignoran abajo cómo las fuerzas aéreas realizan su guardia. Es más, es muy posible que gran parte de los 160 millones de yanquis incluso lo ignoren.

Pero Rusia lo sabe.

Y es ello lo que principalmente ha garantizado la paz del mundo hasta la fecha. ¡Dios querrá que la garantice en adelante también! Aunque ha quedado dicho cómo los Estados Unidos tienen preparada su réplica, inmediata, feroz y escalofriante, si Moscú, ofuscada o suicida, se lanzara a la criminal aventura de una nueva guerra.

José DÍAZ DE VILLEGAS

"EL DIABLO", DE GIOVANNI PAPINI



Giovanni Papini, postrado en el sillón de su estudio, despacha la correspondencia con su secretaria Anna. El anciano escritor sonríe mefistofélicamente

A los 72 años, Papini, medio paralítico y totalmente ciego, suscita con su obra una de las mayores polémicas del siglo

PESE a la leyenda popular, Papini no habría podido pasar a la historia como un teólogo. Ni siquiera como figura mediana en este terreno podía considerársele por ninguno de sus anteriores libros. Y para desvanecer las dudas que pudieran caber en este sentido no hay prueba mejor que su última obra «El Diablo», que ya ha sido prohibido para los católicos de la diócesis de Roma por el vicario del Papa y que, indudablemente, acabará por ser prohibida en todo el orbe católico.

Sin embargo, doctos o no, son muchedumbre los que han de ocuparse de sus especulaciones audaces. De un lado, tiene la virtud de ser el escritor católico actual que—más que nadie—suscita entre una masa grande de lec-

tores un interés extraordinario por cuestiones que, generalmente, parecen campo privativo de un número muy limitado de pensadores, casi exclusivamente sacerdotes o religiosos.

La audacia de su pensamiento y, sobre todo, la amenidad de su exposición hacen que la gente más ajena a estos problemas descubra, al leer sus libros, el interés apasionante, sin igual, que encierra el conocimiento de Dios y sus misterios. A los ojos del vulgo, ciertos problemas dejan de ser, en la prosa de Papini, algo abstruso y complicado, como un texto antiguo de difícil comprensión, para convertirse en cuestión de la máxima actualidad, candente, al rojo vivo y al alcance del más sencillo lector.

De otro lado, las personas doctas que tienen a su cargo el sagrado deber de velar por la pureza del dogma, han de leer a su vez los escritos de Papini con exquisito cuidado e interés, pues en ellos pueden deslizarse, en forma peligrosamente atractiva para quienes no están suficientemente preparados, errores debidos a una exaltación de su espíritu que suele ir en detrimento del rigor del pensamiento.

Claramente ocurre esto en el último libro de Papini a que antes aludíamos. «Il Diavolo» ha suscitado gran revuelo en Italia y en todo el mundo con motivo de su reciente aparición. El autor se propone estudiar las verdaderas causas de la rebelión de Lucifer; las relaciones entre

EL LIBRO DEL
VIEJO FILOSOFO
ITALIANO HA SIDO
PROHIBIDO A LOS
CATOLICOS DE LA
DIOCESIS DE ROMA

Dios y el diablo, entre los hombres y el príncipe de las tinieblas, y la posible tentativa, por parte de los humanos, de hacer volver a Satanás a su primitiva bienaventuranza, librándonos previamente todos nosotros de la tentación del mal.

A primera vista, el libro parece encerrar una extraordinaria novedad. Papini nos advierte, sin embargo, que las cosas que cuenta sólo serán nuevas para quienes no conozcan suficientemente la patristica y la literatura cristiana.

Pero tampoco es nuevo el problema que plantea, aunque lo parezca por la gracia y originalidad de su exposición. Se trata de la vieja cuestión del mal permitido por un Dios que es el bien mismo, y del castigo eterno impuesto por quien es el mismo amor.

Al enfrentarse con este viejo problema —Papini lo reconoce en la introducción— ha prescindido de su propio reclinio, de «las razones de la cabeza», para aferrarse a «las razones de su corazón», y conjetura la esperanza de que Dios, al final del tiempo —cuando termine la vida de la tierra—, llegue a perdonar a Lucifer y con él a todos los condenados. Le parece esto en perfecta armonía con la concepción de Dios definido como absoluto amor, aunque advierte, de manera confusa, que se trata de un mero anhelo de su corazón, que ha dejado brotar de la pluma, aunque no esté confirmado por pruebas dogmáticas.

El autor parece distinguir en su libro dos partes bien definidas. De un lado pretende examinar todos los conocimientos sobre el diablo asequibles al hombre, apoyándose en las fuentes de la revolución, en los Padres de la Iglesia y en los doctores de la Escolástica. De otro, presenta su errónea concepción del posible perdón de Lucifer como una mera esperanza.

Lo grave del caso es que, al estudiar al diablo, prescinde igualmente de toda objetividad y hace mal uso de una erudición patristica y escolástica digna de mejor empleo. Dicho vulgarmente, a lo largo de todo su libro, arrima el ascua a su sardina y nos quiere hacer creer que una cita aislada de una mera frase de algún santo o de algún teólogo, fundamenta su herética esperanza en la salvación final de Satanás.

Así por ejemplo, cita con más audacia que rigor al teólogo español del siglo XVI Suárez, como si, en su tratado «De Angelis», pudiese basarse la idea de que Satanás no pecó por soberbia, sino por un resentimiento, fruto de su gran amor a Dios, al saber que el Padre había decidido dignificar y salvar a los hombres mediante la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana en el seno de la Virgen, en vez de haberle elegido a él, la más bella y perfecta de las criaturas de Dios, para esa unión hipostática y como vehículo precioso de la Redención.

El problema del mal posible en la obra creada por quien es el Bien absoluto —lo mismo que el de la rebeldía de Lucifer— ha sido objeto de estudio profundo repetidas veces, por parte de los



He aquí un Papini joven y combativo, cuando su aspiración la cifraba en ser periodista de un diario de Milán, y que no fué admitido por considerarle el director un escritor de gran pluma.



Esta fotografía de Papini fué tomada en el año 1930, durante una excursión campestre en compañía de su familia y del pintor-escritor Ardengo Soffici.

grandes teólogos de la Iglesia. Así se ha reconocido que el pecado en los hombres es consecuencia del mal uso del más noble de los atributos concedidos por Dios a Adán cuando le modeló a su imagen y semejanza: su libertad.

De manera confusa, en su libro, Papini se esfuerza por hacernos creer —con la consabida despreocupación alegre e irresponsable en las citas— que el diablo no es tan malo como parece, que sus relaciones con Dios son mucho mejores de lo que suponemos y que Lucifer y sus tentaciones son algo necesario. En este último punto el error de Papini es bastante vulgar, aunque él lo presenta de una manera bonita y amena que le hace doblemente peligroso.

Papini dedica un capítulo a embrollar la mente de los lectores con la idea de que los peca-

dos son necesarios, que constituyen la raíz misma de toda la vida humana, que son, en el fondo, los impulsos naturales que nos hacen conservar la vida, crecer y multiplicarnos.

No resulta esto tan original ni tan nuevo si tenemos en cuenta que hubo ya escritores que han apuntado semejante cosa.

La ley de Dios supone la obligación de respetar el orden natural de las cosas, no la represión sistemática o caprichosa de los impulsos naturales, sino su sometimiento a normas y a la jerarquía de la verdad y del deber. El pecado no está en los impulsos naturales, sino en su voluntario y antinatural desenfreno, por la posibilidad de la rebeldía que es consecuencia, como hemos dicho, del uso indebido de la libertad que nos permite elegir y da valor a nuestros actos.

No entenderlo así equivaldría a

aplicar a la ley de Dios el criterio simplista de la anécdota popular del médico que se rasca la cabeza perplejo ante el paciente que no fuma, ni bebe, ni come nada de ningún exceso, y dice: «Bueno, no importa... Ya encontraré algo que prohibirle».

La obra de Papini está toda ella llena de peligrosas afirmaciones, apoyadas en citas poco escrupulosas en las que a una frase suelta se la presenta con sentido distinto a la tesis del conjunto.

En lo que respecta no ya a la mera exposición de conocimientos sobre el diablo, cuyos defectos hemos indicado, sino a lo que él llama una esperanza de su corazón en relación con el posible perdón final de Satanás, hay que puntualizar que va en contra de lo que la Iglesia sabe y enseña sobre esta cuestión. Para un católico no basta decir, a modo de disculpa —como ha hecho Papini ahora—, que él no es un teólogo ni ha tratado nunca de definir el dogma. Ningún católico en particular puede definir el dogma, pero todos estamos obligados a acatarlo. Y la Iglesia sabe y enseña sobre el infierno y el castigo eterno cosas que no proceden de sutilezas más o menos discutibles de determinados hombres, sino que son revelación del mismo Dios. Por El —la Sagrada escritura la atestigüa— sabemos que el infierno existe, que en él hay fuego de verdad (Marcos, IX, 42), y que el castigo es eterno (Mateo, XXV, 46) para quienes son a él condenados.

Se trata, pues, de una doctrina sobre la que no caben especulaciones. Nada podemos hacer los humanos para modificar el carácter de eternidad del castigo del infierno. Nada puede hacer Papini por mucha que sea la pasión que ponga en sus desorientadas «razones del corazón». Sobre todo, lo que no se puede hacer, ni debía haber hecho nunca Papini, era usar su erudición, la belleza de su prosa y su popularidad como escritor, para hacer creer a quien ha estudiado menos estos temas, que alguna autoridad de la Iglesia puede ser citada en apoyo de su disparatada tesis.

Papini cuenta setenta y dos años de edad, se encuentra medio paralítico y totalmente ciego. Tiene que dictar las cuartillas y hacer que le lean lo que lleva escrito. Por lo que al estilo se refiere, parece que el autor no ha perdido nada de la lozanía y el vigor que le llevaron a escribir apasionadamente su «Historia de Cristo» y a convertirse al catolicismo durante aquel trabajo.

Ahora su exuberancia apasionada le hace caer en un claro error. Lo extraño es que la pasión sentimental que le hace equivocarse no haya sido frenada por la lectura de las numerosas fuentes teológicas que cita. La enfermedad y la vejez no han quitado bríos a su corazón, pero sí parecen haber embotado la agudeza de juicio de un cerebro que, de no estar débil por la parálisis progresiva, difícilmente habría podido no darse cuenta de sus errores.

UNIDAD Y ANTICOMUNISMO

PARA los políticos que ven con claridad los términos reales en que aparece planteado el problema internacional del mundo —que sólo hay uno del que son derivaciones más o menos sangrientas, o agudas, los demás—, la unidad de Europa se ha convertido en un principio cuya reiteración resulta hoy tan inexcusable y tan lógica como, en su tiempo, la insistencia machacona de Catón el censor en la destrucción de Cartago. Ni Roma, ni nada de lo que Roma significaba, podía mantenerse entonces mientras Cartago siguiera en pie, ni ahora parece posible que se salve la civilización occidental sin la unión de Europa. Las naciones europeas que no colaboran eficazmente a la realización de esta unidad, que se desentienden de ella para caminar más libremente por la senda de sus propios intereses privados y esperan su salvación de la irremediable necesidad que tiene de defenderlos su aliado más fuerte, practican, en el fondo, una política de chantaje internacional.

No ha sido, además, en estos días de empalme entre dos años, el primero en proclamar la urgencia de la unidad de Europa, un político. A las palabras del claro y esperanzador mensaje de Eisenhower al Congreso norteamericano, cuando se ha referido a la unidad del mundo libre como «mejor probabilidad de reducir la amenaza comunista, sin guerra», y dentro de esta unidad al carácter vital que tiene la «formación de una comunidad de unidad europea», han precedido las palabras ecuanímes, iluminadas y aleccionadoras de Su Santidad Pío XII —Papa de los Mensajes de Navidad— que globábamos hace apenas dos semanas en estas mismas columnas.

Es imposible, por lo tanto, atribuir a la particular utilidad de una nación la defensa de la idea de la unidad, o la comunidad, de Europa. Y mucho menos cuando gracias a la generosidad económica de esta nación —que carece de par y precedente— y gracias a su acción constante y tenaz puede hoy el mundo occidental escuchar, al fin, que la iniciativa se encuentra de su lado y que un cómputo real de su potencia militar le permite situarse en una mejor posición para discutir los problemas pendientes con Rusia.

La unión europea es obligación solidaria de todas las naciones europeas, porque todas pueden encontrar en ella su propia y común salvación. Porque sin ella peligran la defensa y la pervivencia de todas y de cada una. Porque la civilización de Occidente permanecerá segura si Europa, su cuna y su matriz, se une. Y porque puede correr, y corre de hecho, el gravísimo peligro de ser arrasada, más pronto o más tarde, si Europa sigue desunida, si se obstina en continuar navegando a la deriva.

Queda, aun, otro punto extraordinariamente aleccionador en el mensaje del Presidente de los Estados Unidos: el que se refiere al carácter subversivo del partido comunista y se concreta en la recomendación que Eisenhower ha hecho al Congreso para que cree una legislación que establezca la pena de la pérdida de la ciudadanía para aquellos condenados por «conspirar para defender el derrocamiento de este Gobierno por la fuerza o la violencia».

No debería ya ser preciso insistir en la necesidad de que todos los países de más acá del telón de acero declaren fuera de la ley al partido comunista. Pero todavía existen Gobiernos que parecen haber olvidado la sabia lección de la conquista de Troya.

España, que antes y después de su alianza con los Estados Unidos, ha mantenido una clara y firme línea anticomunista hacia adentro y hacia afuera de sus fronteras, y que ha sido, y sigue siendo, partidaria de la unión pacífica de los pueblos —salvando su natural soberanía y su esencial y peculiar organización interior— ha visto en el mensaje del Presidente Eisenhower la mejor confirmación del acierto de su política internacional. Y de su decidido, pleno y precursor anticomunismo interno.

EL ESPAÑOL



LOS NIÑOS Y LOS GATOS SON LOS AMOS EN INGLATERRA

Hasta hace pocos años el padre, teóricamente, era el mandamás, y los demás le obedecían en todo. Hoy en día la cosa ha cambiado

LA VIDA DE LOS ESTUDIANTES "BIEN" DE OXFORD ES INCREIBLE

Las condiciones en que viven muchísimos matrimonios de clase baja y media son causa en gran parte de la tremenda ola de delincuencia juvenil

ESCRIBIR un artículo periodístico sobre los padres y los hijos en Inglaterra es cosa difícil. Ante todo se presentan dos problemas: el primero y más serio es el de hacerlo exhaustivo, y el segundo consiste en sintetizar y hacer una cosa viva al tiempo que escueta.

Por estas razones hay que limitarse a seleccionar unos cuantos datos representativos y narrarlos a vuela pluma; este artículo no pretende, pues, ser exhaustivo, sino ilustrativo de una serie de fenómenos relacionados con las circunstancias políticas y económicas de la Inglaterra contemporánea.

EL CABALLO DE BATALLA

Recuerdo que, durante las pasadas elecciones, un periódico laborista publicó, justo en la víspera de las urnas, una fotografía que representaba un niño gordo y saludable. El pie decía: «¿Quieres que tu hijo siga así? Vota con los laboristas.»

Ganaron los conservadores, y los niños siguieron gordos y saludables; pero este «slogan» les había sido eficazísimo a los laboristas muchos años antes, cuando aún luchaban por entrar en el Parlamento y mantenerse en él.

A juzgar por lo que cuentan los viejos, el espectáculo de pobreza y mendicidad en Inglaterra hace no más de cuarenta años debe haber sido lamentable. Como consecuencia de la superindustrialización del país, ciudades enteras como Mánchester y barriadas inmensas de Londres fueron construidas a toda prisa, sin las condiciones higiénicas elementales y con apenas otras tiendas que las de aguardientes y vino. La consecuencia fué que, cuando los laboristas entraron en el Poder por primera vez, las clases trabajadoras inglesas distaban mucho de ser lo que son ahora.

Al mejorar el nivel de vida desaparecieron los tugurios victorianos, donde hombres, mujeres y niños se emborrachaban porque no tenían otra cosa que hacer en sus horas libres; estos

tugurios, llamados «Gin Palaces», ostentaban enormes cartelones, en que se leía: «Borracho por un penique; medio muerto, por dos». El precio iba subiendo al alimón con el coste de la vida, pero las consecuencias seguían siendo las mismas.

LAS «PUBS»

Hoy en día los niños tienen prohibida la entrada en las tabernas hasta que hayan cumplido los dieciocho años; y no sólo beber, sino incluso entrar a comprar botellas para una persona mayor les está prohibido. Y lo curioso de Inglaterra es que las prohibiciones se obedecen.

Estas tabernas sólo abren a ciertas horas del día y cierran finalmente a las diez y media de la noche.

Pero si bien los niños no pueden entrar en ellas, las madres sí que pueden, y las inglesas, en su mayoría—madres o no madres—, son muy aficionadas a la ginebra.

Hay pocos espectáculos tan deprimentes como el de las mujeres tomándose copazos de ginebra, solas, ante el mostrador de una taberna; en muchos casos

han dejado en la puerta a sus hijos mientras ellas entran a beber. Una vez recuerdo que a la puerta de una taberna había una niña pequeña llorando como una descosida; la gente la rodeaba y la preguntaba dónde estaban sus padres, pero ella no daba explicaciones. Finalmente, una mujer salió de la taberna con el cigarrillo colgando de la boca, cogió a la niña y se fué sin decir una palabra a nadie.

Hace dos meses, un Tribunal condenó a no recuerdo cuántos meses a una madre por haber abandonado a su niña mientras entraba a tomar copas; una vez dentro se le olvidó que la niña estaba fuera esperando, se tomó varias ginebras de más y la niña apareció un día después, famélica, perdida por un barrio extremo de la ciudad.

EL «WELFARE STATE» Y LA MEJORA DE LA RAZA

En cuanto los laboristas subieron al Poder pusieron mano a la obra sin tardanza; de su largo periodo en el Poder apenas si puede alabarse sin reservas otra cosa que lo que se ha convenido

en llamar el «Estado nodriza», en inglés el «Welfare State».

La teoría consiste en que el Estado debe estar al servicio de los ciudadanos desde la cuna hasta el ataúd, y, en cambio, todos los ciudadanos deben prepararse para el trabajo desde pequeños y trabajar hasta que les llegue la vejez. La teoría, como se ve, de puro cuño socialista; la práctica, con más o menos tropezones, ha venido funcionando bastante bien.

La primera consecuencia fué que los niños mejoraban a ojos vistas; los laboristas hicieron la escuela obligatoria a todos los niños, cualquiera que fuese el estado económico de sus padres, y se reguló por ley la edad hasta la cual ningún niño o niña puede trabajar. El Estado además paga una pequeña cantidad semanal a los padres a partir del primer hijo, y cuantos más hijos, tanto más dinero; esto también cualquiera que sea la posición económica de los padres y hasta la edad de dieciocho años.

Al abolir el sistema de ayudar sólo a los que lo necesitan han acabado en teoría con las distinciones clasistas y evitan el humillante certificado de pobreza.

En esto de abolir las clases, los laboristas hicieron alguna que otra tontería; por ejemplo, levantaron un censo de la población inglesa, según el que todos, absolutamente todos los habitantes del país trabajaban. Muchos que jamás dieron golpe ponían «abogado» u «hombre de negocios», por poner algo. Los laboristas publicaron triunfantes: «¿Lo veis? Ya no hay clases sociales. ¡Todos los ingleses trabajan!»

Aún quedan, sin embargo, restos del antiguo régimen que pudiéramos decir. Los niños que distribuyen los periódicos a primeras horas de la mañana suelen ser chicos de familias pobres que se ganan así unos cuartos antes de ir a la escuela. Teóricamente, me figuro, los Sindicatos podrían acabar con esto, pero por hache o por be no lo han hecho.

LAS ESCUELAS OBLIGATORIAS

Yo nunca he estudiado en una de estas escuelas estatales inglesas, y por eso no tengo más remedio que hablar de oídas. Últimamente estuvieron en la primera plana de todos los periódicos porque los laboristas lanzaron un ataque acusando a los Tories de descuidarlas y tenerlas poco menos que en ruinas. Incluso periódicos sensatos como el «News Chronicle» publicaban cada día la fotografía de una escuela diferente, y aquello parecía las ruinas de Pompeya. La tormenta, sin embargo, pasó y no se ha vuelto a hablar de ello.

Siempre que los Tories hablan de meterle mano a alguno de los detalles del «Estado nodriza», los laboristas saltan como gatos a la defensa de sus cachorros. Así, hace poco, cuando el Gobierno trató de economizar en el presupuesto escolar. Y, sin embargo, fueron los laboristas quienes comenzaron a desmantelarlo, y la famosa riña entre Attlee y Bevan, que acabó con la dimisión de este último, fué debida a que el Gobierno laborista quería introducir el cobro de pequeñas cantidades en el Seguro médico, hasta entonces totalmente gratuito.

Volviendo a las escuelas, todos los chicos de Inglaterra, pobres o ricos, van a la escuela, gratis o de pago; para admitir a un chico en una escuela gratis no se le hace enseñar un certificado de pobreza, y así resulta que la población de estas escuelas está muy mezclada.

Salidos de esta escuela, los niños van a una Universidad, a una Escuela técnica a directamente al taller, según quieran sus padres. La fortaleza aristocrático-burguesa de Oxford y Cambridge ha sido ya expugnada por el Gobierno laborista a fuerza de becas a chicos humildes que quieren estudiar profesiones liberales.

LAS CIRCUNSTANCIAS

En las escuelas elementales, los niños suelen quedarse a comer al mediodía, mediante el pago de una cantidad puramen-

te nominal y que apenas cubre el coste. Últimamente hubo que subir el precio en dos peniques, y los comunistas y los laboristas, unidos, atacaron la cosa. Recuerdo que una vez fui a ver una Exposición de pintores noveles al aire libre, y uno de los cuadros (pintado, sin duda, por un comunista) representaba una manifestación «Pro Pacen», con una pancarta que decía: «No subáis el precio de las comidas escolares.»

Todo esto puede parecer raro en España, donde, al menos cuando yo estudiaba, los medio-pensionistas fueron siempre pocos; pero la vida en Inglaterra está organizada de modo que casi nadie come en casa al mediodía; yo tengo amigos, con familia y casa puesta, que siempre almuerzan fuera. En parte porque las distancias son tremendas, y uno que trabaje en el centro y viva en las afueras no puede ir a comer a casa, aun si tiene coche propio, porque se le van dos horas largas en la empresa. Luego hay que tener en cuenta que la mayoría de estos escolares son hijos de obreros o empleados de oficinas que siempre comen en la cantina de la fábrica o en el restorán más cercano a la oficina. Los chicos de familias de clase alta van internos a alguna de las escuelas de postín situadas en provincias.

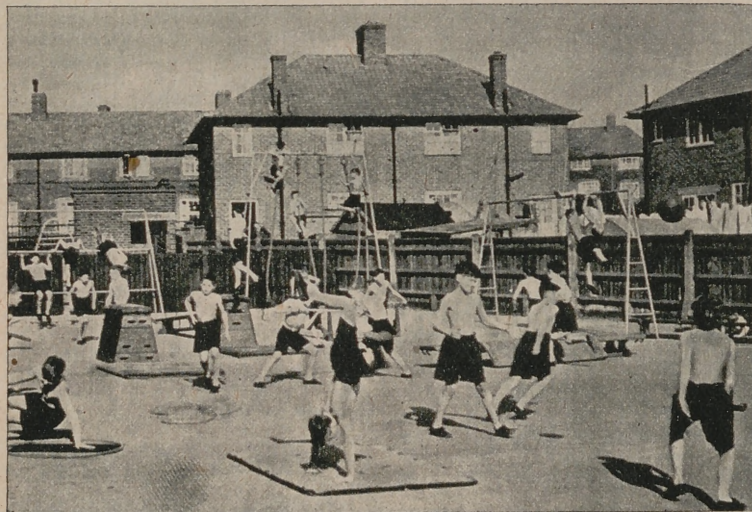
La relación del niño con sus padres se sitúa, pues, desde el principio con más distancia que en España. En España tenemos los dos extremos de familias casi analfabetas que trabajan desde que tienen manos, y familias ricas cuyos hijos se preparan convenientemente antes de empezar a trabajar.

En Inglaterra es totalmente diferente: primero, porque el Estado cuida de que todo el mundo se prepare bien antes de trabajar, y luego porque, como van las cosas, apenas queda gente que pueda permitirse el lujo de no empezar a trabajar una vez concluida su preparación. La mentalidad de los niños se moldea, pues, de forma diferente: al padre se le mira como más a distancia. Desaparece el complejo de falta de cultura, ya que todos adquieren el mínimo necesario, y luego tampoco existe la ociosidad como barrera de clase.

Esto, fuera de la escuela. Dentro de ella el fenómeno es más complejo aún. La enseñanza es laica y utilitaria de pies a cabeza, y el niño crece en un ambiente casi pagano; luego el sistema coeducacional le acostumbra desde pequeño a tratar con chicas.

El método consiste en mezclar niños de ambos sexos desde el principio, mientras que, llegados a las Universidades, por el contrario, les separan en colegios diversos. El año pasado se presentaron dos casos dignos de mención a este propósito.

El primero es el de una niña que un día fué a la escuela con pantalones. La profesora la mandó a casa con orden expresa de volver con faldas; la niña volvió al día siguiente con pantalones y una carta de su padre ex-



En el gimnasio al aire libre de una escuela primaria inglesa los niños realizan ejercicios físicos. Quieren mejorar la raza

plicando que el médico le había ordenado vestirla así. La maestra, a pesar de todo, no cedió y volvió a mandar a casa a la pobre chica. Entretanto pasaban los días y el ministerio de Educación envió una carta a su padre advirtiéndole que estaba quebrantando la ley al no enviar al colegio a su hija y que, si no la enviaba a partir del día siguiente, habría que forzarle judicialmente.

El padre, pues, se encontraba en un círculo vicioso: de un lado, la ley le prohibía no mandar a su hija al colegio; del otro, la maestra le prohibía mandarla. Se decidió por denunciar a la maestra; se produjo una difícil cuestión legal que el ministerio de Educación resolvió autorizando a la niña aquella a llevar pantalones como excepción y solamente en tanto que el médico se lo ordenase.

Otro caso curioso fué el de una niña que iba siempre al colegio con muchos collares y pendientes llamativos. Los maestros decidieron prohibírselo, porque llamaba la atención de los demás alumnos y alumnas; la chica insistió y el asunto hubo de ser llevado a los Tribunales, donde resultó que los maestros tenían razón, y la niña hubo de dejar la joyería en casa y ponerse cosas menos llamativas.

EL CASO DE ELENA DE TROYA

Viene como anillo en dedo el caso de una chica llamada Elena que, según parece, era demasiado guapa para asistir a la escuela local, donde había muchos más chicos que chicas. Los maestros escribieron a sus padres diciéndoles que, en vista de la belleza de su hija, habían decidido enviarla a otra escuela más lejana, donde la población femenina era muy numerosa. Así se hizo, y cuando el padre se quejó de que el autobús a la nueva escuela costaba mucho más que el anterior, el ministerio de Educación acordó pagarle la diferencia. Elena misma fué entrevistada por los periodistas y declaró:

—Me alegro mucho, porque no me gustan los chicos; prefiero los gatos de angora.

LA TIMIDEZ Y SUS CONSECUENCIAS

Las autoridades docentes británicas animan cuanto pueden la mezcla de ambos sexos desde el principio, porque afirman que es la única manera de combatir la timidez, tan abundante en Inglaterra. Tal y como están las cosas, es la única forma de preparar a los chicos a la vida diaria, que en Inglaterra está siendo más y más invadida por las mujeres.

Un periódico publicó hace poco un artículo sobre la educación en América, en el que se decía que los padres americanos suelen dar a sus hijos cuantos caprichos se les antojan desde que nacen, porque temen que, si no lo hacen, las pobres criaturas desarrollen complejos de inferioridad freudianos. A mí la cosa me parece una solemnisima tontería y estoy de acuerdo con el punto de vista inglés de que mejor es que se acos-

tumbren desde niños a no salirse siempre con la suya.

CONSIDERACIONES SOBRE LA EDAD PRESENTE

A mí me parece que los diez últimos años han marcado un cambio radical en la historia del mundo. A juzgar por lo que uno oye y ve, los ciento treinta años anteriores tenían en común entre sí una larga serie de cosas que, con la guerra mundial, han desaparecido del todo.

Dejando a un lado la creación de los Seguros sociales y las escuelas obligatorias, basta con tomar la posición del padre en el hogar inglés. Hasta hace pocos años, el padre, teóricamente, era el mandamás, y los demás de la familia le obedecían en todo. Hoy en día la cosa ha cambiado, y los niños comienzan desde muy temprano a considerar a su padre con ojos críticos y a no creer la mitad de lo que les dice.

A ello contribuye la costumbre cada vez más general de ponerse a trabajar recién salidos de la escuela o de la Universidad, incluso si sus padres están en buena posición económica. Yo aún estoy por ver una chica que no trabaje, o si no trabaja, que no esté buscando un empleo, y muchas de ellas son ricas. Conozco a la hija de un conde que tiene muchos cuartos y, sin embargo, trabaja en el Foreign Office, y alternó las fiestas y los saraos de esta «season» con su propia puesta de largo y sus horas de oficina.

Naturalmente, este salir al mundo cuando aún no les ha crecido la muela del juicio encierra muchísimos peligros. En el ambiente pagano del hogar medio o bajo inglés, los flirts de las chicas se toman como cosa normal, y cuando sus amigos vienen a verlas a casa, los padres dejan a las dos criaturas solas en el cuarto de estar y no se preocupan de nada.

Estas chicas y chicos pueden ir a las bibliotecas públicas y leer cuanto quieran, excepto ciertos libros concretos que están prohibidos por pornográficos. Se atiborran la cabeza de cosas disparates y las digieren mal. En fin,

que la situación es diametralmente opuesta a la española: en Inglaterra se deja sueltos a los niños moral y materialmente cuando aún no están preparados para ello. Los resultados aún no pueden juzgarse, porque es una cosa reciente, pero sin duda harán mucho daño a la juventud inglesa.

Como decía un amigo mío, «Inglaterra no tardará en ser una nación de trabajadores sin más ideales que tener una buena casa, comer y beber bien y ver la televisión todos los días». Es un poco exagerado, pero hay mucha verdad en ello.

Un amigo me cuenta que una vez le presentaron a una chica muy mona y muy joven que estaba empleada en no sé qué oficina donde trabajaba un conocido suyo. Se pusieron a hablar, y la chica, toda modosita, contestaba en voz baja. Mi amigo, por decir algo, le preguntó:

—Oye, y a ti, ¿qué es lo que más te gusta?

Los ojos de la chica se iluminaron y contestó:

—Boxear.

Ya hablé en un artículo recientemente publicado en EL ESPAÑOL de que muchas chicas cuyos padres viven en el campo quieren venir a Londres pase lo que pase. La razón es que, cuando los impuestos eran menores, la mayoría de las familias inglesas de clase media tenían casa en el campo y piso en Londres, y alternaban entre las dos. Ahora, sin embargo, apenas hay unas pocas familias que puedan mantener dos casas al tiempo, y ello es causa de que muchas chicas vengán a la ciudad a buscar empleo, aun cuando podrían vivir bien en provincias. Y lo mismo ocurre con los chicos, aunque el peligro en este caso sea menor.

LA NIÑOLATRIA

Un corresponsal español que también vive aquí me dijo una vez que «en Inglaterra los niños y los gatos son los amos». La frase encierra mucha verdad; la mitad de los periódicos londinenses se ocupan de gatos y niños más que de la situación internacional, porque los niños y los ga-



En las escuelas elementales inglesas los niños suelen quedarse a comer al mediodía, mediante el pago de una pequeña cantidad

tos «se venden» mejor que la guerra de Corea, pongo por caso.

Los ingleses son muy sentimentales y muy tiernos de corazón; todo lo ven desde el punto de vista del más débil, y así resulta que el más débil se pasa la gran vida a costa del más fuerte. Hace poco, un individuo escribió una carta a cierto diario pidiendo «que los padres que pegan a sus hijos sean esterilizados». Y los periódicos están llenos de casos en que una madre se encarcelada o se le prohíbe ver a sus hijos durante largos períodos de tiempo por causas que en cualquier otro país no hubieran dado lugar a una denuncia judicial.

Compárese este cuidado por el bienestar de los niños con el que causa el bienestar de los caballos, los gatos y los perros: un señor que hizo trotar a su caballo más de lo prudente fué denunciado a la RSPCA (La Sociedad Protectora de Animales inglesa), y ésta pasó la cuestión a los Tribunales. El juez decidió a favor del caballo, y su poseedor fué condenado a no tener caballos durante un año.

Inglaterra es un extraño país refinado y bárbaro al mismo tiempo, donde se combina la simplicidad y dureza de los vikingos con la más exquisita civilización.

LAS ESCUELAS DE PAGO

Todo niño inglés, como dije, está obligado (es decir, son sus padres quienes lo están) a ir a la escuela un cierto número de años, y, de no ir, sus padres incurrir en serios castigos. Luego, la Universidad es potestativa, pero el Gobierno laborista estableció un sinnúmero de becas, de modo que prácticamente no haya vocación frustrada por razones económicas. Así, los baluartes de la alta burguesía y la aristocracia (Oxford, Cambridge, etc.) dejaron de serlo hace ya mucho, y de cada dos alumnos, uno es conde y el otro obrero, mientras que hace no más de veinte años los dos eran condes. Pero de esto hablaré más adelante.

Las escuelas elementales de pa-



Las autoridades docentes británicas animan cuanto pueden la mezcla de ambos sexos en las escuelas para combatir la timidez

go siguen aún muy puras, porque existen tantas gratuitas que realmente no vale la pena enviar a los niños pobres a las otras. Algunas de ellas son católicas, como Beaumont, donde estudiaron muchas conocidas figuras españolas, el duque de Alba entre otras.

Los niños que estudian en ellas vienen a gastar, muy por lo bajo, quinientas libras anuales, cantidad que en estos tiempos muy pocas familias inglesas pueden gastar, sobre todo porque nunca es éste el único gasto de una familia, y cuanto más rica es, tantos más compromisos costosos se presentan. Sin embargo, hay muchas familias para quienes enviar a su hijo a Beaumont, pongamos por caso, y luego a Oxford o a Cambridge, es una cuestión de amor propio, aunque haya que vender las esmeraldas de la abuela.

El problema agudo se presenta cuando la criatura sale de Beaumont y hay que enviarla a Oxford. Si el chico es un portento, aún puede conseguir una beca (ganar una beca siendo aristócrata es la mar de difícil en Inglaterra, donde las becas se han hecho para los obreros); pero yo conozco a un príncipe alemán que está estudiando Historia en Oxford gracias a una beca.

Si el chico no es un portento, no hay más remedio que apopinar los cuartos y mandarle a un colegio bueno. Oxford y todas las demás Universidades están divididas en colegios. En Oxford, por ejemplo, uno puede estudiar en «Christ Church», «Balliol» y otros dos o tres; pero no en «Queen's College» y varios por el estilo, porque están llenos de becarios de familias humildes que no se tratan con los niños bien de la Universidad.

Recuerdo que, no hace mucho, fui a Oxford a una fiesta que dió un amigo mío. El día después de la fiesta, mi amigo me llevó a ver la ciudad. Nos paramos delante de un edificio magnífico con una fachada barroca muy bella.

—¡Qué fachada!—comenté yo.

—Sí—replicó mi amigo—, es lástima.

—¿Por qué lástima?

—Por la gente que estudia allí.

—¿Qué gente?—insistí yo.

—No sé—mi amigo se encogió de hombros—, no los conozco; uno no conoce a esa gente.

La vida de estos estudiantes «bien» de Oxford es increíble. Apenas estudian y sólo se examinan una vez cada tres meses; los exámenes son duros y no todos los pasan; pero aunque los pasaran, su pan futuro no depende de ello. Se pasan el día hablando de heráldica y tomando copas, yendo a «guateques» y paseándose. Cada uno tiene una o dos habitaciones en el colegio en que estudia, y allí recibe a sus amistades. Los fines de semana van a Londres o a casa de sus padres, que suelen vivir en el campo. Es lo que me dijo uno de ellos: «Aquí se aprende a ser un caballero; nada más».

La sombra de la escuela que, pudiramos decir, le sigue al estudiante toda su vida: Eton, Downside, Beaumont, primero; Oxford o Cambridge, después, son como un Club para toda la vida. Los laboristas atacan constantemente a la «Cofradía de la Corbata del Colegio». Me explicaré el estudiante, al salir de su «Public School» (léase Universidad), conserva la corbata distintiva del Colegio universitario en que estudió, por el cual—si es uno de los buenos—han pasado grandes figuras de la política o la finanza. Estos se conocen echando una ojeada a la corbata, que nunca se quitan de puesta, y, conocidos, se saludan, se ayudan mutuamente y están siempre dispuestos a hacerse favores. Los «Old Etonians», por ejemplo (los antiguos alumnos de Eton), son una masonería peligrosa, y, aunque ahora su influencia va siendo cada vez menor, controlaban Inglaterra al alimón con los judíos. No es de extrañar que los laboristas, muy pocos de los cuales pisaron Eton y similares, ardan contra la «Cofradía de la Corbata del Colegio».

«LEVEL DOWN» EN VEZ DE «LEVEL UP»

En su último manifiesto político, los laboristas anunciaron una medida que, si pasa a la práctica, va a cambiar radicalmente la faz de la vieja Inglaterra: suprimir las «Public Schools», es decir, las Universidades de pago, como tales. En su lugar proponen un rasero docente que lo deje todo al mismo nivel. Es decir, la táctica socialista de siempre: nivelar rebajando en vez de nivelar levantando, que es más difícil.

En este caso, todos los chicos ingleses podrían estudiar gratis desde el abecé hasta el final de su Filosofía y Letras o su lo que sea. Los estudiantes de técnica, por ejemplo, se codearían con los humanistas; la cofradía de la vieja escuela y la corbata de antiguo alumno desaparecerían, y el último reducto de las clases dejaría paso a la perfecta estandarización (perdón por el barbarismo) de la educación, y con ella, de los cerebros del país.

Esto puede perjudicar al color local, pero a la larga produciría grandes beneficios, pues serviría para apurar hasta el máximo las posibilidades de la raza dando las mismas oportunidades a todos los habitantes del país. Lo malo, repito, es que, en vez de nivelar la educación creando Universidades gratis de la categoría de Oxford y Cambridge, lo van a hacer rebajando Oxford y Cambridge al nivel de las Universidades de becarios, que no es tan alto.

Los socialistas ingleses acabaron por nacionalizar la paternidad y la maternidad, por nacionalizar la materia gris de sus súbditos y por nacionalizar incluso su voluntad. La democracia acaba por matarse a sí misma, y en Inglaterra está ocurriendo así.

LA LUCHA CONTRA LOS SUBURBIOS

Otra pesadilla de los laboristas es la forma de acabar con los suburbios. Inglaterra—sobre todo las grandes ciudades industriales—está llena de inmensas zonas de casas sucias y pequeñas donde malviven muchos miles de obreros, cuyos sueldos son más que suficientes para vivir en mejores casas, si las hubiera. Lo malo es que no las hay.

Los torios ganaron las elecciones gracias a su promesa de construir 300.000 casas baratas al año, y la han cumplido. Pero ni aun eso basta. Cada Ayuntamiento tiene una larguísima cola de gente que quiere casa, y, naturalmente, las parejas con hijos tienen preferencia. Pero concretándonos a Londres, es increíble la cantidad de gente que tiene que vivir en dos habitaciones, e incluso en una, con mujer y uno o hasta dos hijos. Una niñez vivida en tan horribles condiciones no puede menos de influir infaustamente en la mentalidad del niño, que ya se puede dar por contento si no acaba resultando un criminal nato.

LA DELINCUENCIA INFANTIL

Las condiciones en que viven muchísimos matrimonios de clase baja y media, a pesar de los esfuerzos del Gobierno, son, pues, causa en gran parte de la tremenda ola de delincuencia juvenil que ha venido afligiendo a Inglaterra este año y el pasado. El resto de la culpa la tienen las películas, la pornografía y las revistas de aventuras.

Las revistas de dibujos y aventuras que se venden en Inglaterra vienen en su mayoría de Norteamérica; yo he ojeado algunas, y me alegro de no haberlas leído cuando tenía diez años, porque a lo mejor, en vez de periodista hubiera acabado siendo gángster, que es más productivo, pero no tan seguro. El Gobierno y la oposición han venido condenando estas revistas en los más duros términos; pero, de momento, tal y como está la ley de censura, la Policía sólo puede actuar contra lo estrictamente pornográfico, y estas revistas no lo son. En esto de am-



Estudiantes de segunda enseñanza con el uniforme de su colegio

pliar la ley de la censura, los ingleses tienen mucho miedo, porque podría mermar la libertad de Prensa, que es uno de sus puntos flacos.

Las películas de bajos fondos o las que tientan con la vida descansada del gángster o la prostituta también tienen buena parte en la culpa, y, finalmente, la televisión, que fué parada a tiempo.

La televisión inglesa está en manos de la B. B. C., y por el colador de la B. B. C. no pasa nada que no pueda ser digerido por los estómagos más infantiles. Hace poco los torios intentaron ponerla en manos de los industriales, que la financiarían a cambio de dejarles anunciar sus productos en ella. La oposición laborista puso inmediatamente el grito en el cielo y clamó que la juventud británica iba a verse corrompida. El peligro era ciertamente grande, pues con doce millones de hogares ingleses que tienen televisión es una magnífica idea que los grandes industriales tienen de lo que llama la atención del público todos la sabemos. En América, donde la televisión es puramente publicitaria, tengo entendido que los programas son de pésimo gusto, y con frecuencia completamente inapropiados para los niños.

LOS HECHOS

Sean las razones las que fueren, el caso es que la delincuencia juvenil fué abundante en Inglaterra, sobre todo en estos dos últimos años. La Policía ha detenido y entregado a las autoridades judiciales a más de una docena de bandas de malhechores, el más viejo de los cuales no llegaba a los diecisiete años, que se dedicaban a herir a los viandantes con navajas y salir corriendo, o bien a atracar casas

particulares; normalmente se ha observado, no buscaban ganancia alguna, sino sólo la aventura y la emoción del peligro. El caso de Bentley y Craig fué característico y metió mucho ruido. Craig, de dieciocho años, y Bentley, de dieciséis, fueron arrinconados por la Policía; cuando uno de los guardias se les acercó, Craig (que estaba en edad de poder ser ahorcado) gritó a su compinche:

—¡Dale para el pelo, Bentley!

Bentley, seguro de la impunidad a causa de sus dieciséis años, disparó e hirió gravemente al policía, que murió más tarde. El juez entonces envió a Bentley a la cárcel «hasta nueva orden», y Craig fué ahorcado con todas las de la ley.

En las niñas, todas las cosas que he venido apuntando suelen conducir a los peores extremos.

COLOFON

Este artículo podría prolongarse hasta llenar todo el número de EL ESPAÑOL, y aún no habríamos agotado el tema; los agotados serían el lector paciente y el que suscribe. Mejor es, pues, dejarlo así y continuarlo más adelante, a propósito de otras cosas. Después de todo, casi todo lo que ocurre en el mundo rebota más o menos directamente en la educación de los niños y en la conducta de los padres.

Jesús PARDO

EL ESCENARIO Y LA VENTANILLA

Por

**Fernando Coca
DE LA PIÑERA**

(Director General de Previsión)

LA fecunda política social del Régimen tiene como una de sus preocupaciones primordiales el Seguro Obligatorio de Enfermedad.

Esta institución, encaminada a borrar del ánimo de los trabajadores el fantasma de la angustia, del dolor y de la muerte, es, quizá, la más sujeta a críticas y controversias. Y es porque el Seguro Obligatorio de Enfermedad, como obra viva de cuerpo caliente y espíritu social, nunca puede juzgarse sino como un ser natural que lleva anejos todos los procesos de crecimiento y perfección.

El Seguro de Enfermedad nunca puede ser una página olvidada, ni siquiera una institución que se anquilosa ante la indiferencia de sus beneficiarios. Del Seguro de Enfermedad se pide cada vez más; es concentración de ansias y compendio de insatisfacciones. Ansias por pretender alcanzar una casi felicidad terrena, e insatisfacciones, porque la naturaleza humana no se aviene a compaginar su existencia con el dolor ni con la merma de las facultades vitales.

Y este es el tremendo problema del Seguro Obligatorio de Enfermedad. Difícilmente podrá decirse que estas instituciones han cumplido su objetivo, porque jamás el hombre se encuentra satisfecho ni de amor, ni de esperanza, ni de comprensión para sus estados de salud y ánimo.

El Seguro de Enfermedad es escala por donde ascienden hasta lo imposible las diferentes aspiraciones del ser, y como esa meta es distinta e inalcanzable, siempre a unas peticiones o deseos en vías de realización, sucederán otras en estudio, y demos por ello gracias a Dios, porque en esta lucha para borrar del mundo la miseria y la enfermedad los esfuerzos tienen que ser titánicos y los resultados tienen que ser visibles.

TODO EL PANORAMA DE LA
POESIA CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

PINAR, 5 — MADRID

Reconozcamos que los demás Seguros y conquistas sociales del Régimen no tienen la complicación y heterogeneidad que tiene el Seguro Obligatorio de Enfermedad, y hasta es imposible también que sus frutos se palpén materialmente a los pocos momentos de su implantación, y es donde más difícil puede existir una rápida acomodación entre beneficiarios e instituciones para que sean normales las relaciones entre ambos.

Cuando el hombre cae enfermo, el ritmo del sistema tiene que acelerarse, el aparato burocrático no puede permanecer insensible, y entonces tiene la institución, como organismo vivo, que forzar sus dispositivos y defensas para aprestarse rápidamente en interrumpir el proceso del mal.

Fuera materia muy superior a los límites de un artículo periodístico el hacer siquiera una visión panorámica del Seguro de Enfermedad, de sus actuales problemas y estudiadas soluciones. Pero es interesante hablar de los dos protagonistas del Seguro: el médico y el asegurado, y acaso sería conveniente traer a cuenta el escenario en donde estos dos elementos se desenvuelven y actúan.

Que el médico del Seguro Obligatorio de Enfermedad es pilar capital de la institución, es hacer una afirmación que tiene categoría de aforismo clásico.

Comprendemos que el médico que ha hecho de su profesión un sacerdocio y de su práctica un acto misional, tuvo que sentir inquietud, quizá de manera instintiva, contra unas normas legales en las que entreveía una forma prefijada de ejercer su ciencia; que iba a cambiar una profesión individualista exacerbada, con un concepto de la medicina solitaria, por otras normas en las que sospechaba burocracia y papeleo.

El médico español, abnegado y estudioso, ejemplar e inteligente, se dió, no obstante, perfecta cuenta de la necesidad ineludible de que existiese una organización que amparara a los desventurados de la fortuna, no con el signo de una beneficencia caritativa, sino por el propio valer del hombre como instrumento y creador de trabajo y riquezas. Eran muchos los médicos españoles que asustados ante el panorama de miseria en su consulta o en el propio hogar del paciente, en vez de pasar minuta de sus honorarios, socorrian a aquellos, que, deudores como clientes, pasaban a serlo como hermanos en todo el contenido cristiano. Pero este estado de cosas los propios médicos sabían que no podía perdurar en un Estado que tenga el signo social y se sienta consciente de las obligaciones para con sus gobernados, y ellos mismos implantaron, anticipándose al sentido social del Régimen, una especie de seguro que amparaba al débil económicamente de todas las vicisitudes de la enfermedad. Son, pues, los precursores de esta gran obra, siquiera, como es natural, en su desarrollo haya habido que alterar principios fundamentales.

Pero es que el médico español tiene, además, otra virtud de un valor ético con trascendencia indiscutible.

No se ejercita por igual la ciencia especulativa que la ciencia práctica.

El rigor y el sistema es en ambos exigible; pero si en el primero su desarrollo puede ser frío, quizá convenga ese estoicismo para que el apasionamiento no enturbie en ningún momento el claro juicio del investigador. Pero cuando se ejercita una ciencia práctica, que tiene su desarrollo sobre el cuerpo dolido y doliente de un semejante, la frialdad del estudio y de la investigación debe desaparecer.

Para dar a un hombre la luz de sus ojos, la recuperabilidad de un miembro, la normalidad de su espíritu perturbado, hay que poner vehemencia y entusiasmo, y hay que dejar de ser espectador para ser protagonista, y protagonista de primer plano, personaje capital del éxito de la representación.

La vanidad científica puede llevar a un hombre a saltar por encima de una serie de imponderables dignos del mayor respeto; pero en tanto no se tenga en cuenta que la materia encomendada a sus manos es materia espiritual, delicada y entrañable, la medicina social no adelantará en el orden humano. La clase médica española, convenida aun antes de que estas ideas se plasmasen en escrito, ha sabido hacer honor a su misión y a su título.

El otro protagonista de esta acción dramática es

VIENE DE ITALIA

TERTULIA DE AMOR en "El Escorial" aragonés de NAPOLÉS

**Por esta perdida
joya de España
hay de todo...**

SI, por esta perdida joya de España hay de todo... Desde Métró, ¡oh!, el único metropolitano de Italia, hasta un Escorial rudimentario. Este verano, cuando Lily de Aragón se casó con el tercer hijo del cacique-*virrey* de Nápoles, un Lauro, yo veía tras la carita morena y gorduzuela, aun como bailadora de jota, toda la sangre aragonesa, todos los viejos feudales que harían tertulia y comentarían la boda de su descendiente.

Los despojos vivientes—son más vivientes que mortales—de los barones aragoneses que dominaron Nápoles están haciendo corro, charlando de sus cosas en la sacristía de la iglesia. En una galería que tiene algo de Escorial de pueblo conmovedor e inapiente.

Ya en la iglesia—Santo Domingo el Mayor—se entra como en un teatro, sin pizca de irreverencia en estas líneas. Pero es así. Hay un poco de zaguán con escaleras. Y arriba, en el piso, está la basilica. Todos sus viejos huesos, que Dios sabe a qué siglo se remontan, están forrados de la exuberancia del barroco. Y de finas lápidas en mármol que hablan de músicos, poetas, arquitectos ilustres, que, hijos de sus obras, reposan allí junto a los vástagos de casas reales.

Al fondo de la sacristía, tachonada de azogues antiguos, de despojos donde reposa el tiempo, esperan los barones. Dentro de los grandes cofres claveteados bárbaramente, fajados de plata y cobre no se debe dormir mal. Hay uno pequeño, cuna de un niño de unos seis años. Pobrecito, debió perecer de melancolía. Entonces, como hoy, los hijos de los pobres, los granujillas del puerto, bajarían a jugar a la playa a bañar sus cuerpos delgados y bellos por Mergellina y por el Lido de los pobres. El sol doraría sus músculos y el aire del mar los haría revivir y fortificarse más cada día. Una camisilla, un harapo de camisa, de calzones, y, como hoy, eso les cumplía.

Con sus grandes ojos negros, comidos por la fiebre y el orgullo, el infantito de España miraría murindose de envidia a los hijos de la miseria, que eran más felices, más reyes de su cuerpo que él. A él un ayo austriaco le educaba severamente, ayudado por un dominico, para venir a ser esposo de una infanta de Castilla. Por la noche, el principito tiritaba su fiebre, su

el asegurado; por la idiosincrasia especial de los españoles preferimos el pago de los servicios a la utilización de los mismos a título gratuito o benéfico. Acaso radique esta decisión en que, al perder la beneficencia el carácter genuino y cristiano que era su medula y sustancia, para convertirse en una obligación estatal, en una rueda más de la administración pública, la institución perdió su verdadero contenido humano.

La beneficencia, como la caridad, como el consejo y la enseñanza, si no se da en forma personal, caliente y afectiva, deja de ser lo que su concepto exige. Y el beneficiario cree que ha de ser mejor atendido, que su futuro no tiene ya el carácter de sujeto de una prestación graciosa, sino que se considera—y lo es en realidad—como el titular de un derecho, y que, por tanto, su voz, sus aspiraciones y sus deseos, tienen o deben tener una acogida y un estudio animado con el mejor deseo de ser considerado.

Indudablemente, en algunas ocasiones estas peticiones pudieran reputarse excesivas y las actitudes inconvenientes; pero cuando se conoce la psicología humana y se trata de estudiar profundamente los motivos de las actos y de las conductas, allá en el fondo se encuentra una justificación. Raro es el acto humano que no tiene un germen de razón, de ética o de moral, y acaso, por tanto, sin conocerle haríamos una crítica desfavorable y despiadada.

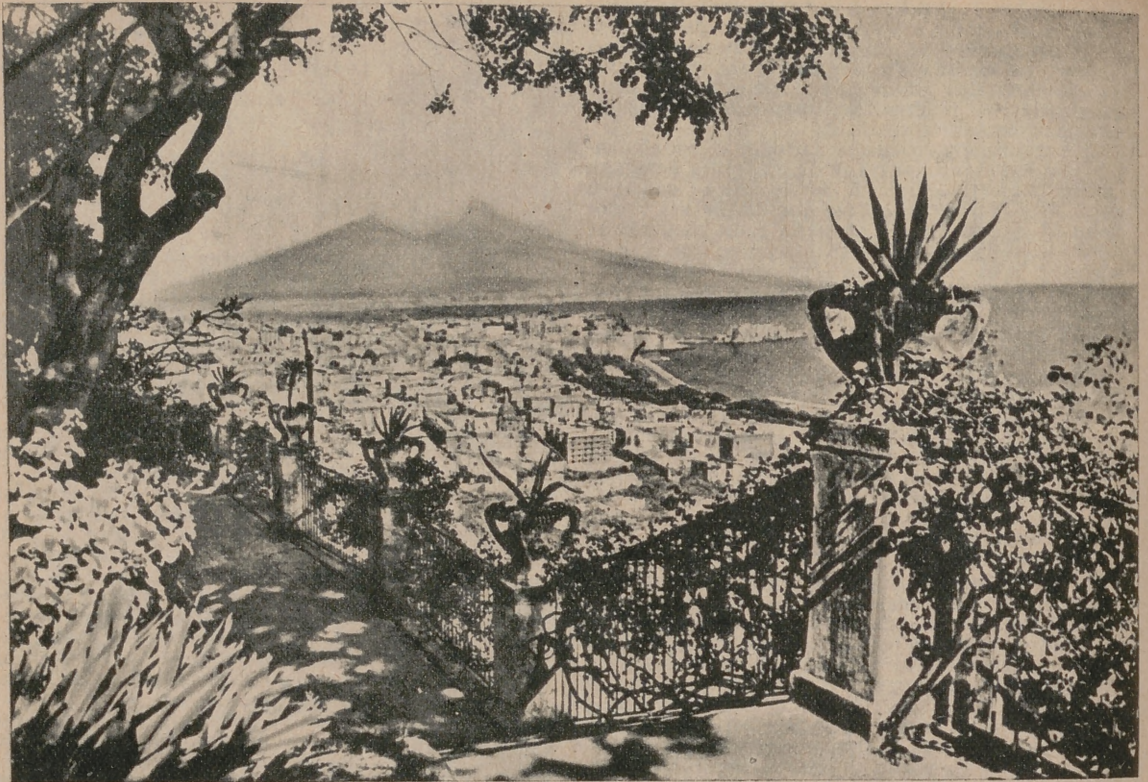
Por esta razón el Seguro Obligatorio de Enfermedad no es institución que pueda resolverse en el recuadro de una ventanilla. Esa cuadrícula en la pared ante quien comparece el sujeto, en solicitud y demanda de una concesión; cuadrícula que apenas permite ver a la persona demandante que imposibilita la relación entre el peticionario y el concesionario; cuadrícula que sólo sirve para circular a su través impresos, papeles de oficios, pólizas y timbres, y que se cierra como una guillotina que cortase la comunicación anímica de dos personas al dar la primera companada del término de la jornada de trabajo. Ventanilla ante la cual se aglomeran o se colocan por orden riguroso las personas como números, los hombres como reuca y las inquietudes como cadena de desasosiegos.

El Seguro de Enfermedad tiene que desarrollarse en un escenario más comprensivo, más humano, más natural y más solemne, sin bambalinas, sin telones de fondo, sin luces de batería, pero en un solo plano los dos protagonistas a que hemos hecho mención.

Las peticiones de un asegurado tienen encuadre feliz en torno a una mesa de despacho o una sala de visita o de recibir, alrededor de una clínica o en la intimidad de la alcoba del paciente, donde pueda establecerse el diálogo cordial y no el monólogo petulante, pues quien reclama asistencia para su salud está muy lejos de encontrarse en condiciones de diferir su petición.

Comprendiéndolo así nuestro Caudillo y Jefe de Estado, ha ordenado que se construyan en España varias decenas de edificios, escenarios modelos para asegurar, en lo posible, felices desenlaces a este drama de representación social. Las Residencias y los Ambulatorios del Seguro Obligatorio de Enfermedad son los lugares donde los magníficos médicos españoles están enseñando al mundo una manera de hacer este Seguro. Quizá nos encontremos que alguien asegura que esto es demasiado; calificuémosle con un juicio benévolo de pobre de espíritu, porque si el hombre no puede ser igual en sus riquezas ni en el disfrute de los bienes terrenos, que sea igual al menos en los momentos de sus desventuras, que sea igual al menos en la ansia de salud y de saber, que sea igual al menos en las posibilidades de rendir a su Patria y a sus semejantes. Se han hecho varias decenas de edificios, pero hasta que no esté saturada España de los mismos, hasta que no esté totalmente resuelto el encaje de ambos protagonistas en el escenario adecuado, con verdadero conocimiento de los derechos y deberes de cada protagonista, con sentido cordial y humano, no podrá hablarse ni de laureles ni de sesteos, porque hasta entonces no se habrá cumplido totalmente la orden de haber logrado un más perfecto Seguro Obligatorio de Enfermedad.

Suscríbese a POESIA ESPAÑOLA



Vista de Nápoles

angustia de ir a jugar al mar con los golfllos, que eran niños como él. Y un día se murió de tercianas, dijeron, en realidad de pasión de ánimo, de deseos reprimidos.

Deseos reprimidos. Acaso es lo que no se pueda soportar por estas tierras. Aquí la dulzura de vivir desarrolla todo el ser humano, haciendo de él planta tendida hacia los besos del agua. Desgraciado el que no encuentra la lluvia bienhechora. El deseo cumplido, acaso infantil e ingenuo, como el de este principito malogrado.

Deseos cumplidos, y uno que falla el día de la muerte. Porque algo más que hacer corro en la galería de una iglesia quisieron estos taciturnos barones aragoneses, cuyas cenizas puedo revolver hoy con mis manos.

Me han dejado sola los ayudantes del sacristán, después de escribir con curiosidad sonriente el efecto que me hacía ver levantar la tapa de la primera arca y mirar cara a cara una muerte antigua de más de cuatrocientos años. Como he disimulado bien, han sonreído y se han marchado diciendo:

—Estos hablaban español como usted... Tenga cuidado, no se manche el abrigo blanco...

Sí, hablaron español. Y ahora me gustaría me explicasen por qué duermen aquí. Parece una estación de espera hacia el sepulcro, que es otra estación de espera, si creemos. Las arcas donde reposan estos fieros príncipes tienen algo de cofre de marino. Todo el corro de embalsamados torpemente flotilla de varadas naves que quería retornar y no pudo a la Madre España.

Sí, porque los barones de sangre cristianísima, de creyente sangre aragonesa, debían estar un poco avergonzados de sí mis-

mos, de cómo olvidaron la luz primera, de cómo se les subió hasta la cabeza cefida por el yelmo y la malla, hoy herrumbre apenas, el vino pagano de la Nápoles, joyel de España.

Guerreros fuertes y gigantes. Que en la Península vivían ceremoniosos, castos y rudos. Aquí comenzaron por apalear a los franceses, echándoles del mar como canes asustados y por revivir las gestas de los primeros piratas normandos. Luego la Campaña los envolvió en su caricia lenta, amoral y poderosa.

Cerca de aquí cayeron los laureles de otro guerrero. Aquí está Capua, cerrada, sin ojos para el mar, con un aire fino y especial. Cerca de ella, y por ella crecen manzanas agrídulces, verdirrosa y contrabandistas que parecen galanes de cine. En Capua, Aníbal, viento del Sur, se dejó devorar por las delicias de Campania y dió lugar al imperio romano. Todo por un aire fino, que siempre canta amor.

Los barones aragoneses fueron más fuertes. Y para la hora del morir buscaron un convento cristiano. Se enterraron en un cofre de marino y con la espada al lado. Para tenerla presta y en su punto el día de la resurrección de la carne. No, a ellos no les venció Nápoles.

Aunque este niño... Este niño hubiera crecido al puro aire de España. Y, sobre todo..., estos enamorados... Sí, en un cofre más grande y más profundo está dormido don... Antonio. El nombre primero no se lee, hay que adivinar el segundo, porque las letras están comidas por la muerte. Y con él una mujer, sin duda su esposa. Reposan de perfil, el

uno vuelto al otro, boca con boca. Algo parecido a un mechón negro sale de la cofia de ella y se enreda en la calavera y el óxido de la loriga, de él. Marido y mujer murieron jóvenes, acaso sacudidos por el mismo escolafrio de fiebre infecciosa, y ahora duermen abrazados. Por siempre. Parecen un verso de Aleixandre. Boca con boca... O de Virgilio, ese que también vivió aquí cerca. ¿Os acordáis cuando él cuenta en la Eneida del caballero troyano que lleva a su tienda a una cautiva espartana?

Aquí los varones aragoneses son poesía y realidad. Duermen juntos el más largo sueño. Mortalmente entrelazados. Da ganas de hundir las manos en las cenizas, de revolver todo este amasijo de amor que resiste al peso de los siglos. Que hace envidiar, desde la vida, la dicha de estos felices muertos. Sí, y ahora se explica dónde arrancó Quevedo, ciudadano de Nápoles, sus más radiantes versos:

*Su forma perderán, no su cut-
[dado;
serán ceniza, mas tendrán sen-
[tido;
polvo serán, mas polvo enamora-
[do.*

Sí, aquí la forma apenas si es ya más que huesos quebradizos, sostenidos en andrajos de siglos. Pero cada átomo de estos corroidos cuerpos encierra un mundo de amor. De ideal cumplido.

Me gustaría llevarme un puñado de este misterio en mis manos. Estoy tentado a hacerlo. Pero, desde su respectivo esquinete —sí, estas cajas son bajeles del puerto de la muerte—, todos los barones aragoneses rien, burlescos. ¿A que no te atreves?

No, no me atrevo... Y este pobre niño, el único niño de la tertulia secular, que acaso fué la víctima de los padres, que absor-

bidos de su amor apenas si le hicieron caso. Este pobre niño, que casi da centinela al egoísta sueño de sus genitores. Pero él me mira también con sus grandes ojos comidos de fiebre y de soberbia. ¿Qué sé yo de los asuntos de su casa? ¿Qué me importa? ¿Cómo me atrevo?

Con todo, el abrigo blanco se puso perdido. Y es curioso: el pasar al lado de la muerte, de estos muertos que no hieden, le ha dejado un perfume extraño, que invita al sueño soñador.

LOS CHICOS DEL SFERISTERIO

Se habla mucho en Italia de la posibilidad de que se celebre una corrida de toros en Nápoles. Como los romanos están siempre buscando pretextos para pasar el fin de semana en el menospreciado vérbalmente, pero en hechos estimado, Nápoles, lo de la corrida es un buen argumento.

También lo es para aburrirnos a preguntas a la Juanita y a mi sobre cómo son las suertes de matar, banderillear, etc. Si esto sigue así, cualquier día yo emularé a Luis Miguel, mientras un «comendatore» más o menos obeso emula al miura. Una de las cosas que más conmueve a nuestros preguntones es la noticia, «xagerada o no, que les doy yo de que un torero gana por una tarde de actuación 15 millones de liras.

Sin embargo, deporte popular, vicio español e internacional, es el frontón. Gustarán las corridas en Nápoles. Los Aragona, los Diaz, los Expósito, toda la sangre española perdida por nuestro virreinato aplaudirá a rabiar. Pero lleva ya veinte años aplaudiendo, jugándose las pestañas, gritando, por los chicos del «sferisterio».

El «sferisterio» aquí es el frontón. Un frontón extraño, con la pared pintada de azul y las sillas de verde. Según el genovés propietario del frontón, es que se equivocaron. Y la verdad ha sido mal negocio para los chicos pelotaris, que se desojan con la fuerte luz eléctrica rebotando sobre el azul chillón del muro. Pero a mí no me la da el genovés ese. Lo que pasa es que el napolitano, cuando tiene un trocito de azul pinta las paredes de su casa, las vigas, el barquito, y encima escribe: «Rosina», «Anna» o «amure mio». Aquí, como tiene que escribir algo más largo ha puesto un letrero muy grande diciendo: «El que no se fie, que no apueste.» No se fia ninguno. Nápoles millonaria y casi mendiga, industrial sobre todo, que vive medio de trabajar, medio de engañar al prójimo, que a su vez engaña a otro, no se fia de nadie.

A Anacabe se le llevan los demonios cuando en el filobús el conductor rompe el silencio para pedirle que esta noche, en que él libra, le haga un tonguito—en napolitano es una palabra rarísima—a favor suyo. «Pero ¡qué se han creído éstos!», dice... ¡Ay, si estuviéramos en Milán!... Porque donde esté Milán, que se quiten estos meridionales embusteros... Ríete tú de los sevillanos...

Don Pío Baroja y su sobrino Carorraggio harían aquí sesudas discriminaciones sobre el hombre

del Norte y el del Sur. Todos los vascos se enfadan todos los días con la guasa suave napolitana, con la prudencia de las apuestas—el Sur es imprevisor, pero económico—, que no les permite pasar del sueldo de 80.000 liras. Y suspiran por Milán, la Jerusalén de los vascos en Italia. Milán, donde ahora hace un frío que pela, y llueve, y cuando no llueve, en cambio hay niebla. Y donde corre el dinero. Donde juegan los fabricantes gigantes, apostando en proporción a su elevada estatura económica macando habanos y diciendo horribles, horribles cosas, cuando creen que ha sucedido tongo.

Nápoles, dentro de su modestia, concurre al «sferisterio», apuesta cuando puede. Y tiene un concepto curioso de estos chicos. La primera vez que yo dije que iba al «sferisterio» a hablar con los españoles me contestaron, elogiosos:

—Son todos muy hermosos... Se ve que la española es una gran raza...

Yo les conté entonces mentiras inocentes. Les dije que los atletas del frontón, en Madrid, resultaban casi escuchimizados. Y esto es lo que no saben Anacabe y otros gruñones que hay en el «sferisterio»: cuando juegan, admiración desinteresada por la belleza plástica, por la hermosura de actitud, de gracia y de fuerza.

—¡Salve, Anacabe!

—¡Salve, Ansoátegui!

Así van enredándose nombres vascos, tras el saludo antiguo que abría el camino a los gladiadores por las calles de Nápoles. Siempre de desconocidos, de muchachitos que admiran, como se admira en España a un actor de cine o a un torero, a los pelotaris.

También es agradable ver a las chicas italianas con sus «fidanzatos»—algo más complicado y dramático que el novio español—comiéndose con los ojos, por ejemplo, al inocentón de Ansoátegui, que ni siquiera se da cuenta. Porque estos chicos vascos son así. Son buenos, serios, morales. Respetuosos con estas chicas que van a verlos acompañadas del novio. Y todos sueñan con volver a su país cuando tengan medio millón de pesetas, y casarse con una chica vasca o catalana, que también es lo suyo.

Hay un prevaricador, cuyo nombre no digo para que en Marquina no le saquen los ojos. Yo creí que estaba acompañado de una española. Vi una mujer morena y dulce, algo gordita, peinada con un gran moño, el pelo tirante, los tacones altos, vestida de lila y los ojos fijos en el suelo. Me avisaron luego que era una milanesa, colonizada en serio por un vasco. Quien conozca

a las desfnvuetas y modernísimas milanesas, viendo a esta reproducción italiana de española de provincia, se asombrará de la fuerza de la raza.

Si la fuerza de la raza es conocida como belleza, vigor, gracia, moralidad, por estos embajadores españoles por el mundo. Todos son jóvenes, como su cuerpo y su sonrisa, aunque tengan cuarenta y cinco años. Y si en Shanghai, en Chicago, en Milán, en Méjico, se habla de la furia española, son estos chicos de espaldas anchas los que la van propagando, sin darse cuenta, con su aire de «gebos» desconfiados, soñando en la Maité de turno, en los Milán, donde se ganan 200.000 liras mensuales; en el Chicago de los «gans», donde se han ganado miles de dólares. Chicos modestos, con nostalgia de su país, dispuestos a casarse con la novia que dejaron en el pueblo, y echando de menos, como bucos vascos tragones que son, la espléndida cocina española.

Se llaman: Lizarraide, que ha estado antes en Chicago y Manila; Chacón y Sarasola, que pasaron antes por Miami; Anacabe, Ansoátegui; Echenique, de Pasajes; Lizarraide, que se ha traído con él a la mujer, antigua pelotari; Gazaga, de Ondárroa; Churruca, de Elbar; Sarasola, de Estéba; Bereciartúa, de Echevarría; Azpetitia, de Rentería; Navarrete, de Guernica, Andonegui, de Motrico... No sé si queda alguno fuera.

Son buenos compañeros entre sí. Se llevan a maravilla. Se turnan en el trabajo, sonríen siempre, no han hecho daño ni a una sola familia italiana. Esto de la moral vasca es un punto y aparte y dan una lección de pronunciar nuestras fuertes erres a todos los puntos del mundo donde van. La sonrisa de todos tiene treinta años. Y no hay italiano que los vea que no opine:

—Hermosa la raza española... Fuerte y ágil.

Ahora, cuando toree el que sea en Nápoles habrá gran entusiasmo... Pero los toreros serán la novedad.

Los pelotaris, los maduros—el deporte no tolera viejos—y los jóvenes son paladines de la clara y fuerte España desde hace veinte años. La pelota vasca, que gustó a los italianos de Mussolini—fue el Duce quien hizo construir este frontón—y gusta a los de ahora. Veteranos y jóvenes embajadores de España, estos chicarrones ibéricos que ruedan por el mundo, jugando a la pelota vasca, con erres de España, se merecen por su modestia cerrada un poquito de publicidad.

Eugenia SERRANO
(Enviada especial.)



YO HE SIDO BUSCADOR DE ORO

Por Ignacio RIVED

TENIA yo diecinueve años cuando una serie de avatares que no hacen ahora al caso me llevaron a la isla de Santo Domingo, la República Dominicana, según reza en los mapas de geografía política moderna, pero que dentro de la prodigiosa historia viva del Descubrimiento continuará siendo por siempre «La Española».

Eran entonces tiempos de guerra y terribles veintiséis días en atravesar el Atlántico. Veintiséis días de navegar en zigzag, escoltados por los destructores que protegían el convoy. No tanto como tardó Colón con sus hombres, pero es seguro que al cabo de ellos se desea ver tierra más que ninguna otra cosa en el mundo. El hielo y la fruta fresca se habían acabado ya a bordo, y el sol tropical y la monotonía azul comenzaban a pesar con agobio sobre el trasatlántico. Muchas veces pensé en lo que debió ser la travesía del descubridor sobre sus endebles carabelas, sin saber siquiera a dónde llegarían... ni cuándo. Nosotros no llevábamos todavía un mes de mar y ya era mucho.

Por fin una noche se anunció en el comedor que avistaríamos tierra a la mañana siguiente.

No podré olvidar nunca aquel amanecer maravilloso en que, acodado sobre la borda del castillo de proa, avisté por primera vez las costas de la isla de Santo Domingo. No eran aún las cinco de la mañana y el sol comenzaba a levantarse sobre un cúmulo de celajes rosa y perla, irisando sus bordes desflecados con una luz vivísima que se reflejaba sobre la tranquila superficie del Caribe. tersa y plateada, como si fuese un espejo.

Los peces voladores saltaban al costado del barco, semejantes a chispas de metal líquido, y el pasaje entero, apiñado junto a las amuras, aguzaba los ojos y enfocaba los prismáticos para no perder ni un solo detalle de la costa. Al principio fué solamente una línea, una sombra verdeparduzca sobre el mar. Luego, cada vez más cercana, comenzaron a hacerse visibles los árboles y las edificaciones, dejando adivinar ya los rectángulos blancos de las murallas coronadas de torreones y las esbeltas siluetas de las palmeras.

«CHELES» Y TIBURONES

Un pitido ronco de sirena... Dos..., tres. Y embocamos el puerto de Ciudad Trujillo, abierto en el estuario natural del río Ozama. Salieron a nuestro encuentro una verdadera avalancha de esquifes tripulados por espléndidos ejemplares de negros jóvenes, verdaderas estatuas de ébano, con la piel brillante por las salpicaduras del agua. Muchos

SANTO DOMINGO, «LA ESPAÑOLA»,
LA ISLA AMADA POR COLÓN

«CHELES» Y TIBURONES

Del duelo a la serenata
pasando por el cocktail

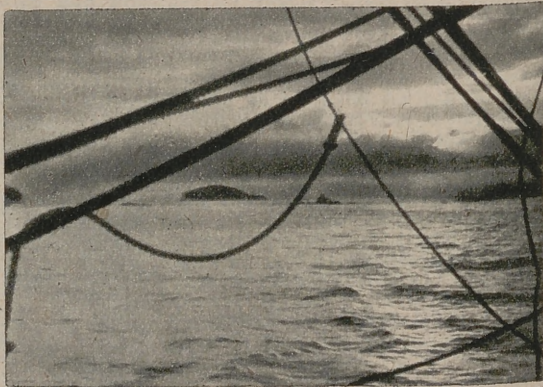
Se prepara la expedición al interior

AMANECER MARAVILLOSO

de ellos no utilizaban siquiera remos; avanzaban rápidamente por medio de unas pequeñas paletas ajustadas a la palma de la mano, mientras nos daban la bienvenida con sus gritos casi guturales, en los que el idioma español quedaba limado en sus aristas por la blanda cadencia criolla. Sus sonrisas de oreja a oreja descubrían las dentaduras blancas y brillantes, como una raja de marfil cortada en medio de las oscuras facciones. Cuando estuvieron junto al barco comenzaron a pedirnos que le arrojásemos «cheles»—centavos—, y muchos de los pasajeros se apresuraron a complacerles. Valle Inclán y *La Niña Chole* me vinieron a las mientes. Se hundían las monedas en el agua, y, en un alarde de valor y de destreza, chapuzaban ellos en su busca para reaparecer al cabo de breves instantes con su botín entre los dientes o en el puño apretado, que alzaban orgullosamente hacia nosotros. Y he dicho antes en un alarde de valor porque a pocas brazas de la popa se veían claramente cortando el agua las aletas negras de los tiburones, que siguen siempre a los barcos en espera de desperdicios.

Nuestro trasatlántico, el «Marqués de La Salle», cabeceó un instante sobre la barra del estuario y embocó majestuosamente el puerto. Al fondo, sobre la margen izquierda, se alzaban las blancas murallas de la moderna fortaleza, construida por el generalísimo Trujillo para protección y defensa del puerto. Un poco más allá, en violento contraste de color y arquitectura, alcanzaban a divisarse las ruinas de los viejos baluartes, construidos por los españoles para defenderse contra los ataques de los piratas sajones y franceses, que asolaban el Caribe en aquellos tiempos. Todo ello sobre la margen izquierda del río, que es donde se alza la ciudad. Sobre la derecha, solamente una espesa maraña de vegetación tropical, entre la que apuntaban, apenas visibles, los muros resquebrajados de un pequeño edificio cuadrangular, con un gran arco de ojiva en la fachada delantera.

Pregunté a uno de los oficiales de la Sanidad, que ya estaban subiendo a bordo, qué extraña construcción era aquélla, tan solitaria en medio del verdor y con aire de vieja reliquia. Tuvo el criollo una respuesta escueta y grave:



Después de veintiséis días de mar no hay mejor paisaje que estos «cayos», que anuncian ya la tierra próxima

—Es la capilla del Ozama. La primera que levantaron en América los españoles. La hicieron las gentes de Colón en su segundo viaje—me dijo en tono reverente.

LA CEIBA DE COLON Y OTRAS MUCHAS COSAS

Por este mismo estuario, en efecto, entró Colón con sus naves. Sobre el muelle, enfrente mismo de donde ha atracado nuestro barco, hay algo semejante al fósil de un tronco protegido por un cerco y unas lañas de cemento para ayudarle a sostenerse en pie. Es una «ceiba» árbol típicamente tropical, o más bien su fantasma, su cadáver, porque la savia dejó de correr por ella hace mucho tiempo. Según cuenta la tradición, es la «ceiba» a la que atracó el Almirante al desembarcar aquí. Unos americanos que vienen con nosotros quieren comprarla en cuanto se enteran de su historia, y le cuesta gran trabajo al oficial de Aduanas hacerles comprender que eso no es posible.

Junto a su renegrida y orgullosa alcurnia de vegetal fosilizado descendemos nosotros también, hombres del siglo XX, un poco desconcertados y bamboleantes todavía por el deshábito de pisar tierra firme.

Ya estamos en suelo dominicano. Un verdadero enjambre de vendedores de frutas nos asalta por todas partes con sus cestas llenas hasta los bordes de especies absolutamente nuevas para nosotros. Allí el mamey, el cajuil, la china, la papaya, el mango..., los plátanos de muchas especies distintas. Una rica policromía la cesta de cada uno de aquellos morenos:

—«Mameye» fresco!... ¿No quiere una «china», mister?

Las «chinas» son las naranjas dulces, que ellos no comen por entero, sino que pelan la cáscara exterior, dejando la cutícula blanca, y chupan luego por mitades, tirando el despojo una vez exprimido.

La algarabía de los pregones resultaba atronadora. Los morenos (así es como se llaman entre sí la gente de color) son siempre, por naturaleza, vocingleros y ruidosos. ¡Cuánto más no habrían de serlo en presencia de aquella avalancha de posibles clientes que estaban vomitando las portas del barco!

Realmente, después de tantos días de mar y de alimentos conservados en las neveras, llegábamos todos ávidos de zumos frescos, y la mercancía que nos presentaban los vendedores era como una promesa del paraíso. En aquellos momentos, con el sol comenzando a caer de plano, estoy seguro que el mejor catador hubiese cambiado, gustoso, una caja entera de botellas de jerez por una de aquellas apetitosas naranjas. Nos apresuramos hacia ellos, y yo recuerdo ahora, riéndome por dentro de la novatada que tuve que pagar, que le dije al que tenía más cerca, gritándome ya casi en el oído y metiéndome su banasta por el estómago: —¡Anda, dame medio dólar de fruta!

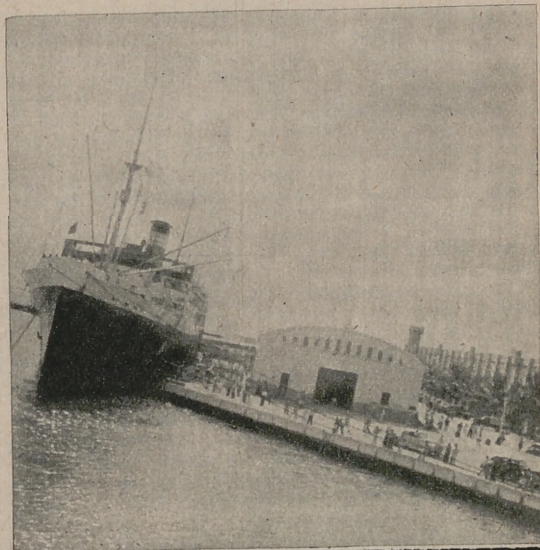
En Santo Domingo la moneda corriente es el dólar (o «peso», como le llaman allí), y el sobrecargo del barco había hecho el cambio para los pasajeros poco antes de tocar tierra.

¡Medio dólar de fruta en aquella tierra donde crece con tal abundancia! No sabía yo lo que había pedido. Antes de que pudiese darme cuenta me encontré con el carro casi entero volcado en mis brazos, y lo que no cabía en ellos, amontonado alrededor, sobre mis maletas, que parecieron florecer de pronto con aspecto de huerto. En Santo Domingo la fruta es tan barata, que una «china» solamente no tiene precio y por diez centavos le dan a uno un racimo entero de plátanos. El que quiera no tiene más que buscar un árbol y alargar el brazo si tiene hambre, que nadie va a decirle nada por eso. Los morenos que deambulan por las calles con su carrito, puede decirse que casi no nos cobran más que por evitarnos la molestia.

Allí me encontré yo parado, sin poder ver casi por encima de aquella montaña vegetal que me había caído entre los brazos, y soportando las risas de otros compañeros de viaje, que lo estaban pasando en grande a costa de mi inexperiencia. Tomé zumo hasta hartarme, repartí lo que pude entre unos y otros y con los bolsillos todavía rebosantes de mangos me dirigí hacia la Aduana para sellar mis papeles.



«¡Echeme un «chele», mister! Verá cómo lo agarro aunque haya tiburones...»



El trasatlántico atraca al muelle en la misma margen donde en un tiempo desembarcaran Colón y sus hembra

RELIQUIAS DEL PASADO

Tan pronto como me los pusieron en orden dejé almacenado mi equipaje y, pasando por debajo de la vieja puerta de Don Diego, en el trozo de muralla colonial que cierra los muelles por esta parte, me dirigí lentamente hacia la ciudad con ánimo de echarle un primer vistazo.

Si al desembarcar en el estuario del Ozama, con el verdor de la maleza tropical a un lado y las vetustas ruinas de los baluartes al otro, me pareciera estar entrando en un mundo encantado, mis primeras pasos, en cambio, por Ciudad Trujillo, capital de la República Dominicana, me devolvieron a un escenario sobradamente conocido por mis ojos y por mi sangre. Al menos en principio. Porque Ciudad Trujillo, la antigua Santo Domingo, es todavía una ciudad de sabor típicamente español; andaluz, más exactamente. Las achatadas casas coloniales de una planta, o dos todo lo más, con su gran porche y su terraza como remate, y las calles luminosas, reverberantes de sol, parecían

devolverme a una de nuestras blancas y luminosas ciudades del Sur.

Lo primero que se encuentra el visitante su- biendo del puerto es el alcázar de Don Diego Colón, hijo del Almirante y adelantado de los Reyes Católicos en La Española. El edificio, construido en 1510, es una bella mole de piedra gris rodeada de jardincillos, donde florecen las más diversas clases de flores.

Más allá, el Archivo de Indias, actual Secretaría de Industria y Comercio; la plaza de Colón, con la estatua del Descubridor en el centro, sobre un pedestal en el que resalta, en inmóvil homenaje de bronce, la figura de la india Anacaona ofreciéndole los frutos de su tierra... Desde la plaza se llega pronto a la iglesia de las Mercedes, catedral primada de las Américas y uno de los tres sitios del mundo en que, según parece, reposan los huesos del Almirante... Cuando Colón murió en España en 1506 dejó dicho en sus últimas voluntades que deseaba ser enterrado en La Española, la isla que él tanto amó en vida. Y así se hizo. En 1795, sin embargo, sus herederos obtuvieron permiso para traerlo a Sevilla. Después, según parece, en 1877, y en el curso de unas obras en la cripta del altar mayor, se descubrió un nicho con unos huesos casi reducidos a polvo y una placa en la que se leía claramente: «Ilustre y Esdo Dn Cristóbal Colón.» Los dominicanos aseguran que éste es el sarcófago verdadero del Almirante, y que los restos que fueron trasladados a Sevilla, y que no tenían inscripción alguna, eran solamente los de su hijo don Diego.

Nadie puede asegurarlo con certeza. El resultado es que el hombre cuya patria de nacimiento se disputan tres países tiene también dos patrias funerarias defendiendo «la verdadera y única» posesión de sus cenizas.

POR LAS CALLES DE CIUDAD TRUJILLO

Pero no todo es vetusto y legendario en la ciudad. A medida que nos adentramos por sus calles, tropieza nuestra vista con los lettereros multicolores de las fuentes de soda, los grandes almacenes de tipo americano (los clásicos «Ten-cents», donde se venden todos los productos, desde el cepillo de dientes hasta el traje de confección) y los Bancos de moderna planta. Apariencia abigarrada y diversa en su conjunto. Como es la vida de la isla entera: una mezcla extraña de tradiciones ancestrales y de modernismo; de dulce suavidad aparente y de una fuerza oculta, de vastadora como una vorágine, vibrando oculta en cada brizna de hierba, en el carácter mismo de la raza, hasta en el aire abrasador, tranquilo en apariencia, pero que una o dos veces al año desatará su furia en terribles ciclones.

Siguiendo el malecón y la línea casi derruida de los viejos baluartes, actualmente salpicados de pequeños jardincillos, se extiende una moderna avenida. Es la avenida Washington, uno de los distritos más elegantes del ensanche, nombrada así en memoria del primer Presidente de los Estados Unidos, al que los dominicanos veneran junto a sus personalidades más ilustres. Un busto de Jorge

Washington se levanta en el extremo occidental de la avenida. En el otro, poco más allá del parque Ramfis, destaca su espigada mole blanca un obelisco, en cuyo pie hay una placa de bronce que dice: «A Rafael Leónidas Trujillo, Benefactor de la Patria...», y otros cuantos títulos de honor, que siguen al primero.

Sigo vagando entre callejuelas, tomando aquí un refresco de papaya, más allá una taza de café «café», hasta que de pronto, en medio del laberinto de muros de piedra y paredes encaladas, surge gigantesca, la mole de cemento del Gran Mercado, otro buen ejemplo de la arquitectura moderna de la ciudad, pero que forma indudablemente un rudo contraste con las casas que lo rodean.

DEL DUELO A LA SERENATA, PASANDO POR EL COCKTAIL

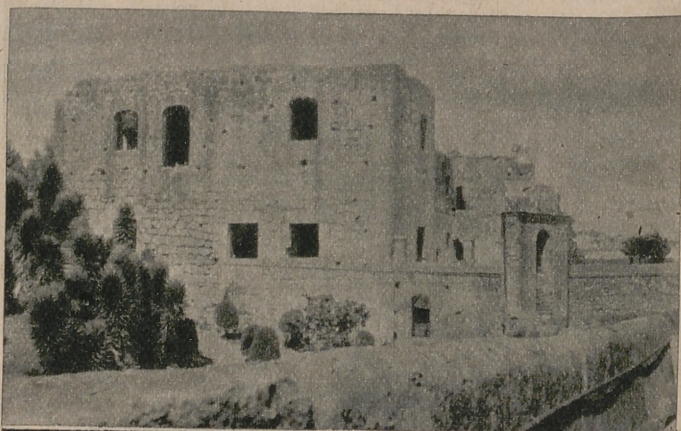
Tan diversa y contrastada como su ciudad es el alma del dominicano. Y al decir dominicano, me refiero al dominicano puro, es decir, al descendiente directo de indios y españoles. Aquí, al negro se le considera aparte, y no todas las puertas sociales, ni mucho menos, se abren para él. La piel blanca es en Santo Domingo, ya por sí, un sello de aristocracia. Cuanto menos pigmento, más alcurnia.

Pues bien, estas gentes, como os decía, llevan en sí una rara mezcla; continúan siendo medievales en su espíritu, rindiendo culto sin concesiones a las más antiguas costumbres y cortesías que ya olvidó—quizá por desgracia—el resto del mundo, y al mismo tiempo se sentirían desgraciados sin su moderno traje de «palm-beach», de impecable corte americano, su nevera eléctrica y su radio último modelo... Por lo general—me refiero siempre al muchacho de clase media—, su familia lo ha enviado a educarse en la Universidad de Harvard o de Yale, y le gustan el base-ball y los cocktails lo mismo que a cualquier grandullón de Oklaoma; pero esto no le impide tener de su Honor (con mayúscula) un concepto muy semejante al que podría tener uno de nuestros caballeros más extremos del siglo XVII. Oyéndole en cualquier discusión que surja, se nos borran las rayas impecables de su traje y el estampado detonante de su camisa de importación, y nos parece estarle viendo todavía con la gorguera almidonada y la tizona de su tatarabuelo.

Durante el tiempo que estuve en la ciudad, antes de marchar para las montañas del interior, me tocó en suerte ser padrino de un duelo entre dos recién amigos míos, aunque la cosa pudo zanjarse a tiempo después de muchas pláticas y controversias entre los representantes de ambas partes: el ofendido y el ofensor. La causa que lo motivó hubiese producido risa en cualquier café literario de París, Roma o Madrid. En la conversación del dominicano pueden surgir con igual facilidad recuerdos de sus días en la Quinta Avenida, que un elegíaco soneto de Jorge Manrique o suyo propio... Pero que nadie le gaste una broma de mal género, o dude de su palabra, porque entonces el tatarabuelo de la tizona empieza a tirarle del «saco» («saco» es el vocablo criollo para designar a la americana) y se arma la marimorena.



La ermita del Ozama; primera capilla que los españoles construyeron en América



Ruinas del que fué alcázar de don Diego Colón, el hijo del almirante. Fué construido en 1510; en sus alrededores florecen las más diversas clases de flores

Hablábamos antes de sonetos. De cien dominicanos quizá os sea difícil encontrar diez que no escriban versos. Más o menos bueno, el dominicano se siente poeta por antonomasia.

Por la noche le gusta ir a dar serenatas. Es otra tradición que también conserva y que maravilla al que llega de Europa. Están reunidos dos o tres amigos en una pulpería de los chinos, tomando unas copas de ron (allí el vino es bebida de lujo) a esa hora en que la noche es joven y en que no hay mejor cosa que hacer que charlar de todo lo divino y de lo humano. Van pasando las once... las doce... Hasta que de pronto uno de ellos se levanta y dice:

—Esta noche voy de serenata. ¿Hay alguno de ustedes que quiera acompañarme?

Generalmente la reunión le sigue en bloque; el que canta o el que toca por lucir sus habilidades y servir al amigo. Los demás, como acompañantes.

Aun recuerdo qué impresión tan fantástica me hizo la primera vez que acompañé en una de estas rondas nocturnas a mi buen amigo Diodoro Daúl, hoy día, según tengo entendido, hombre ya con un nombre hecho en el periodismo dominicano. Delante de mí, mientras escribo, tengo unos versos suyos que me dedicó aquella noche precisamente y que aun conservo:

*Van pasando las horas de una noche de sábado,
una noche vestida con ropajes de luna;
esperando las doce, esperando la una,
caminando las calles, vamos tres, visionarios.*

*Es la noche de fiesta, una fiesta de ronda.
Al sonar de los pasos se comienza la farra;
una vida de notas y cantares de pueblo.
Un nocturno concierto, al compás de guitarras,
a la novia que espera, a la amiga que sueña,
al amor que comienza, a la madre, a la hermana...*

Y sigue más adelante:

*Van pasando las horas y ascendiendo la luna
Por las calles desiertas, proseguimos la marcha,
despertando al sereno que quedóse dormido
recitando cuartetas, olvidando nostalgias...
y sorbiendo entusiasmo de una media botella,
compañero en la ronda de la incierta parranda...*

Esta es la serenata dominicana, pervivencia de la vieja tradición española, entre aquellas calles de piedra antigua, que lo mismo podrían ser las de Málaga o las de Cádiz. Quizá la luna, esa luna roja y asombrosamente grande del Caribe, tenga mucha culpa en esto de las serenatas y los versos. En ningún sitio es posible ver una luna tan enorme y tan provocativa como en los trópicos. No existe casi el crepúsculo en estas latitudes; el sol, que ha ido bajando sobre el mar, se ahoga de pronto, en un rápido chapuzón, bajo la tersa superficie. Y luego, poco a poco, comienza a subir la luna; roja al principio como una bola inmensa de fuego abrasador, y pálida más tarde, con palidez de muerta romántica, a medida que se eleva en el cielo. Quizá sea también el influjo de aquella naturaleza salvaje, lujuriantemente, que hace llegar la selva hasta el borde mismo de la cuneta apenas se rebasa el kilómetro 2 de la carretera general, el que le habla de noche a esta raza romántica, extraña y caballerosa, cordial con los amigos, e impacable hasta extremos difíciles de imaginar, con los enemigos.

LA VIDA DEL DOMINICANO

Durante el día, sin embargo, este hombre romántico de los duelos y las serenatas, sigue una vida completamente normal: se levanta temprano para aprovechar el aire fresco del amanecer. Va a sus oficinas, a sus ocupaciones... Hasta las doce, las calles se van calentando de sol en casi absoluta soledad. Un sol achicharrante, buen productor de insolaciones. A mediodía esta decoración sin personajes sufre un cambio absoluto: la gente comienza a salir de su trabajo y se dirige bulliciosamente a tomar un refresco de mango o una coca-cola o una cerveza, en una pulpería cualquiera. Las calles se abarrotan de tráfico rodado y de burritos con su carga de fruta. Siempre el contraste entre la máquina y lo elemental.

Poco después, la ciudad entera vuelve a dormirse de nuevo en el colapso de una siesta que dura hasta media tarde. Para el dominicano, esto de la siesta es un rito tan importante como el baile o el café de las cuatro y media, que es la hora en



Típico ejemplar de la raza aborigen. Es una vendedora de mercado

que por lo general se levanta de nuevo. ¡Que nadie le moleste en esas horas en que duerme a pierna suelta, con todas las ventanas y las puertas de par en par y el ventilador eléctrico en marcha! ¡Es su vida vegetativa!

A las cuatro y pico se levanta... Toma un café. Con esto ya se despertaría del todo, aunque no lo estuviese. A los que, para vuestra desgracia, no habéis probado nunca el café de estas islas, os será difícil entender cómo una humilde taza de infusión oscura puede tener al mismo tiempo la potencia de un licor y las virtudes de una inyección de aceite alcanforado.

Quitadle a un dominicano este café de media tarde y los bailes de los días de fiesta y le habréis quitado media vida. Aunque no sé cuál de las dos cosas sentiría más. Porque el baile es para ellos casi, casi, como una segunda religión. No bailan sólo por divertirse; bailan con unción, con éxtasis, poniéndose enteros en el ritmo... aunque a primera vista resulte paradójico hablar de «éxtasis» tratándose de un música tan enervante, tan frenética, como es el bolero, el son o el merengue.

Los domingos, a menos que algo muy grave le ocurra, se va al «pasadía». El pasadía es una especie de merendola campera sobre la arena dorada y caliente de alguna playa próxima. Allí canta, baila, ríe, apura botella tras botella... y come cochinito asado, a pesar del calor.

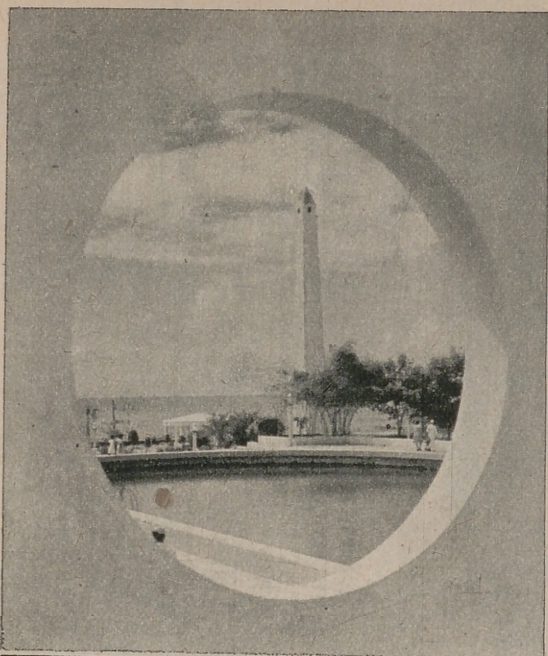
Al día siguiente de tanta bulla, tal vez lo encontremos solitario a la caída de la tarde, sentado en un banco cualquiera de la avenida Washington o del parque Ramfís, mientras el sol desaparece rápidamente por detrás de las palmas de Guibía. Quizá está escribiendo un verso o leyendo un libro de filosofía. A primera vista sería difícil reconocer en él al estrepitoso juguista de la víspera. Dentro de un rato irá posiblemente a tomar un trago de ron en la pulpería...

Esa luna dominicana que tantas leyendas—y no es extraño—motivó entre los antiguos indios.

EL FANTASMA DEL INDIO HATUEY

Una de las más antiguas es la que habla de la trágica y misteriosa desaparición del indio Hatuey, y que, salvando la diferencia de latitudes tiene cierta semejanza con el viejo cuento escandinavo del «Hombre de la Luna». Aunque a mí me parece que tiene mayor encanto con sabor tropical y nombres indios.

Pues señor... (y a causa de esto que voy a con-



El obelisco de Trujillo visto desde uno de los quioscos del parque Ramfis, en el ensanche moderno de la ciudad

taros ningún indio se atreve a salir destacado en noche de plenilunio, ni siquiera a levantar los ojos al cielo), el indio Hatuey era el más bravo guerrero que hubo nunca entre los guaraníes. Y por esto, la tribu, que en aquellos tiempos remotos era todavía fuerte y poderosa, lo había elegido su jefe. Pero tan bravo como era Hatuey en el combate y en la caza, era débil y vulnerable a los encantos del amor. Mucho se lo habían reprochado los ancianos de la tribu, anunciándole que un día sufriría por ello el justo castigo de los dioses.

Los guaraníes veían a la luna como una deidad femenina, y en las noches en que se muestra a los hombres en todo su esplendor, era grave pecado y falta de respeto atreverse a mirarla de frente. Sin embargo, Hatuey se reía de todos sus amores y hasta llegó en su atrevimiento a vanagloriarse de que él sería el amante de la luna. Así las cosas, una noche de plenilunio en que el astro nocturno se



Los golfillos de barrio tienen una expresión igual en todos sitios. Pero en Ciudad Trujillo son «un poco» más morenos

mostraba radiante, Hatuey cogió su caballo y dijo que iba a dar un paseo por las montañas. Inútiles fueron las advertencias de todos los que trataron de disuadirle, diciéndole que aquello era un desatino que ofendería a los dioses. Hatuey levantó la vista al cielo clarísimo y picando talones a su montura, partió entre una nube de polvo plateado, que pronto se desvaneció entre las sombras arrojadas de la maleza... Cuando miraron temerosos en su dirección, el jefe Hatuey ya se había perdido de vista. Pasaron varias horas y Hatuey no regresaba. Todo el mundo comenzó a inquietarse en el poblado, pero nadie se atrevía a salir en su busca. Hatuey era el más bravo entre los bravos, y si algún peligro podía acecharle, no era seguramente por parte de los hombres, sino de las fuerzas sobrenaturales que rigen sus destinos.

Estaba casi amaneciendo cuando se oyó un retumbar de cascos por el valle. Pero la esperanza con que se escuchó aquel galope duró muy poco: el caballo del jefe regresaba solo, cubierto de espuma y sin jinete. Nunca más se volvió a encontrar rastro de Hatuey. Pero cuentan aquellos que pueden leer en los signos de las estrellas, lo que había ocurrido: Hatuey había cabalgado mucho rato por las colinas refulgentes de luz de luna, la vista siempre fija en la hechicera de la noche y cada vez más prendado de su belleza. Hasta que ya no pudo mirar a ninguna otra parte. Pero la belleza de los dioses no se hecho para los humanos mortales, por muy bravos y temerarios que éstos sean. Poco a poco Hatuey notó que no iba siendo dueño de sus propios actos; su montura, espantada, se le desbocó, y él, tan buen jinete, no podía dominarla. Al mismo tiempo notó que una fuerza extraña comenzaba a tirar de él, y por uno de sus senderos de plata se lo llevó por fin a su reino de hielo, del que no regresó jamás.

Esta es la leyenda del indio Hatuey, que se enamoró de la luna. Y durante las noches que está redonda y brillante, ningún indio se atreve a levantar la vista hacia ella por temor de que les ocurra lo mismo que a su legendario jefe.

LA GRUTA DE LOS TRES OJOS

Sin embargo, aunque Hatuey desapareciera materialmente de su tribu sin dejar rastro, su fantasma ha perdurado flotando en multitud de supersticiones que se transmiten de generación en generación entre los nativos de la isla.

En la margen derecha del río, por ejemplo, siguiendo un camino que arranca de la capilla del Ozama, a poco más de kilómetro y pico de ésta, hay una gruta con una laguna interior en la que ningún indio, negro o mestizo se atrevería a bañarse por nada del mundo. Es la Gruta de los Tres Ojos. El espíritu del indio Hatuey, según dicen, mora bajo sus aguas para tirar de los pies y arrastrar a la sima de los muertos a aquel que se atreva a profanar sus dominios.

Me picó la curiosidad de conocerla. Habíamos planeado la excursión varios amigos. Pero en el último momento dos de los dominicanos que formaban parte de ella se zafaron pretextando no sé qué urgentes ocupaciones y acabamos por marchar solamente el hijo del entonces embajador de Chile en Ciudad Trujillo, el muchacho de la casa donde yo vivía (un asturiano por herencia al que se le daba un ardite de toda clase de leyendas sobre fantasmas emplumados) y este que escribe (servidor de ustedes).

Ibamos equipados con merienda y nuestra inseparable cámara fotográfica. Después de un buen paseo bajo el sol de media tarde, llegamos sudorosos a la boca de la gruta. Hay que reconocer que su aspecto era bastante impresionante. Para llegar hasta ella había que descolgarse por unos acantilados cubiertos de maleza, en el fondo de cuyo socavón se abría entre estalactitas el principio de la caverna. Nos quitamos la camisa, para refrescarnos, y le dimos un primer tiento a las provisiones. Bajando por una especie de terraplén rocoso y resbaladizo por la humedad, pues el sol no daba allí nunca, llegamos hasta el borde de la laguna subterránea. Estaba bastante oscuro, y las aguas, inmóviles, tenían color de tinta. Sin embargo, parecían muy frescas, y después de la larga caminata nos apetecía un baño con verdadera fruición. Celebramos un breve consejo de guerra en el que se intercalaron algunas burlas poco respetuosas para la memoria del indio infeliz. Al otro lado de las tinieblas se vislumbraba una zona



Un rincón de los viejos baluartes de defensa contra las incursiones de los piratas, construido por los colonizadores



Al fondo, la fachada de la catedral, donde se guarda una de las tres urnas con los «verdaderos restos mortales» de Colón

clara, por la luz que llegaba del exterior a través de otro de los «ojos», o entradas de la caverna. Eran apenas cincuenta metros de travesía y todos éramos nadadores bastante aceptables, de modo que la cosa en sí no tenía demasiada importancia. El hijo del embajador insistió, sin embargo, en que debíamos llevar la máquina, para tomar unas fotos desde el otro lado.

«Así nadie dudará de que es cierto que la cruzamos—dijo—.» Se la sujetó con el cinturón por encima de la cabeza, y en pocos segundos estuvimos los tres en el agua. Estaba helada como la muerte, hay que reconocerlo, pero después del primer tiritón, comenzamos a braccar en fila india. Os puede parecer todo lo curioso que queráis; al cabo de pocos metros comencé a jaderar como si hubiese recorrido un kilómetro. Vi que a mi compañero el asturianín le ocurría lo mismo. Me pesaban los miembros como si fuesen de plomo y me sentía bastante mal... Era como si algo tirase de mí hacia abajo impidiéndome avanzar normalmente... Sin quererlo me acordé del indio Hatuey, esperando bajo las aguas. Este pensamiento estúpido me hizo sacar fuerzas de flaqueza, y comencé a braccar con todas las que me quedaban. A mi izquierda, el asturianín chapoteaba con igual furia. Aquellas aguas tranquilas e inmóviles se nos antojaron de repente una especie de Estigia fatídica...

Por fin alcanzamos el borde y nos encontramos los tres jadeando sobre la roca húmeda. Tardamos unos instantes en hablar, porque casi no podíamos. Yo tenía un tremendo dolor de cabeza. No hicieron falta muchas palabras para comprobar que a todos nos había ocurrido algo semejante: algo «tiraba hacia abajo» en aquella laguna de apariencia tan tranquila. Lo achacamos al frío de aquellas aguas muertas, de no sabíamos cuánta profundidad; a que tal vez se nos había cortado la digestión de la merienda..., al aire enrarecido de aquel subterráneo donde no entraba nunca el sol...

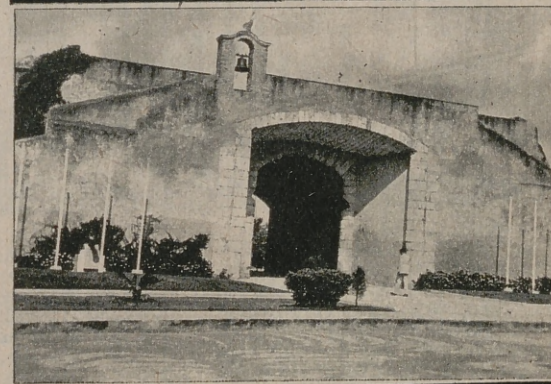
Decidimos preparar por aquel segundo «ojo» una grieta estrecha y más escarpada aún que la anterior—para volver por fuera a la otra entrada en busca de nuestra ropa. Nadie tenía ganas de echarse de nuevo al agua. Cuando estuvimos vestidos y al aire libre, en lo alto del socavón, bajo la tibieza del crepúsculo; nos reímos del mal rato pasado. Pero es el caso que decidimos no contarlo a nuestro regreso, porque estábamos seguros de cuál era la explicación que íbamos a oír: ¡el indio Hatuey!

SE PREPARA LA EXPEDICION

Poco después caí con una fiebre tropical que me tuvo en cama varios días. Nadie supo exactamente de qué clase era. Se fué como vino: de pronto. Pero cuando me levanté estaba hecho un guifiapo. No tuve, sin embargo, mucho tiempo de reponerme. Se estaba preparando por parte de un ingeniero belga una expedición al interior en busca de yacimientos auríferos en la región montañosa del Cibao, limítrofe con la frontera de Haití, que es la república negra que ocupa la otra mitad de la isla. Esta zona fronteriza era semisalvaje entonces, sin apenas replanteamiento topográfico, ni más caminos que los que abre el paso del caballo y el machete. Aunque el objeto principal de la expedición era la busca de oro, tampoco despreciaríamos los otros minerales valiosos que encontrásemos. La cosa era tentadora para todo el que tuviese un



Un puesto de frutas en el mercado. La piña es, en Santo Domingo, tan vulgar y corriente como aquí las castañas



La Puerta del Conde, único resto de las murallas occidentales de Ciudad Trujillo, típica muestra de arquitectura colonial

poco de ansia de aventura. Quedó acordado que yo iría como una especie de factótum o secretario «para todo» dentro del grupo: desde manejar el taquímetro hasta ocuparse de llenar las alforjas de las provisiones en las bestias, si hacía falta.

En preparativos se fueron casi dos semanas, que a mí se me antojaron dos años. Pero como todo llega, llegó también el día de la marcha, y entre una humareda negra del escape de nuestros «forritres» abarrotados de cajas y utensilios, quedé atrás, carretera Duarte adelante, la hermosa Ciudad de Trujillo. Al otro extremo del recorrido nos esperaban con todas sus promesas los misteriosas montañas del Cibao.

(Fotografías del autor.)

La semana próxima: «De la civilización a la selva por la Ruta de Colón».

LA NARANJA ES REDONDA Y PESA COMO EL ORO

EN MURCIA SE
CULTIVAN
LOS PRIMEROS
NARANJALES
DE ESPAÑA

EN ESTA REGION
PRODUCE, ADEMÁS,
OCHENTA POR CIENTO
DE LA COSECHA NACIONAL
DE LIMONES



La naranja es seleccionada en la huerta

algunos menos a lo ancho, va a desembocar en Guardamar, transformando antes lo que acaso era, y no podía ser otra cosa, arcilla amarillenta y terraplén gris en tupido y muelle colchón, que acaso lo que se llama *nirvana murciana* no es sino un descanso sibarítico, un ocio económico, algo que el huertano se merece después de que se pasó tantos siglos enjardinando la llanura.

De esta inmensa mancha de verdor, casi seis mil hectáreas están ocupadas por naranjos, y cerca de tres mil por limoneros. No olvidemos que el naranjo comenzó siendo desde los tiempos más primitivos un árbol esencialmente decorativo y exquisito (los árabes españoles lo implantaron en Andalucía como elemento ornamental y de refinamiento placentero en sus jardines y residencias), lo cual puede dar idea del lujo y magnificencia que este cultivo superabundante ofrece a los

sentidos, aparte de su utilidad y eficiencia, en eso que se llama balance económico. Es cierto que Murcia sólo viene a dar, más o menos, el veinte o veinticinco por ciento de la producción nacional naranjera; pero, como si la naranja hubiera tirado a sublimarse, ahí está el fruto intenso y decadente, a la vez, del limón, especie de naranja aparte cuyo cultivo en Murcia ocupa muy cerca del noventa por ciento de la producción nacional.

La naranja, que empezó siendo casi un embriago para los sentidos, y que para las abuelas casi no va siendo más que un modo de evitar la polilla en las inmensas arcas donde se guarda el ajuar de las novias, junto con la riada de pesetas que las *manzanas de oro* de la mitología empiezan a producir precisamente en esta era atómica. Venga la naranja de la Cochinchina o de donde venga, parece ser que Mur-

cia fué el sitio ideal para su aclimatación en masa dentro de la Península. Se sabe que fué aquí, en Murcia, donde los árabes, muy preocupados con la expulsión de aire del cuerpo humano y del perfume del aliento—cosas ambas para las cuales de muy antiguo se creía que la naranja tenía virtudes especialísimas—comenzaron a poner los naranjos muy pegados uno a otro con fines distintos a la pura ornamentación.

UN POCO DE HISTORIA NUNCA VIENE MAL

Ya, puesto que hemos hablado de los árabes, mencionemos también a los cruzados, porque también de ellos se ha dicho que nos trajeron en el macuto—perdón, no sería el macuto; ¡vaya usted a saber lo que usaban los cruzados para llevar la merienda!—el dorado fruto desde Palestina. Lo que sí es cierto es que los fran-

ceses se lo llevaron de España; seguramente tan cierto como que se llevaron el oro de las custodias, el marfil de las arquetas y las piedras de las coronas de algunos monasterios y catedrales de aquí y de allá. Y ya dentro de la Historia, ¿por qué no acudir a la mitología, donde las Hespérides—¿y dónde iban a estar las Hespérides sino en España?—juegan un papel tan importante? Ya en el terreno didáctico, digamos muy seriamente que los de América no tenían ni idea de qué cosa era aquello redondo que Colón les echó a rodar por la arena, probablemente con intención de engañarles, como hizo Hipomeno con Atalante.

Y no olvidemos, por último, que la naranja americana, por aquello de que todo lo que se repite mengua, es peor que la española. Aunque de la americana haya nacido el Plan Marshall, poco más o menos.

De nuestro enviado especial J. L. CASTILLO PUCHE

ENTRESE a Murcia por donde se entre, no hay más remedio que venir a parar en la crecida de su huerta. Ya desde lejos la geografía va precipitándose en verdes torrenteras hasta llegar a formar—donde el Segura se enseñoorea con gesto árabe de cansancio y elegancia—un mar encalmado de intrépida verdura. Si se llega desde Almería por la carretera de Lorca, la muralla de la huerta, cada vez más sólida, la iremos encontrando en Totana, Archena y Fortuna, hasta sumergirnos ya en la espesura de Alcantarilla, La Nora, La Raya. Si se viene de Cartagena, una vez salvado el puerto—allí la gente nunca dice el nombre, sino simplemente el puerto—, es el pueblo de El Palmar—qué bonito nombre—el que nos aprisiona en los interminables y olorosos huertos. Cerca de El Palmar está La Paloma, también un nombre gracioso, que es donde los rojos llevaban a los curas y a los terratenientes de Murcia para darles el paseo. Entrar por Alicante es

tener que detenerse en la antesala y en la añadidura de Murcia que es Orihuela, donde el racimo de la huerta, junto al higo chumbo, la palmera y las higueras forma miles de exóticas combinaciones. En esta frontera el pueblo clave es Monteagudo, que tiene siempre en sus cerros la sangre tendida de los pimientos, que más de una vez me han parecido ropas talares de obispos y cardenales o trajes de torero puestos a secar. También se puede llegar desde Madrid, y entonces es Cieza, con sus ruedas de esparto, el pueblo que nos adormece los ojos y los oídos con el rumor imperceptible de la arboleda y el destello brillante de los frutos. Cuando se llega a Molina de Segura y a Espinardo, aquello ya es el *acabóse*, frase que en murciano quiere decir el summum del delirio. Allí el azahar llega ya a marear un poco. La huerta de Murcia es una especie de anchuroso río que, formando un estuario de verdor de muchos kilómetros a lo largo y



Empaquetadores de la naranja. Esa naranja murciana que da la vuelta al mundo...

DESDE LA TORRE, JUNTO A LAS VEINTICINCO CAMPANAS

Quien vaya a Murcia, quiera o no, tendrá que visitar los «pasos» de Salzillo. Y un buen día subirá a la torre, y desde allí, quiera o no, verá la huerta en todas sus mareas y pleamares.

Para subir a la torre hay que ascender diecinueve rampas, muy pronunciadas—un murciano chulado las subió hace poco en moto—, y luego avanzar por una escalerilla de caracol, donde los novios han puesto, junto a sus corazones flechados, unas fechas más o menos enigmáticas hasta llegar a la plataforma, donde las cuerdas del reloj, los badajos y los avisos de higiene le dicen al turista y al nativo que se asome al balcón y mire. Y lo que se ve desde allí es portentoso. Quizá a la derecha nos queda, en el monte, el santuario de la Fuensanta, con Algezares—el sitio donde nació Saavedra Fajardo—a los pies, y corriendo los ojos hacia la izquierda, Beniaján, por caminos que zigzaguean entre acequias y huertos. Creo que a lo más que se llega con la vista es a Alquerías. Si el día es claro, desde otro balcón y bajo otra campana veremos el seminario de Orihuela, que está puesto sobre una colina. Este seminario durante la guerra fué campo de concentración, y yo creo que cientos de presos no murieron de hambre porque los oriolanos—viva siempre Miró—dejaban por las calles, como descuidadas, las naranjas y los tomates y los presos de eso se alimentaban, que está dicho, nada menos que por Marañón, que, aparte de la frescura y del sabor de la naranja en ella hay una cantidad suficiente de vitaminas para que un hombre sano no perezca. La naranja es rica—y más el limón crec—en vitamina C, la antiescorbútica, y baste esto por ahora para recalcar el valor terapéutico de los agrios. Desde el balcón de al lado podremos contemplar los recovecos de Cabezo de Torres y Churra, donde el limón es cosa seria. Todas estas tierras se ve bien claro que fueron arenales, y ha sido a base de azada y brazo de agua como ha surgido el extenso vergel. En el cuarto balcón ya estaríamos cara a la entrada que hace el río Segura a Murcia, que es una entrada pacífica y casi solemne. El Segura avanza tranquilo y ceremonioso, algo quizá blando o voluntarioso, y es imposible pensar viéndolo que acabe de hacer alguna fechoría en Alguazas o que la vaya a hacer en Beniel. Pero no olvidemos que el Segura es un río moro y muy poco de fiar.

SEIS MIL CAJAS AL DÍA EN LA FABRICA DE LA F. E. S. A.

Cerca de lo que en Murcia se llama el paso a nivel está la F. E. S. A., fábrica respetable, si las hay, donde se han llegado a hacer hasta nueve mil cajas diarias de naranja. Yo no sé el número exacto de obreros que tiene, pero entre mujeres y hombres debe andar cerca del millar. Aquí la naranja sufre el limpiado, estriado, empapelado y empacquetado con un primor refinadísimo.

La fruta no toca en absoluto el suelo y da la impresión de que están entendiéndose las con huevos o algo más delicado. El número de calibradores es de diez y cuatro son las mesas de selección. Creo que todo el material de esta colosal fábrica es valenciano, y excepto unos montadores mecánicos suizos y americanos, que van metiendo como quien se limpia los dientes con un palillo los bloques enormes de cajas en los camiones, la F. E. S. A. está llevando a cabo la mejor experiencia exportadora de frutas que se ha hecho en España. ¿Son sesenta mil arrobas de fruta las que me dijeron que cabían en los almacenes? ¿Eran cien los millones de pesetas en que me valoraron las ochocientas mil cajas que viene a poner esta industria en el puerto de Cartagena? Los comedores de las operarias, los cuartos de aseo, el ambiente de la fábrica—luz y música filtradas—, todo indica que para Murcia los nombres de *sanguina* y *berna* son sagrados.

En Murcia no existen naranjas «tempranas». Me figuro que las que estaban elaborando en la F. E. S. A. eran de Almería, aunque también sospecho que Murcia debe estar haciendo en sus cultivos sustituciones de «tardías» por «tempranas». Como es cierto que los limones siguen muy de cerca el gráfico de la demografía.

NUMEROS CANTAN

Antes de la guerra Murcia producía tan sólo unas ochenta y cinco mil toneladas de naranja y unas veintitrés mil toneladas de limón. Ahora la naranja llega a las cien y los limones andan muy cerca de las cincuenta mil. Los limoneros se van duplicando. Las tierras sueltas de Murcia, resguardadas de los vientos Norte en Guadalupe por pequeñas sierras, son muy propicias. Claro que esto es ahora; pero el acarrear tierra y elevar el agua ha sido cuestión de cientos de años. La producción está muy balanceada en sus variedades, porque según haya más o menos de los tempranos, *primofiori*, *berna*, habrá más o menos *verdelli*. Estas son las clases que gustan tanto en los países bálticos y nórdicos. El que se queda en España es el *rodrejo*. Debe haber unos doscientos exportadores en la región. (En la región murciana se sobreentiende siempre que entra la producción de Orihuela.) De las naranjas, la que tiene más mercado es la *sanguina*. A veces los exportadores de Murcia se quejan de que el S. O. I. V. R. E. sea tan riguroso con eso de los grados de acidez. ¿Por qué prohibirle a otro paladar lo que quiere y busca expresamente? Pero la naranja mejor pagada es la llamada *macetera*, que pesa más y tiene pocas pepitas, pero un gran equilibrio entre el azúcar y la acidez. También la mandarina murciana y los pomelos dan cifras gruesas. Todo ello, traducido en pesetas, viene a representar unos *quinientos millones de pesetas*, peseta más peseta menos, porque esto está sujeto al arancel de divisas, que es tabú.

Entrar en Murcia es ir apoderándose de nombres acreditados en esto de la naranja y del li-

món; son nombres que a los nativos les suenan ya familiares. Son los Viudes, los Pérez Urrutia, los Muñoz y Botia, los García Ananda, los Muñoz Gálvez, los Francisco Ruiz, Viuda Ramón González, etc. Alrededor de Murcia hay un cinturón de almaces donde se le sigue la pista a la *mosca del Mediterráneo*—plaga que puede ser fatal para los huertos—tanto o más como los americanos a los espías rusos.

Y DE LA GRAN VIA, ¿QUE?

Murcia está experimentando, aunque con lentitud, una hermosa transformación. Domingo de la Villa se propuso *echar pa delante* (y el que venga detrás que arree), y la ciudad ha visto en los suelos calles tortuosas y edificios sórdidos, que ya era hora. Una Gran Vía luciente se insinúa ya, y el nuevo Alcalde está de cara al vacío del ensanche y pensando cómo llenarlo. El Gobernador, Alfin Delgado, acucia a estos murcianos laboriosos, que a veces se permiten con exceso el regalo de la apatía, una actividad que ha de serles provechosa. Las nuevas barridas de Vista Bella, los edificios novísimos de la Universidad, las líneas de autobuses, todo ello indica el dinero que hay en esta huerta y las posibilidades de reforma que pueden llevarse a cabo con buena voluntad y planes.

Pero, como yo venía buscando la naranja y el limón y mi paisaje era la huerta—aunque me agrade tanto la perspectiva urbanística de mi tierra—, no estaría de más que expresara mi dolor al ver cómo esta tierra, que es oro molido, va siendo mermada día a día. Cada nueva casa que se construye en la huerta es un grifo de prosperidad que se le cierra a la comarca. El problema de la vivienda es grande, ya lo sé, pero debería limitarse esta multiplicación de casitas sobre las tabullas. Y si no preguntémoslo a nuestros nietos. ¿Qué dirían?

TRAPERIA ARRIBA Y PLATERIA ABAJO

Quien haya estado en Murcia sabe muy bien la importancia que tiene en esta ciudad este peripato de la Platería y la Trapería en donde se han cocido no sé si la invención del autogiro—que es un aparato de vuelo lento, como el del moscardón—, pero sí los noviazgos y casorios de la localidad en puro deambular. Allí está el Casino, que es exactamente uno de los mejores de España, y allí está la Librería General, donde los poetas de la patria de Vicente Medina discuten y discuten. Mucha gente, fiada por las estadísticas del analfabetismo, le cuelga a Murcia terribles sambenitos, pero esto no es nada justo. Murcia tiene vida literaria y valores siempre germinando. Siempre han proliferado en este ambiente las revistas literarias y los premios. Y un simple recorrido por Madrid descubre a tantos murcianos de *pro*—como diría quien yo me sé—que casi lo de *murciano de dinamita* de Pérez Valiente es, más que calificativo de una raza, el bautismo de una actitud combativa en la vida.

"BAILANDO HASTA LA CRUZ DEL SUR"

Rafael García
Serrano
cuenta su
peripecia

UN ESCRITOR POR LOS CAMINOS DE AMERICA EN DANZA CON LA PLUMA

RAFAEL García Serrano, escritor de gran personalidad, autor de varios libros, periodista de primera línea, combatiente de primera línea, guionista de cine y algunos otras cosas, tiene una casa con mucho sol y muchos libros en la calle del Conde-Duque—que no debe confundirse con la ronda ni la travesía del mismo nombre—, una mujer encantadora que no tasa el café a las visitas y una hija—María Amparo Araceli América—de dos años, que se deja retratar sin un solo movimiento de protesta.

Hay una gran fuerza humana en este cuarto soleado y confortable; un amplio sofá, donde pueden dejarse los abrigos sin ninguna clase de ceremonia; una mesa camilla, un retrato al óleo del escritor, pintado por Pedro Bueno; libros por todas partes y un «bureau» con la vieja máquina de escribir portátil que tanto debe saber de viajes y travesías y que sirvió para trasladar al papel las ideas y las impresiones de García Serrano sobre la embajada artística de los Coros y Danzas de España, que dió lugar a una película—«Ronda Española»—de inigualable belleza plástica, y a un libro recién publicado que se titula «Bailando hasta la Cruz del Sur».

Los tres informadores de nuestra rueda—Ruiz Catarineu, Costa Torro y Gerardo Rodríguez, así como Mora, el fotógrafo—llegamos a la cita con esa puntualidad castrense que tan bien cuadra con el estilo y la personalidad del entrevistado.

El diálogo se inicia fácil y cordialmente; se habla de diversos temas, y de un modo suave, sin necesidad de marcar una frontera, pasamos de la amistosa conversación al interrogatorio.

GERARDO RODRIGUEZ.—Al



escribir tu libro «Bailando hasta la Cruz del Sur» me parece que has desafiado la fácil tarea de recopilar crónicas e incluso utilizar tu guión cinematográfico sobre este viaje para realizar una obra, a mi juicio, totalmente nueva. ¿Por qué has hecho esto?

GARCIA SERRANO.—En parte, por llenar mi satisfacción íntima de escritor, y en parte también porque me molesta esa costumbre, demasiado generalizada, del «refritón».

RUIZ CATARINEU.—¿Con cuál de todos tus libros estás más encariñado?

GARCIA SERRANO.—Con «La fiel Infantería».

(Ha contestado de un modo categórico, sin vacilación.)

RUIZ CATARINEU.—Quizá porque esta obra te proporcionó el Premio Nacional de Literatura. ¿No es así?

GARCIA SERRANO.—No. Las razones de lo que pudiéramos llamar mi especial cariño por «La fiel Infantería» son de índole muy distinta. La considero algo así como la niña desgraciada de mis producciones literarias.

COSTA TORRO.—Ahora, ¿volverías a escribirla?

GARCIA SERRANO.—Sin quitar ni poner una coma.

GERARDO RODRIGUEZ.—En una autocatalogación de tus

«Soy, fundamentalmente, hombre político, y si me lo hubiera propuesto, quizá sería Gobernador Civil»

obras, dónde colocarías «Bailando hasta la Cruz del Sur»?

GARCIA SERRANO.—Inmediatamente después de «La fiel».

GERARDO RODRIGUEZ.—¿Razones?

GARCIA SERRANO.—Varias. Primera—en el orden humano—, porque en el viaje que describe centré mi vida al conocer a la que hoy es mi mujer. Segunda—en el aspecto literario—, porque me parece un género más difícil que la novela, y modestamente la conceptúo lograda dentro de su estilo. Tercera—en el orden político—, porque, como dice Ismael Herráiz, una de las dos grandes empresas exteriores de la posguerra española es precisamente la de los Coros y Danzas. La otra fué la División Azul.

Entra en escena María Amparo Araceli con una muñeca que casi abulta más que ella. A la niña no parece impresionarle la presencia de cuatro desconocidos. Mora la hace pronto objetivo de sus fotografías.

COSTA TORRO.—Me parece que en algún pasaje de tu libro te separas de lo que podríamos

llamar el arquetipo de la muchacha de Coros y Danzas, mezclándole una tendencia a la sun-tuosidad internacional, los grandes salones, el tabaco rubio... ¿Te parece bien que un tipo de muchacha española, que más bien abunda la representación de la «sufrida clase media», esté a dos pasos de la ruleta?

GARCIA SERRANO.—La Sección Femenina pertenece a todas las «clases» y en mi libro lo que ocurre es que las chicas, con un magnífico espíritu de adaptación, supieron ponerse a la altura de las circunstancias, lo mismo en salones de Embajadas que en teatros y Clubs donde actuaron, y entre lo que se ha dado en llamar alta sociedad mundana que en medio de la masa popular de los países recorridos.

RUIZ CATARINEU.—Sobre el tema de nuestra guerra de Liberación, ¿crees que se ha logrado alguna novela importante, definitiva?

GARCIA SERRANO.—Aparte de «La fiel Infantería», no. Parece que el magnífico tema de nuestra guerra lo dejamos en manos de los escritores extranjeros, que lo han tratado más y mejor que nosotros de un lado y de otro. Ha habido varios intentos españoles, y hasta alguno se logró con gran calidad literaria, pero el gran tema sigue ahí sin haber sido cogido en toda su grandeza.

GERARDO RODRIGUEZ.—¿Te presentaste alguna vez al Premio «Nadal»?

GARCIA SERRANO.—No se me ocurrió nunca presentarme a tal premio, lo cual no quiere decir...

COSTA TORRO.—Entre todos tus libros y guiones, ¿dónde crees que has logrado más ternura y más refreno a lo impulsivo?

GARCIA SERRANO.—En «Eugenio o la proclamación de la primavera», porque fué mi primer libro y eran aquellos mis tiempos de estudiante universitario.

La evocación de aquel tiempo entusiasma a Rafael y brilla un rayo en su mirada, como si de nuevo se encontrase en sus años de fundador del S. E. U., con sus patrióticas algaradas, primero, y luchas callejeras, después. Parece que el león que lleva dentro, sujeto en cadenas de Navarra, se le revuelve y que vamos a tener para nosotros solos una nueva «proclamación de la primavera». Su alma de escritor militante se nos manifiesta en el gesto, y por un momento nos parece que vamos a escuchar la orden de ¡fir-

mes! y se nos va a hacer cantar un himno que hablará del «Tercio viejo» o de «Cuando los dioses nacían en Extremadura». Pero el interrogatorio continúa, y con más juego que antes.

RUIZ CATARINEU.—Como escritor cinematográfico, ¿qué opinas del guión de cine?

GARCIA SERRANO.—Que no es más que una novela escrita para que la entiendan hasta los analfabetos.

COSTA TORRO.—Escribir para el cine ¿exige—a tu juicio—de un escritor condiciones especiales?

GARCIA SERRANO.—Un escritor, cuando vale, puede adaptarse con facilidad a todas las especializaciones literarias con solo aprender la técnica de cada caso.

GERARDO RODRIGUEZ.—Volvamos al «Bailando hasta la Cruz del Sur»: ¿Por qué siendo este libro un relato de viajes se hacen en él tantas escapadas hacia lo político en tono a veces desgarrado?

GARCIA SERRANO.—Lo del tono puede obedecer a un impulso momentáneo de mi manera de ser. En cuanto a las alusiones políticas, creo que en este mundo casi todo es política.

COSTA TORRO.—Y en el otro mundo también, si llamamos otro al Nuevo Mundo. Oye, Rafael, ¿crees que hay que llevar siempre un mensaje? ¿Se puede ser a estas alturas un aséptico?

GARCIA SERRANO.—No me interesa el hombre aséptico, y menos si nació en España y no se preocupa por el bienestar de todos los españoles. Repitámoslo una vez más: hay que querer, y para todos, la Patria, el pan y la justicia. Soy fundamentalmente hombre político, y si me lo hubiese propuesto quizá sería Gobernador Civil.

RUIZ CATARINEU.—En tu «Bailando hasta la Cruz del Sur» ¿te dejaste en el tintero muchas cosas en la descripción de los países hispanoamericanos que visitaste?

GARCIA SERRANO.—Ninguna. Creo que lo describí todo tal y como lo había visto, sin eludir las pinceladas desagradables ni tampoco lo que hubo de acogedor y cálido para nosotros.

GERARDO RODRIGUEZ.—¿Qué preparas ahora en plan de escritor?

GARCIA SERRANO.—Por de pronto, tengo pedida una comedia.

COSTA TORRO.—¡Ah!, pero también haces teatro?

GARCIA SERRANO.—Es lo

primero que empecé a escribir, aunque no he publicado ni estrenado nada.

GERARDO RODRIGUEZ.—Pero tú no crees que el teatro es un género literario de plano inferior.

GARCIA SERRANO.—Ni mucho menos. Todos los géneros literarios son igualmente buenos para el escritor verdadero.

RUIZ CATARINEU.—¿Por qué entonces muchos buenos escritores han fracasado en el teatro?

GARCIA SERRANO.—Porque el fracaso del teatro «se ve» más. ¡Ah, si se pudieran «patear» las novelas y los libros en general!

GERARDO RODRIGUEZ.—Volviendo a tus producciones en cartera, ¿qué más preparas? ¿No tienes alguna novela a la vista?

GARCIA SERRANO.—Sí. Y nos enseña el cartapacio donde va apuntando las notas de una que titula «El general murió anoche».

COSTA TORRO.—¿Crees que tienes un ángel tutelar de tus andanzas geográficas y literarias?

GARCIA SERRANO.—Más: un arcángel, mi patrono San Rafael.

Y dicho esto suena el teléfono y poco después nuestro entrevistado nos indica que debe salir para el día «Arriba» para redactar las páginas de hucocrogrado.

Es casi media tarde cuando Rafael García Serrano con la rueda de la entrevista, el fotógrafo y hasta quizá también su Arcángel custodio, marcha camino del diario «Arriba» donde la conversación, ya hecha chala de amigos entre copas de buen coñac o «jeriñac», será enriquecida por la seriedad y chanza de otros camaradas que trabajan en la presencia directora de Ismael Herráiz.

Y allí dejamos a ese corredor de San Fermín, aventurero de guerra y de paz, estilista del mejor estilo—el de la «proclamación de la primavera», los Tercios viejos, la fiel infantería, los dioses que nacieron en Extremadura—, inquieto mosquetero que vivió la guerra en la piel y las entrañas sin que el quebranto de su carne en el combate le hiciera perder el gran aliento del espíritu para el agudo y vibrante clarín de su incansable ardor guerrero.

Porque Rafael García Serrano es como un trovador de la Píza del Castillo y como un último juglar de los cantares de gesta en el alto serrano de las montañas nevadas o en la alegre singladura trasatlántica de los chistus, tenoras, panderetas, castañuelas... de la exquisita finura que los Coros y Danzas de España llevaron, en su «cuarta carabela», a la América de nuestra fe y nuestra sangre. Esa sangre que Rafael lleva ahora, por derecho de cuna y de guerra laureada, sobre cadenas fuertes, como de puente levadizo que permite arribar hasta donde más bien suena la canción diaria a la eterna dama de su cancionero.

«El fracaso del teatro "se ve" más. ¡Ah, si se pudieran "patear" las novelas y los libros en general!»



EL ESCRITOR EN ZAPATILLAS

"MI MARIDO NECESITA VESTIRSE CON PRENDAS RARAS PARA ESCRIBIR SUS LIBROS"



LOS OJOS DE LA MUJER OBSERVAN AL MARIDO

MI marido se levanta corrientemente a las siete de la mañana y no por obligación, sino porque, sencillamente, no le cuesta en absoluto madrugar y trabaja mejor por la mañana que por la noche, cosa que es explicable, porque a las horas en que regresa a casa desde el periódico llega ya cansado y dice que no se le ocurre ni media idea. Su mesa de trabajo es algo espantoso. Ustedes no pueden figurarse el desorden que hay en ella, pero ¡pobre de mí o de las chicas si nos atrevemos a moverle un papel de su sitio! Para quitar el polvo de aquel aduar hay que hacer verdaderos garabos. Rafa escribe directamente a máquina, incluso las cartas familiares; es rara la vez que coge la pluma, y esto suele ser nada más que para corregir o puntuar y, naturalmente, para firmar. Mientras trabaja le gusta tener la radio puesta y no le molesta que la niña ande jugando a su alrededor, y si alguna vez le molesta tiene que aguantarse, porque como la casa es muy pequeña, la pobre niña no tiene otro sitio donde jugar, aparte de la biblioteca, que es a la vez cuarto de estar y donde Rafa trabaja.

El, que es normal, incluso tímido en su manera habitual de vestir, para trabajar se pone encima las cosas más absurdas y yo me desespero; desde que nos casamos, cada mañana lo primero que hace es ponerse un chandal que en su tiempo fué azul. Antes, según me cuentan en su casa, tuvo la manía de ponerse un poncho argentino traído de allá («de pura lana mendocina», como él dice), pero, gracias a Dios, he conseguido retirárselo, y me parece que con el poncho acabaré por hacerme un chaquetón. Ahora quiere nada menos que le saque una chilaba, porque como su próxima novela va a ser de ambiente militar, él dice que así se inspirará mejor. Voy a ver si consigo que se le olvide semejante idea.

Su carácter es apacible y tranquilo, pero estalla a lo mejor por una pequeña tontería; luego se le pasa al momento y vuelve a ser el de siempre. Habla conmigo de su trabajo, confiándose sus proyectos y sus dudas y comentando lo que lleva escrito. Dice que yo le leía mucho más de novela que ahora. Ahora tengo más trabajo con la niña y la casa y todo. Está poco tiempo en casa porque el periódico y la radio y sus cosas le absorben muchas horas; sale muy temprano y regresa tarde, y menos mal que de noche no tiene que volver de nuevo al periódico. Cuando llega a casa y se encuentra con que la niña está acostada le da mucha rabia no verla y jugar un rato con ella. Referente a la niña, les diré que es un chinche; no nos deja vivir, «que se va a acatar», «que se hará daño», «que se puede caer»; imagina las cosas aun antes de que sucedan, y, a Dios gracias, no suelen suceder jamás.

Por suerte mía, no le gusta ir a cafés ni a tertulias literarias. Siempre me había horrorizado pensar en casarme con uno de esos hombres que



Rafael García Serrano, en el frente de Somosierra, agosto de 1936, frente a la cantina cuartelera que el escritor describe en «La fiel Infantería»

al menor rato libre que tienen se van al café. Por el contrario, le gusta estar en casa; también le gustan el cine y el teatro, y cuando agarra un libro no hay manera de hablar con él hasta que lo acaba. De las películas, las que más le gustan son las del Oeste, y del teatro, el género frívolo (revista) le gusta más que el drama.


De todos sus libros no sé, francamente, decirles cuál me gusta más; me encantan todos, pero creo que el que tiene mis preferencias es el último, «Ballando hasta la Cruz del Sur», ya que en él se relata el viaje de la S. F., que fué donde yo conocí a mi marido. Creo, además, sinceramente que ha sido el más difícil de escribir, porque seiscientas y pico de páginas sobre el mismo tema, y sin repetirse en absoluto, y logrando entretener desde el principio al fin, demuestran que es un escritor y un novelista estupendo. Para mí es el mejor sin ninguna clase de duda, y confío en que a ustedes también se lo parezca.

Ahora bien, si como novelista me parece el mejor, como marido es extraordinario, amable, complaciente y espléndido. Como padre, se le cae la baba, pero es que la niña se lo merece. Creo que nunca daré bastantes gracias a Dios y a Pilar Primo de Rivera, ya que fué por ella por quien hice el viaje a América con los Coros y Danzas y en el cual tuve la suerte inmensa de encontrarme con el que hoy es mi marido.

Bueno, creo que ya lo he dicho todo y que no me queda nada más que contar. Por lo tanto, adiós.

María Araceli GARCIA COMAS

(Fotografías de Mora.)



UNA RATA CON PATAS DE ARAÑA

NOVELA

Por Angeles VILLARTA

DE una existencia blanda y fútil, exenta de toda clase de preocupaciones y sin riesgo de que una deficiente economía doméstica pusiera en dificultades de adquisición el pan nuestro de cada día, María Villamar había pasado a una dependencia de Auxilio Social en un paisaje madrileño de los nuevos ensanches. Le habían asignado «el despacho de todas las miserias».

No era que se llamase así ni siquiera en la nomenclatura de las muchachas empleadas en el edificio, sino que María Villamar le dió aquel nombre si bien no comunicó a nadie su bautizo.

El despacho de todas las miserias... Comenzó a denominarlo de esta manera cuando su cerebro se convirtió en un runrun de lacerantes historias y aparecía como si a sus fosas nasales se hubiera adherido un olor penetrante y fétido.

En el rosario de desventuras cuyas cuentas pasaban por sus dedos cada día, había una por la que su corazón se manifestaba extraordinariamente enternecido. Esto sucedía los días que se presentaba «ella»... Ella tenía no sólo un nombre, Margarita Rodríguez, sino también un número en el fichero de la institución, el 533. Lo mismo que todas las demás mujeres que acudían al edificio de Auxilio Social.

Un número cualquiera y un nombre cualquiera también. Sin embargo, a María le gustaba llamarla así: «ella».

María Villamar se hallaba tocada de la ingenua manía de no aceptar las cosas por su nombre si éstos no se adaptaban a lo que verdaderamente debían significar... Por eso denominaba su despacho «el de todas las miserias», y a la número 533 «ella».

«Ella», porque era distinta de las demás, y por eso la unipersonaba, la sacaba del grupo anónimo, la distinguía, y no precisamente porque brillara más que las otras. Por el contrario, resultaba triste, tímida, apocada.

Recogía la comida, murmuraba las gracias y se marchaba arrastrando sus zapatillas resentadas. Sin embargo, a María Villamar le parecía advertir en sus ademanes, en su rostro, algo como una marca de aristocracia soterrada, aunque, en realidad, su presencia no hiciera evocar tés distinguidos, ni mucho menos cacerías nobiliarias, ni grandes salones con retratos de abuelos ilustres, ni faunas y floras heráldicas sobre frontones de palacios o, más prosaicamente, en las puertas de lujosos automóviles.

Solía llegar con los bordes de los ojos enrojecidos, como suelen tenerlos las personas con déficit de horas de sueño. Otras veces se le hinchaban los dedos, que se agarrotaban sobre las asas del capacho.

María, a fuerza de examinarla, llegó a descubrir que poseía una boca fresca, una de esas bocas que entusiasman a los hombres, sólo que, colocada en un marco de arrugas, no lucía con toda la gracia de su dibujo fino.

Conservaba de sus tiempos de esplendor—lo de los tiempos de esplendor no pasaba de ser una suposición,—con escasa base de realidad, de la señorita Villamar—una última coquetería: unos rizos que parecían habérsele petrificado en azabache.

Pensó que tal vez el último duro no se lo gastaría en pan ni en el arreglo de las zapatillas, sino en tinte para el pelo, para que el rizo permaneciese siempre negro, último airón de una juven-

tud prematuramente derrumbada. Posiblemente por aquel acto que, de ser cierto—y seguramente no lo era—, hubiese provocado censuras en sus compañeras de infortunio, María redoblaba su simpatía hacia la número 583, Margarita Rodríguez, «ella».

Le parecía su gesto tan romántico como el de un caballero que invirtiese el resto de su pecunio en flores. Este para obsequiar a las damas, sin preocuparse excesivamente por cómo resolvería el problema de su alimentación al día siguiente, «ella» en el desesperado afán de no ser toda canas y arrugas, ojos ensangrentados e hinchados dedos.

María poseía el espíritu crítico muy agudizado. Desde el colegio se entretenía con un juego pueril en el que seguía presa como una maniática. Le llamaba el juego de las adivinaciones y consistía en imaginar cuál había de ser la vida futura de cada una de las muchachas, colegida por las notas que obtenía en cada asignatura, por cómo se comportaba con las compañeras y cuáles eran sus preferencias y sus fobias.

—Yo debo haber nacido para detective—se decía—. Seguro que esa es mi vocación. Le diré a papá que me monte una agencia de investigaciones privadas...

Cada niña del colegio se hubiera quedado maravillada de que le vaticinasen el porvenir, si en alguna ocasión María hubiera hecho públicas sus profecías.

—Te casarás con un hombre que tenga más años que tú y que use una pitillera de plata—le habría dicho a Carmina, aquella nifita que andaba siempre como si estuviera hipnotizada; pero que sentía un inmoderado amor hacia el orden.

—Tu marido—le diría a Clemencia, una chiquilla a quien las profesoras tenían que lavarle la cara y las manos a traición—no podrá resistir en tu compañía ni dos horas... No tienes más «chanza» de éxito que la de que tenga una nariz de perro a quienes parece entusiasman los malos olores...

Y así una por una.

Ya, de mayor, había encontrado una compañera en Angélica Encinas, a quien entretenían aquellas pueriles averiguaciones. Sentadas en la terraza de un café o en la butaca de un teatro, iniciaban su juego:

—Aquel caballero gana dos mil pesetas mensuales y paga ciento cincuenta de renta... Tuvo la suerte de encontrar piso cuando se liberó Madrid...

—Sí, y está casado con una señora muy pulcra, pero que no se da mucho arte para planchar corbatas... No salen ninguna noche de casa, y si en alguna ocasión se ven obligados a hacerlo llevan la llave del portal para ahorrarse la propina del sereno.

En el despacho de todas las miserias continuaba poniendo en práctica unas problemáticas dotes de zahorí, aunque allí era más fácil no equivocarse que en la terraza de un café... El «test» psicoanalítico se lo daban hecho principalmente en dos grupos bien definidos: en el de aquellas que tenían una miseria voceadora y exigente y en las que con la moneda de la lisonja pretendían comprar una parte mayor. María Villamar sentía cierta debilidad por las gritonas y le hacían gracia sus sofismas y aquel echarle la culpa al destino, que posee unas cuadradas y robustas espaldas sobre las que se pueden cargar grandes fardos de injusticia.

En cambio, las lloricas no conseguían conmovirle.

También había un gran número de mujeres que llevaban su desventura con dignidad, que nunca protestaban y que jamás pretendían ganar el favor con el halago. A éstas pertenecía «ella». Poco a poco fué entablandose una especie de tácita amistad entre la señorita Villamar y la silenciosa desconocida.

María procuraba aliviar las esperas de la 583, conversando con ella; pero en escasas ocasiones lograba hacerla salir de su sonor, de la indiferencia que parecía ser norma y divisa de su vida, con la única excepción de aquel rizo del color del azabache, al que mimaba tiernamente.

La muchacha poseía una especie de intuición para adivinar los grados a que había descendido la indigencia de cada una de sus visitantes. Olfateaba a las que nacieron en la miseria, y había llegado a la conclusión de que vivían en ella tan cómodamente como los ricos en la opulencia. Has-



ta sospechó que se les haría tan desgraciadas empujándoles a subir peldaños en la escala social como a las poderosas a quienes se obligara a bajarlos, que existía un clima de pobreza en el que ciertos espíritus se desenvuelven mejor y hasta fisiológicamente lo encuentran más comfortable.

Las verdaderamente desgraciadas no eran, por tanto, las que nunca habían poseído otra cosa que el día y la noche, el sol y la luna, un trozo de pan y el agua de una fuente, sino las que habían caído y se debatían y continuaban, si no luchando, sí aferradas a la esperanza de que se produjera un milagro y las encumbrara de nuevo, aunque la cima más alta en que hubiesen vivido fuera un ingreso mensual de mil quinientas pesetas. El grupo último lo formaban las que, por haber sido tan grande el cambio, permanecían como aleladas, vacías de toda ambición y de toda apatencia.

María estaba segura de haber calificado ciertamente a Margarita Rodríguez.

* * *

Transcurría el tiempo, implacable. Las zapatillas cada vez más deshilachadas y el abrigo más raído.

María hubiera deseado entrar en aquella vida, en la vida de «ella», que le hiciera alguna confianza, y si le era posible remediar una situación que tenía motivos para suponer angustiosa, auxiliarla con su propio pecunio, aparte de Auxilio Social; pero adivinaba que Margarita Rodríguez no era mujer fácil a la confianza... Por el contrario, que sabía lacrarle los labios y comportarse con dignidad cualquiera que fuese la extrema penuria en que se encontrase.

Un día le preguntó:
—¿No le vendría a usted colocarse?
«Ella» tardó algunos segundos en responder. Parecía como si estuviera meditando la contestación que debía dar. Por fin, se decidió.

—No..., creo que no.
Y añadió con voz profunda y bien entonada:
—No es que se me hayan cerrado las puertas... Es que me las he cerrado voluntariamente yo.
—¿Es posible?—preguntó María—, e inmediatamente se arrepintió de haber formulado la pregunta.

También Margarita Rodríguez debió lamentar la respuesta dada, porque añadió:

—Además, ¿dónde podrían admitirme?
No hizo ninguna alusión a si se hallaba o no en condiciones de poder realizar algún trabajo, pero sus ojos se hicieron elocuentes al pasear sobre sí misma una mirada apiadada y rápida. Era la primera vez que la señorita Villamar la veía mostrar una conmiseración hacia su propia persona, y no se atrevió a insistir ni siquiera a decirle que aun tenía un aspecto joven y esas cosas que tanto nos halagan a las mujeres.

Pero más tarde, cuando «ella» se hubo marchado, María inició las primeras gestiones en busca de una colocación para Margarita Rodríguez... En primer lugar, no era fácil hallarla... Había muchas más postulantes que empleos... Por añadidura, tenía que ser algo que no fuese demasiado..., demasiado..., no sabía cómo expresarlo... En fin, que encajase bien con «ella»... Pero, por otra parte, ¿por qué podía haber una colocación que no encajase con la vitola de Margarita Rodríguez? No era nada deseada, pero sus ropas no parecían ser de mejor paño que las de las otras mujeres, y aparte del cuidado que prestaba a su rizo negro—posiblemente no le prestaba ninguno y se trataba sencillamente de una zona de su cabellera que no había sido invadida por las canas—, nada demostraba en ella una coquetería, un deseo de significarse...

Los mismos dedos hinchados en el invierno, la misma falta de alegría en el rostro... A María le era simpática y las afinidades y las simpatías no tienen una justificación lógica, o, si la tienen es tan profunda, se halla tan oculta que no es fácil ponerla en evidencia...

María puso un juvenil ardor en la empresa... Habló con unos y con otros, estuvo atenta a cualquier vacante que pudiera producirse, a cualquier centro que se inaugurara, y por fin consiguió algo que le pareció que encantaría a Margarita Rodríguez...

Una guardería infantil... El salario no era muy elevado, pero la manutención estaba asegurada... Si «ella» tenía espíritu maternal, en su empleo se consideraría dichosa.

Y precisamente el día que iba a darle la buena noticia «ella» no compareció. Era la primera vez que faltaba a recoger el suministro.

¿Se habría marchado de Madrid? Bueno, esperaba una semana... En cuanto a lo de la colocación podría remediarse enviando inmediatamente alguna muchacha entre las que tuviesen mejor carácter... De ninguna manera una agriada o difícil... Sería o muy maternal—como ella suponía que era Margarita—o muy bulliciosa... En sus visitas a las guarderías observó que eran éstas las dos clases de personas que preferían los niños, las que los mimaban y las que se mezclaban en sus juegos...

Lo pensó así, pero María no poseía un temperamento línfático, ni concedía plazos a sus impacencias... En cuanto regresó a su mesa de escritorio se puso a revolver los ficheros, en busca del domicilio de «ella».

—Tribulete, 48...—leyó.

No tenía la menor idea de por dónde podía estar aquella calle. Consultó primero la guía y después el plano de Madrid. Lo primero era bajar a la plaza del Progreso, después descendería por una cualquiera de las vías con entrada frente a la estatua de Tirso de Molina... Se cercioró de cuál era la de Tribulete y las bocacalles que tendría que cruzar antes de llegar a ella.

Pensó ir en un taxi, pero luego le pareció que desde el coche no saborearía aquel retazo de Madrid que le era totalmente desconocido. Más abajo de la plaza del Progreso no había ido nunca, y sentía curiosidad por recorrer aquellas calles que en el plano se veían estrechas y largas, y cuyos nombres le evocaban lecturas, conversaciones o no sabía qué, pero que no le resultaban totalmente iné-

ditos: Mesón de Paredes, Lavapiés, La Encomienda, La Esgrima, y más abajo, Sombbreroete, La Fe, travesía de la Comadre...

Tomó el envoltorio de víveres que correspondía a Margarita Rodríguez y sin más de media hora de espera del autobús número 5 en la parada fronterera con el edificio de Auxilio Social, se trasladó a la calle de Sevilla, y allí por la calle de la Cruz y por la antigua de la Trinidad llegó a la plaza del Progreso.

Apenas penetró en una de las vías en cuesta que conducen a los barrios bajos, María descubría dentro de Madrid otra ciudad distinta a la que había recorrido hasta entonces; una ciudad que le pareció al mismo tiempo sorprendente e inquietante, gris y difícil...

En la calle de la Cabeza encontró unas mujeres gordas y pintarrajeadas, con faldas muy ceñidas al cuerpo... No se necesitaba ninguna perspicacia para situarlas en los batallones de jubiladas de Venus, aunque ellas hubiesen renunciado a la jubilación; unas paseaban por la acera, con aire aburrido; otras formaban grupos conversadores...

Si pasaba un hombre, todos los rostros femeninos se encendían en sonrisas. Alguna de desplazaba del corro que formaba con sus compañeras y pasaba ante el varón, que no prestaba la menor atención a sus manejos.

María, en la pulcritud de su traje de chaqueta, se sentía desplazada en aquel barrio. De todas formas no quiso apresurar el paso para no llamar la atención y para que no adivinasen que sentía una emoción bastante parecida al miedo.

El de las Venus fatigadas era un retazo pequeño del barrio. Parecía como si se tratara de una tribu de pieles rojas a la que se hubiese concedido una reserva... Fuera de aquel trozo de calles no se veía a ninguna más...

—Debe ser el ágora del amor barato—se dijo la muchacha.

Más adelante continuó pareciéndole que se hallaba tan desplazada como en el ágora de la vieja guardia venusina..., que no ajustaba su silueta ni su forma de vestir con el decorado de prendas colgantes, puestas a secar, de un balcón a otro en las callejuelas torvas, que tampoco encajaba con los gritos que salían desgarrados y broncos de no sabía dónde. De vez en cuando el anacronismo de una vieja taberna. Olía a humanidad sudorosa, a ropa mojada.

Más que fatigada por la caminata—sin duda se extravió en el laberinto de los barrios bajos, porque en el plano no le parecía que estuviera tan alejada la calle del Tribulete—sentía una especie de angustiosa sobreexcitación que le oprimía el pecho.

—No debía haber venido... No debía haber venido...—se repetía.

Ciertamente nadie la inquietaba, ni le causaba molestia. Algún grupo de comadres sentadas en sillas bajas que habían sacado a las aceras la miraban con escasa curiosidad, o algún hombre volvía la cabeza para recrearse contemplándola; pero estas actitudes no constituían ninguna novedad...



María poseía una buena figura, era muy rubia, y sus curvas encontraban aficionados que no siempre las admiraban en silencio, ni siquiera en las calles más céntricas.

Por fin, sin preguntar, encontró la casa que andaba buscando, el número 48 de Tribulete, donde tenía su domicilio Margarita Rodríguez.

Frente al portal se le desvanecieron los temores. Para el regreso haría que le buscasen un taxi o preguntaría por la parada más próxima. Incluso era fácil que hubiese alguna estación del Metro cercana. Hacia los otros medios de locomoción de la capital de España alimentaba una justificada desconfianza.

Tan recuperada se halló que cuando vio salir por un corredor lóbrego a una chiquilla con uncus pies enormes. Pensó:

—Esta niña debe aspirar a ser la Greta Garbo de la mugre.

Después reparó en que la pequeña llevaba el pie derecho envuelto en unos trapajos que cuando se los pusieron en calidad de vendas debían estar limpios, y el izquierdo metido en una zapatilla que podía asegurarse no le pertenecía.

Fué la chiquela la que, saltando sobre su extremidad sana, le mostró el camino.

—La tercera puerta a la izquierdã.

Luego lo pensó mejor y creyó que la entrevista entre aquella señorita y Margarita Rodríguez constituiría un espectáculo, si no muy entretenido por lo menos gratuito, y hasta podía servir para sostener su poquito de conversación en casa. Y decidió acompañarla.

En medio del patio se alzaba, a manera de templete, un water común en el que el humor de alguno de los habitantes del edificio le había impulsado a escribir con pintura encarnada: «Patio de los Naranjos».

María, en un principio, no vio nada. Después, precisamente bajo la claraboya que rezumaba una luz de pabito mortecino, acertó a vislumbrar un rostro desencajado. La vivienda constaba de una sola habitación.

La mujer, acostada entre un revuelo de ropas parduzcas, parecía insensible.

María Villamar no había sospechado hasta qué extremos llegaba la miseria de «ella»... Menos mal que a partir de aquel momento todo tendría remedio con la colocación que le había buscado en la guardería infantil... Para aliviar un poco aquella situación desgarradora le dejaría algunas pasetas.

Se acercó suavemente:

—Me he permitido traerle los víveres, Margarita—dijo—. ¿Por qué no fué a buscarlos como de costumbre?

Si Margarita Rodríguez oyó las palabras pronunciadas por su visitante no dió la menor señal de que así fuera...

La chiquilla, cuyos pies le habían hecho a María buscarle una semejanza con Greta Garbo, gritó desde la puerta con voz chirriante:

—No pierda el tiempo, señorita.



—¿Por qué?

—Porque todavía está mascando la jamera que se trajo anoche...; no hay quien le saque una palabra del cuerpo.

Hasta entonces María no se apercibió de que había entrado en la habitación de Margarita Rodríguez sin llamar, sin que nadie les hubiese abierto la puerta. Pensó en lo recatada que se manifestaba «ella», la misma que estaba sirviendo de espectáculo a la curiosidad de los vecinos...

—¡Agarra cada cacho de merluza!—insistió la pequeña.

María sintió que aumentaba su desasosiego. Por una parte se indignaba consigo misma por el exceso de oficiosidad que le había conducido hasta el banzo de la cama donde, según la expresión de la chiquilla, mascaba su embriaguez la 583. Por otra, había algo que no podía precisar lo que sería, que la retenía allí, junto a la alcoholizada, sin saber qué actitud adoptar entre la mujer que no daña señales de vida y la niña que tenía una sonrisa canalla, la de las chiquelas que están de vuelta de muchas cosas de las que ni siquiera debían estar de ida.

—¿Y si estuviese muerta?—pensó.

Le sobresaltó aquella idea. La duda le impulsó a pasar la mano por la frente de Margarita. Un manotazo la rechazó.

La joven, sorprendida por aquella brusca e inesperada reacción, se echó hacia atrás, mientras en la puerta la niña del pie vendado se rió con una risa mala y turbia:

—Ya se lo advertí... Lo mejor que puede hacer es dejarla que reviente sola.

Y viendo que no le hacía caso, añadió:

—¡La casca!... Como la interrumpa otra vez el sueño, vaya si la casca... Pero que la zumba a modo...

Aquellas frases tuvieron la virtud de mantenerla junto al lecho de la beoda.

Intentaría..., pero, ¿qué era lo que podía intentar?

Insistió dulcemente:

—Míreme, Margarita... Soy María Villamar, la muchacha de Auxilio Social... La de los víveres... ¿Por qué me trata así?... Ya sabe que soy su amiga.

Intentaba hacer persuasiva la temblorosa voz...

La chiquilla se divertía en la puerta con el espectáculo, y repetía:

—¡Vaya curda!... Ni las agarra los sábados mi padre...

—¿Tu padre se emborracha?

—No. Va a la adoración nocturna. Nos ha pringao...

María medita entre irse o continuar en una vela inútil en la cabecera de «ella». No se explicaba cómo la pequeña podía haber acumulado tanta ordinariéz en tan pocos años.

A un leve movimiento que hizo sobre la cama ésta se quebró en chasquidos. Con un poderoso esfuerzo de los músculos en tensión, Margarita

Rodríguez consiguió incorporarse. Los ojos se le fueron encendiendo en luces apasionadas.

—Sí, sí. La señorita Villamar. Tan buena, tan buena...

La visitante no sabía si en aquellas palabras había sarcasmo o si eran la expresión de un sentimiento verdaderamente amistoso.

Antes de que hubiera podido impedirle, «ella» le había cogido las manos y se las besaba con su boca milagrosamente joven.

—Bueno, Margarita, bueno...

—Yo no me llamo Margarita.

—Claro que se llama Margarita. Margarita Rodríguez—intentó persuadirla...

—Margarita Rodríguez... Ah, sí... Esa es ella.

—¿Qué ella?

—Esa mujer que no tiene que comer y anda por ahí pordioseando.

María intentó contemporar con la alcohólica.

—Ciertamente... Así es.

—Claro... La desgraciada... A ella la echó él... Lo mismo que a un perro sarnoso... Estaba rodeado de muchos señores que decían palabras untuosas...

Se interrumpió, y la mirada, fija como la de los locos y la de los borrachos, quedó clavada en el rostro de la muchacha. Después continuó:

—«Ella» quiso ir hacia él para pedirle... ¿Qué sería lo que tenía que pedirle?... No me acuerdo... ¿Usted sabe qué era lo que tenía que pedirle?

—No... Yo no estaba allí.

—Es verdad... No estaba allí... ¿Dónde estaba entonces?

—No me acuerdo... En cualquier sitio... Tal vez en Ciudad Real, posiblemente en San Sebastián... ¿Qué más da?

La mirada de la embriagada se hizo menos estúpida.

—El—prosiguió—la miró con desprecio y después dijo en voz baja y llena de ira... «¿Quién es esta mujer?... ¿Por qué la han permitido entrar aquí? ¿No ven que está llena de miseria y huele mal?»

Por unos instantes pareció que se le iba a desvanecer la embriaguez. Cogió de nuevo las manos de la muchacha y le preguntó angustiada:

—¿De verdad huelo mal, señorita Villamar?

La chiquilla del pie vendado, resueltamente decidida a no perder una escena del espectáculo y sin conformarse con ser mera espectadora, murmuró:

—¿Que si huelo mal?... ¡Echa una peste a vnao...!

María se acercó:

—No te importará que cierre la puerta, ¿verdad? Hay corriente...

Sin esperar a que la chiquilla diese su consentimiento, la cerró. En la habitación, sin ventanas, hedía. Aguardó un instante antes de volver a abrir la puerta, a que la Greta Garbo en agraz de la calle del Tribulete se alejase.

«Ella» seguía diciendo.

—La mujer comprendía perfectamente que no debía estar allí, y el corazón se le deshacía gota a gota. Mientras la empujaban, escaleras abajo, la increpaban: «Usted nos ha mentado... No conoce al señor director... Usted nos ha mentado...»

Se incorporó un poco más en la cama.

—Claro que les había mentado...

—¿Al decirles que era Margarita Rodríguez?

—¿Cómo lo sabe usted?

—No, no sé nada. Ya le he dicho que no estaba allí. Lo que usted me cuenta únicamente... Continúe... ¿quiere?

—¿Pero cómo quiere que sea Margarita Rodríguez si soy Claudia Hevás?... Claudia Hevás... En el colegio me tenían envidia todas las chicas. La más envidiosa de todas, Lupita, la que hoy es su mujer, y Toñita, la hija del gobernador del Banco Apícola... Todas... ¿Sabe por qué? Porque mi familia tenía más dinero que todos ellos y porque yo era la más guapa... Cuando me pusieron de largo se recordó durante mucho tiempo la fiesta, y raro era el día que mi nombre no figuraba en las páginas de los periódicos... ¿No me dijo usted que era de Asturias?

—Sí...

—Entonces tiene que acordarse de Claudia Hevás. En los diarios de Gijón y en los de Oviedo

habrá leído mi nombre... «La bellísima señorita de Hevás»... Siempre yo..., siempre yo... ¿Me habrán olvidado ya?

María recordaba vagamente algunas referencias de su madre a la familia Hevás... Resultaba tan absurdo... Le repugnaba que «ella» pusiera al descubierto lacras y miserias, pero no podía atajar aquel delirio de grandeza, la megalomanía encarnada en un personaje distinto...

La 583, a pesar de su estado de alcoholismo, sospechó algo o era extremadamente suspicaz en lo que relacionaba con su doble personalidad, porque mirándola fijamente, le preguntó:

—No lo cree, ¿verdad?

—Sí... Tranquílcese...

—¿Es que se figura que estoy borracha?... Pero si nadie lo cree. Ellos lo dijeron: «Miente, miente»... Margarita Rodríguez, la falsa, sí miente... Pero yo no, no...

De un salto se tiró de la cama. En torno al cuerpo esquelético flotaba un camisón sucio, con heces de vino en el escote; pero de un hilo finísimo, como los que María había visto en los estantes del armario de su madre, envueltos en papel de seda.

La borracha se tambaleó un poco, tomó la llave que pendía de un bramante colocado en el cuello e intentó tres o cuatro veces abrir el cajón de la cómoda, sin conseguirlo... Por fin acertó a introducir la llave en la cerradura. Aparecieron unos estuches vacíos, de terciopelo, y unos retratos...

—¿Ve?... Esta soy yo... Y ésta.

En aquel delicioso y polvoriento marco de tules y de flores, los rizos no se habían petrificado en azabache, pero la boca era la misma, sinuosa, infantil, abierta en dulces sonrisas que recogieron los objetivos de las cámaras fotográficas.

—¿Sería posible?

—Soy yo..., soy yo...—insistía la 583 con la terquedad de los beodos...

—Sí... naturalmente... Es usted Claudia Hevás... No necesitaba haberme enseñado nada... La creí desde el primer momento.

Claudia Hevás se sentó en la cama... Los tobillos flacos, en la pierna marcándose canales de venas, el busto flácido. Una estampa triste, una ruina que el fino y sucio camisón no disimulaba.

María Villamar, desde el primer momento, se apercibió que no se hallaba en situación de que le hablasen de colocaciones, y calificaba a la 583 como la mujer menos apta para confiarle una guardería infantil... A pesar de hallarse la puerta abierta, el olor se le hacía insoportable... Al redor de la habitación mal ventilada se unía el de los jigotes y comistrajos de los inquilinos de la casa, que tampoco se cuidaban de cerrar sus puertas. Oía a vino corrompido y a cocina barata.

—Bien—dijo—. Yo me tengo que marchar. Aquí le dejo su paquete de víveres. Vuelva pronto por Auxilio Social. Se me hace tarde...

La alcohólica, comi si hablase con otra persona, murmuró:

—¿Ha dicho usted que es tarde?

—Sí...

Claudia Hevás no la escuchaba. Se dirigía al personaje imaginario con quien había entablado el diálogo.

—¿Tarde ha dicho usted?... De ninguna manera. Mientras yo no llegue no empezará la fiesta.

Con una sonrisa cándida, añadió:

—Estoy cansada, Julio. Vamos a la terraza. Hundió la cabeza entre las palmas de las manos:

—¡Qué noche más bonita!... ¡Qué bien huelen los heliotropos! Y el magnolio, ¡cómo se ha cuajado de flores!... ¿Me quieres mucho, Julio? También yo a ti... ¿Que para siempre que me case contigo...? No, Julio, no... Así no... Te quiero como al hermano que no he tenido. Pero no te enfades... En este punto sí que no podemos hacer nada... ¡nada!

Ahucó el brazo y apoyó en él la sien como si lo hiciera en un regazo.

—¿Puedes dudarle, mamá?... Me casaré con Ricardo... Papá nos cederá el chalet que está junto a la fábrica y seremos muy felices.

Repentinamente las facciones de la beoda se ensombrecieron:

—Quiéreme, Ricardo, y ayúdame... Sólo me que-

das tú... Ya ni el dinero, ya ni ellos... Todo se lo ha llevado la tormenta... Todo menos tú... Fíjate en aquella estrella que ahora cruza el cielo... ¿Tu deseo?... El mismo que el mío. Que sea un niño y que se llame lo mismo que tú... Ricardo..., y que se parezca mucho a tí.

Como si pretendiera detener un golpe que le lanzase el destino, se cubrió el rostro con las manos, en repetida guardia perfecta, en su lucha con el recuerdo, avivada cada vez que se entregaba a sus aficiones dipsómanas:

—¿Una explosión en la fábrica?... ¿Dice que ha habido una explosión en la fábrica?... ¿Y Ricardo?... ¿Qué ha sido de Ricardo?...

Claudia Hevás dió un alarido y cayó de bruces sobre la cama, bañada en sudor... Estaba ridícula y sublime, con la saya del camión levantada, enseñando unos muslos lacios y no muy limpios, deshecha en sollozos.

María se asustó. Un sentimiento de comprensión humana le impidió salir huyendo de la habitación... No podía hacer nada por evitar aquel alucinante caleidoscopio de imágenes revividas.

Le causaba un dolor casi físico el ver sufrir de aquella manera a la alcoholizada:

—Por favor, Claudia—suplicó—, serénese...

Claudia Hevás continuaba entregada a la resurrección de su dolor pretérito y sin prestarle atención ninguna:

—No quiero que me den explicaciones... ¿Lo entienden? No las quiero porque no las necesito... Les he comprendido muy bien... He venido a mendigables tantas veces... Pero ya no más... Me marchó... No volveré a molestarles... Véndanlo todo... A mí ya me da lo mismo...

María Villamar se le acercó y le tocó en la espalda.

—Claudia Hevás... Se volvió rápidamente...

—¿Cómo ha dicho?...

—Claudia Hevás...

—Yo no soy Claudia Hevás... De verdad se lo digo... Me llamo Margarita Rodríguez... ¿Es que no me ha visto usted nunca en Auxilio Social...?

Estaba impúdica y al mismo tiempo inocente, sin preocuparse de bajar la falda del camión... De nuevo había vuelto a la puerta la chiquilla del pie vendado con el espolique de un mocosito a quien había invitado a presenciar la función trágica. María lanzó una mirada desesperada hacia los chiquillos.

—¿Por qué no es vais?

—¿Dónde? — preguntó la chica.

—No lo sé...

Bajó el faldón de la camisa de «Ella»...

—¡Dios mío, qué «Ella!»—pensó—. Inferior, probablemente, a las mujeronas que había visto paseándose o sirviendo de cariatides en las esquinas de la calle de la Cabeza.

La 583 regresaba nuevamente al mundo turbio de los alcoholizados.

—Es verdad —deliró—. Iré a pedirselo a Julio... Tiene un cargo importante... Déjame pasar... Me conoce... Díganle mi nombre.

Tuvo un largo estremecimiento... En la puerta los chiquillos escuchaban anhelantes... Aquello superaba otras borracheras de la inquilina del cuarto bajo del final del pasillo. Por lo regular sus borracheras solían ser silenciosas, poco divertidas para ser contempladas por la población infantil del número 48 de la calle del Tribulete.

Y sobre todo allí había un misterio... Aquel decir que no se llamaba como todo el mundo suponía que debía llamarse... La verdad es que como llamarla no la llamaban Margarita Rodríguez, sino la Caldo Limpio, lo que daba una idea de cuál

podiera ser la nutrición de la beoda cuando el resto de la vecindad andaba siempre en pésimas relaciones con los garbanzos y aun descubrían que existía en la casa alguien más aperreado que ellos.

La del pie vendado era todo ojos y oídos para después poder referir a las inquilinas la historia de la Caldo Limpio, que se estaba convirtiendo en una especie de folletón como los que leía su abuela, que permanecía fiel a la literatura clásica y no como la juventud, que, infinitamente más idiotizada, prefería las novelas memas que se alquilaban por un real.

La número 583 adquiría un tono declamatorio:

—Esa mujer a quien echas, Julio, no soy yo... No... Yo soy Claudia... La muchacha a quien más quisiste... ¡Fantasías mías!... No... Recuerda... ¡Qué bien huelen los heliotropos, y cómo está cuajado de flores el magnolio!... ¿Que baile contigo el vals de las Campanas?... Sí, sí... Pero no me vuelvas a referir esa clase de horrores... Me vuelven loca... ¿Verdad que resulta precioso mi vestido de gasa? Espera, que me lo pisas... Así... ¡Qué bien!... ¡Qué feliz me siento!...

La palabra se le hizo un suspiro... De pronto miró hacia la pared... Tenía unos ojos espantados, de alucinada, unos ojos que daban miedo... La chiquilla y el mocosito que la acompañaban retrocedieron... Después, habituados como estaban a toda clase de horrores y de escenas, se volvieron a aproximar y miraban a la borracha como hipnotizados.

María Villamar le preguntó:

—¿Qué le sucede, Claudia?... ¿Qué le sucede?...

—Una rata... Allí, en aquel hueco de la pared... Una rata negra con patas de araña...

Miró a la pared... No había nada.

—¡Mi padre ve elefantos blancos!—murmuró la chiquilla.

—¡Una rata!... ¡Una rata con patas de araña!...

Claudia Hevás se retorcía como un sarmiento verde con las llamas de una una hoguera... Tenía la boca llena de espuma... Se rasgaba el camión...

—Es el «delirium tremens» —murmuró María Villamar, y luego, espantada, gritó—: ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Se abrieron algunas puertas... Asomáronse rostros curiosos de comadres greñudas... El pasillo oscuro se llenó de chiquillos.

—¡Socorro!... ¡Socorro!—gritaba María.

Las vecinas llamaron a sus hijos... Al-

gunas les animaron a que observaran obediencia moqueteándoles o arrastrándoles por un brazo... Se volvieron a cerrar las puertas... Allí nadie quería meterse en jaleos, que luego dan lugar a declaraciones en Comisarias y Juzgados, donde mejor es que no la conozcan a una.

Claudia Hevás se puso rígida... Luego su cuerpo fué perdiendo rigidez y el grito se le hizo suspiro... También el suspiro se quebró... Por último, nada... Con su rizo petrificado en azabache, sobre la colcha sucia, la muerte se parecía más a las fotografías dispersas por el suelo desnudo de alfombras que a Margarita Rodríguez, la pobre mujer que marchaba en silencio por las calles con las zapatillas fatigadas.

María no quiso investigar ni averiguar lo que pudiese haber de verdad o de mentira en el relato que hiciera la difunta... Ya lo mismo daba que fuese Claudia Hevás que Margarita Rodríguez... Muerta volvía a ser «Ella», su preferida entre las mujeres de Auxilio Social.

Le pareció como si su amiga se hubiese dormido, para siempre, en un sueño feliz.

(Ilustraciones de Gofni.)



PEREZ DE OLAGUER Y SU LABOR DE APOSTOLADO



Enfermos de una leprosería del Africa ecuatorial, donde el novelista tomó esta fotografía

“Hospital de San Lázaro”, culminación de una obra destinada a los que sufren

CON Antonio Pérez de Olaguer se puede hablar de todo. Es un hombre amable, de aire algo ausente y a demanes distraídos que vive un poco fuera de la realidad, en el mundo de sus viajes y sus libros.

Algo oriental en su aspecto y en su manera de hablar, espaciosa y reposadamente, subraya con una leve sonrisa la pregunta intencionada o la sugerencia maliciosa, pero siempre sin alterarse, como si fuese un espectador de sí mismo y de los demás. Su simpática llaneza es de auténtico gran señor, de los de «antes de la guerra», y le confiere cierto aire de «amateur», que se hace escritor por puro juego.

Se comprende a primera vista que el humorismo es el género que ha de dársele mejor, como así es en efecto. Sus más conocidas obras, *Memorias de un recién casado* y *El novelista que vio las estrellas*, así como sus libros de viajes, lo confirman. Pero también es hombre de corazón y de fina sensibilidad, que sabe comprender el dolor y el sufrimiento. Su última producción, titulada *Hospital de San Lázaro*, tiene por tema la vida en los hospitales de leprosos de todo el mundo y culmina una obra dedicada a aliviar los dolores ajenos con sus caridades sin abandonar su humorismo de buena ley, y, como toda su obra anterior, está igualmente alejada de la estridencia y la crudeza, a pesar de que la naturaleza del tema podría justificarlas. Pero el optimismo, que parece ser definitivamente «el color de su cristal», atenua, a pesar del realismo con que están descritos, los crudos aguafuertes de las leproserías.

En el interrogatorio, como se verá, hace la defensa de la for-

ma literaria que emplea en esta su última obra, mezclando lo real con lo fantástico y la mera transcripción de lo sucedido con la invención de figuras y episodios.

Nos recibe Pérez de Olaguer en su confortable piso de la calle Muntaner. La decoración del mismo refleja los viajes—sus cuatro vueltas al mundo—del novelista. Figuras y miniaturas chinas y filipinas, gruesos arcones orientales de maderas trabajadas y dos grandes cuadros en la entrada representando escenas alegóricas de la dominación nipona en la Perla del Pacífico.

Pasamos a la sala donde se celebra la entrevista.

Poco después aparece totalmente rasurado, y Bermejo—que ojea en aquellos momentos su última obra—le pregunta:

BERMEJO.—¿Piensa usted llevar el argumento de su novela *Hospital de San Lázaro* al cine?

PEREZ DE OLAGUER.—Desde luego, no la escribí con este fin, pues creo que una película que trate de la enfermedad de la lepra debe ser más bien científica.

SEÑORITA RUIZ DE VILLALOBOS.—Sin embargo, ¿no cree que este tema llevado al cine con argumento novelado atraería más al público y aumentaría los efectos de su labor de apostolado?

PEREZ DE OLAGUER.—En efecto, podría llevar este tema al cine, porque al cine creo que se puede llevar todo; pero por ahora no pienso hacerlo. No obstante, algunos críticos han afirmado que de los distintos episodios que componen la novela podrían sacarse varios guiones.

SU INTERES POR LOS LEPROSOS DATA DE SU INFANCIA

RUIZ DE VILLALOBOS.—¿Cómo y cuándo se despertó su inte-

rés por esa enfermedad y por qué habla de ella precisamente en su biografía?

PEREZ DE OLAGUER.—Se trata de un recuerdo sentimental de mi infancia. Siendo niño mi padre me llevaba con frecuencia al Hospital de San Lázaro de Barcelona, y su memoria me acompañó siempre. Años más tarde, muerto ya mi padre, volví yo a ver a sor Laura, la monja poeta, que se contagió cuidando a los leprosos en Fontilles (Valencia) y que se encontraba, ya enferma, en el Hospital de San Lázaro, de Barcelona. Sobre este tema hice un artículo, que publiqué a raíz de la muerte de mi hija Sarita, interrumpiendo con él la serie de reportajes humorísticos que escribía entonces para *El Noticiero Universal*. A consecuencia de ello se recibieron gran cantidad de donativos para la construcción de un nuevo hospital, dando lugar a que se tratara de la formación de un grupo destinado a patrocinar dicha construcción, y entre tanto a procurar el alivio de la situación del primitivo hospital.

ARAÑO.—¿Se llevó a cabo la obra de Asociación de Amigos de San Lázaro?

PEREZ DE OLAGUER.—Desgraciadamente no pudo seguir adelante por falta de vida económica. En la actualidad las obras del Hospital de San Lázaro se ven interrumpidas por el mismo motivo, aunque están muy adelantadas, y, relativamente, con poco dinero podrían terminarse.

LEGET.—¿Cuál es la reacción moral del enfermo de lepra?

PEREZ DE OLAGUER.—El doctor José N. Rodríguez, médico filipino, dice que el católico la soporta admirablemente, sobre to-

do el oriental. En cambio se ha encontrado ante muchos casos de norteamericanos protestantes que, incapaces de soportar su enfermedad, se han suicidado o han tratado de hacerlo.

UN NUEVO GENERO DE NOVELA

ARAÑO.—¿No cree usted que en su libro *Hospital de San Lázaro* hace salir a muchos personajes reales con su verdadero nombre, algunos de ellos sin otro interés humano y literario que el hecho de ser amigos suyos, y ello perjudica el interés total de la obra?

PEREZ DE OLAGUER.—Desde luego, si he puesto en mi libro nombres de personas reales no es porque éstas fueran amigas mías. Si los incluyo en mi obra es por estimar que son lo suficientemente interesantes para figurar en ella. Yo he intentado crear un nuevo género de novela, aunque me han dicho muchas veces que ya existía. Mi idea es hacer una novela en la cual la acción sea pura fantasía, pero en la que los personajes y sus nombres sean reales, tal como hago en *Hospital de San Lázaro*.

RUIZ DE VILLALOBOS.—¿Es ésta la primera novela en la que ha utilizado esta técnica?

PEREZ DE OLAGUER.—No; hice lo mismo al escribir *Memoorias de un recién casado* y *El novelista que vió las estrellas*; pero esta última el público no la entendió y, a pesar de estar bien presentada, se vendió muy poco. No me explico el motivo...

ARAÑO.—¿Los personajes de Eloísa Corona y de Fustalante son reales o imaginarios?

PEREZ DE OLAGUER.—Eloísa Corona y el padre Martínez son imaginarios. El tipo de Fustalante existe realmente, pero he cambiado el nombre y circunstancias, por si se molestara el interesado.

BERMEJO.—¿Cree usted que en la lepra hay poesía?

PEREZ DE OLAGUER.—Desde luego, porque no todo es carne, sino que también hay espíritu, y el espíritu y la resignación cristiana es lo único que salva a los enfermos de la desesperación.

LLEGET.—¿Es por eso por lo que ha intercalado fragmentos de poesía en su novela?

PEREZ DE OLAGUER.—Efectivamente, una magnífica poesía del filipino Manuel Bernabé, que empezó haciendo versos en latín y ahora los escribe, indistintamente, en inglés o castellano, sirve de introducción a mi obra y centra con exactitud el tema y el sentido de la novela.

BERMEJO.—¿El personaje «la Diabla» de su última novela es real o imaginario?

PEREZ DE OLAGUER.—«La Diabla» existe en la realidad y este nombre se lo puse yo mismo. Ella lo sabe y fué una de las primeras personas que leyeron mi obra en Madrid, donde reside actualmente. Debo hacer constar que no se ofendió; antes al contrario, no le ha parecido mal verse en la novela.

LABOR DE APOSTOLADO Y BENEFICENCIA

ARAÑO.—Tengo entendido que destina los beneficios de su obra a fines benéficos.

PEREZ DE OLAGUER.—Me pareció mal hacer dinero de este



Los lazaretos de todo el mundo están agradecidos a la labor humana de apostolado que en su favor realiza Pérez de Olaguer, y que ha visitado en las repetidas veces que el novelista ha dado la vuelta al globo

tema. Todos los beneficios de este libro irán a parar al Hospital de San Lázaro de Barcelona. Los que se vendan en Filipinas serán para el hospital de allí. Mi labor es de apostolado, lleno de buena fe y de buena voluntad, y mi mayor honra es llamarme escritor católico.

LLEGET.—¿Por qué dió tantas veces la vuelta al mundo?

PEREZ DE OLAGUER.—Tengo propiedades de mis abuelos en Filipinas, y, como que he de ir

allí de vez en cuando para atender mis negocios, procuro hacerlo siempre por distinto camino.

MARQUES.—De los países que no conoce, ¿cuál le gustaría visitar?

PEREZ DE OLAGUER.—Sobre todo el centro de Europa, por donde nunca he pasado, y Rusia, si pudiera irse algún día, «con el fin de evangelizar». Tuve ocasión de ir en el año 1940 por el Transiberiano en ruta hacia Filipinas, pero a última hora me

entró miedo y preferí seguir la ruta del aire.

LLEGET.—¿Considera necesario que el periodista viaje mucho?

PEREZ DE OLAGUER.—Lo estimo muy conveniente, si el periodista tiene posibilidades para ello.

BERMEJO.—Como escritor, ¿ha ganado usted en calidad después de su primera vuelta al mundo?

PEREZ DE OLAGUER.—Yo creo que sí. Ver mundo es siempre muy interesante y formativo.

RUIZ DE VILLALOBOS.—¿Cuál es, a su criterio, el país más hermoso que ha visitado?

PEREZ DE OLAGUER.—Como naturaleza, me ha gustado mucho la isla de Penang (cerca de Singapur). Y en este último viaje, el canal de Panamá, maravilloso parque; los bosques de sus alrededores tienen una gran belleza.

LLEGET.—Usted, que ha viajado tanto, ¿iría a la Luna?

PEREZ DE OLAGUER.—Si me garantizaran el viaje de vuelta, desde luego. Porque yo he dicho siempre que el mayor placer de viajar es el regreso... ¡Nada como nuestra Patria!

EN FILIPINAS HAY UN RENACIMIENTO HISPANO

BERMEJO.—¿Qué piensan de España los filipinos?

PEREZ DE OLAGUER.—Ahora se ha despertado un gran interés por España y un renacimiento de todo lo español.

ARAÑO.—¿El idioma inglés ha desplazado totalmente al español en Filipinas?

PEREZ DE OLAGUER.—Aparte los medios intelectuales, en los que el cultivo del idioma castellano está en auge, los viejos conservan el español y los jóvenes ahora hablan inglés. Pero en Filipinas se entiende todo lo que se habla... Yo hablo un inglés muy correcto y allí me comprenden perfectamente, en cambio en Inglaterra y en Norteamérica no me entienden una palabra.

MARQUES.—¿Cuándo publicó el primer artículo?

PEREZ DE OLAGUER.—A los dieciséis años, en un periódico de Filipinas titulado «La Defensa».

LLEGET.—¿En qué periódicos ha colaborado en tiempo de la República?

PEREZ DE OLAGUER.—Fundé el «Don Fantasma», que fué quemado en Las Ramblas, y luego «Guirigay», ambos suspendidos gubernativamente y en los que firmaba con mi nombre, como todos mis colaboradores. También colaboré en «El Mirlo Blanco», que fundó José María Junyent, y era anónimo. En la actualidad dirijo las revistas «Momento» y «La Familia».

ARAÑO.—¿En qué capital, de las muchas que ha visitado, le gustaría actuar de corresponsal?

PEREZ DE OLAGUER.—En Londres.

«LOS PROYECTILES DISPARADOS CON HUMORISMO SON LOS MAS PELIGROSOS»

RUIZ DE VILLALOBOS.—De todos los géneros literarios que ha cultivado, ¿cuál prefiere?

PEREZ DE OLAGUER.—Siento y me gusta mucho el humorismo. El humorismo ve la vida de una manera amable. En una guerra de palabras, los proyecti-

les disparados con humorismo son los más peligrosos.

MARQUES.—¿Usted ha escrito también para el teatro?

PEREZ DE OLAGUER.—Así es. He estrenado cinco comedias.

LLEGET.—¿Muchos éxitos?

PEREZ DE OLAGUER.—He pasado por toda la gama. Una de mis comedias fué un gran fracaso, otra un gran éxito, y las demás..., una mediocre, otra aburrida y otra regular.

ARAÑO.—¿Cuál ha sido la posición de la crítica respecto a sus comedias?

PEREZ DE OLAGUER.—La crítica ha sido siempre muy cariñosa conmigo, si se exceptúa la que me hizo Agusti de la comedia «La ciudad que no tenía mujeres», que era una crítica francamente dura. Ignoro porqué el amigo Ignacio me atacó con tanta saña.

BERMEJO.—¿Su obra «Terror rojo en Cataluña», se refiere a nuestra guerra de Liberación?

PEREZ DE OLAGUER.—Sí, en ella mataron a mi padre, Luis Pérez Zamanillo y a mi hermano. También «Lágrimas y sonrisas» toca el mismo tema.

RUIZ DE VILLALOBOS.—¿Y «Terror amarillo en Filipinas»?

PEREZ DE OLAGUER.—Trata de la lucha en Filipinas, cuando todos los blancos, por el solo hecho de serlo, estaban en constante peligro de muerte. Creo haber aportado una labor interesante al periodismo, siendo el único escritor español que ha recogido esta etapa de terror en Manila, ciudad que estuvo prácticamente entre dos fuegos: los incendios japoneses y los bombardeos norteamericanos.

MARQUES.—¿Cuál de sus libros le gusta más?

PEREZ DE OLAGUER.—«Los de siempre», que se refiere a los héroes de la tradición en nuestra guerra de Liberación, subrayando la admirable continuidad de su espíritu y combatividad. Está agotado.

LLEGET.—¿Cuál es el mejor?

PEREZ DE OLAGUER.—Personalmente creo que mi mejor libro es «Piedras vivas». Es la biografía de un sacerdote que muere muy joven, recién salido del Seminario. Me encontré con las naturales dificultades para hacerlo ameno. Lo prologó, por cierto, el cardenal Segura.

RUIZ DE VILLALOBOS.—¿Cuál quemaría?

PEREZ DE OLAGUER.—No sería buen padre si tal hiciera. No quemaría ninguno. No se quema a ningún hijo porque le salga a uno tartamudo o bizco...

BERMEJO.—¿Cuándo acostumbra a escribir?

PEREZ DE OLAGUER.—Por la mañana a primera hora. Por la noche soy incapaz de hacerlo, pues me duermo a las primeras líneas.

MARQUES.—¿Tiene alguna novela en perspectiva?

PEREZ DE OLAGUER.—Novela no; pero pienso hacer un libro titulado «Autobombo», que será una recopilación de todos los artículos que he publicado en veinticinco años. Como ven por el título, no pienso engañar a nadie acerca de su contenido e intención.

ARAÑO.—¿Ha obtenido algún premio literario?

PEREZ DE OLAGUER.—Tomé parte en el primer concurso de guiones para cine con el argumento de «Memorias de un recién casado». Gané uno de los premios, pero nunca fué llevado a la pantalla.

RUIZ DE VILLALOBOS.—¿Qué opina de la actual técnica novelística?

PEREZ DE OLAGUER.—Yo soy un poco clásico. v. desde luego, enemigo del tremendismo.

MARQUES.—¿Sus autores preferidos?

PEREZ DE OLAGUER.—Alarcón y el padre Coloma.

LLEGET.—¿Y de los actuales?

PEREZ DE OLAGUER.—Indudablemente Delibes, sin que ello signifique postergar a nadie.

ARAÑO.—¿Se ha inspirado en «Pequeñeces» del padre Coloma, al escribir su «Hospital de San Lázaro»?

PEREZ DE OLAGUER.—En algún capítulo acaso, pero sin darme cuenta. No creo, por otra parte, que pueda trazarse ningún paralelismo entre una y otra obra, por tratarse de géneros distintos.

RUIZ DE VILLALOBOS.—¿Qué opina de los concursos literarios?

PEREZ DE OLAGUER.—Sólo he tomado parte en el premio Mariano de Cavia y en uno de la Liga Protectora de Animales y Plantas, y no me premiarón ninguno. Lo primero no me extrañó... Lo segundo, muchísimo.

BERMEJO.—El no haber llegado a alcanzar la resonancia que usted merece y la falta de unidad de su obra, a la que usted se ha referido, ¿no cree que se debe a no haber tenido que vivir nunca de la literatura?

PEREZ DE OLAGUER.—Es muy posible que sea así, pues tengo el suficiente dinero para no tener que vivir de lo que escribo, pero no el bastante para ser mi propio mecenas. Puedo afirmar, sin embargo, que una decidida vocación literaria me ha llevado a escribir.

«LA UNICA VEZ QUE COMI GRACIAS A LA LITERATURA»

LLEGET.—¿Tiene alguna anécdota interesante en su vida?

PEREZ DE OLAGUER.—Me han sucedido tantas cosas que habría muchas que contar.

Ahora recuerdo que una vez, viajando en tren, me encontré sin dinero, como siempre me sucede por no acordarme de llevar el suficiente para terminar los viajes. Tenía un apetito enorme y decidí hacerme servir la cena en el coche restaurante, mientras meditaba cómo pagaría luego. Por un feliz azar me encontré con un coleccionista de autógrafos —en forma de señor con barba, y que, según creo, era polaco— el cual me compró algunos de mis libros, que por suerte llevaba en la maleta. Naturalmente, aunque no lo conocía de nada le firmé las más expresivas dedicatorias, «diciéndole que era mi amigo de la infancia».

Y esta fué la única vez que Pérez de Olaguer comió gracias a la literatura.

EN LA ALTA EXTREMADURA FALTAN BRAZOS

Un pasado glorioso
y un futuro espléndido

LOS REGADIOS MAS ANTIGUOS DE ESPAÑA

ANTES de abandonar Cáceres hacemos un rápido recorrido por una de sus más ricas regiones, visitando Coria, Plasencia, Cuacos, Jaraiz y Navalmoral. La sola contemplación de sus campos proporciona una elocuente idea de lo que será España una vez que se haya realizado el vasto plan de construcción de pantanos y de puesta en riego de nuestras zonas áridas. Aquí todavía no se ha llevado a cabo la total transformación, aunque a punto están de concluirse los pantanos de «Gabriel y Galán», «Borbollón» y «Rosarito». Sin embargo, puede ya hacerse un cálculo aproximado visitando los modernos regadíos de Coria y los más antiguos de Jaraiz.

Los naturales de este último pueblo presumen de que sus regadíos son los más antiguos de la provincia y casi de España entera. No me he puesto a investigar si tal cosa es cierta, pero el hecho es que a partir de la primera guerra mundial, aprovechando su favorable coyuntura económica, estos veratos se dedicaron a arrancar olivos, higueras y árboles frutales para plantar en su lugar pimentón, que era muchísimo más apreciable y productivo, incrementando con este motivo los regadíos, que alcanzaron un gran desarrollo durante la segunda guerra mundial. Por los años 1940 y 41 los Saltos del Duero electrificaron toda la región del Tiétar, colocando todos los labradores motores en sus fincas para elevar agua del río. Se puede afirmar que hoy día todo el término está ya puesto en regadío y solamente el pantano de «Rosarito» le afectará en 200 hectáreas.

En Coria antes de la guerra sólo había 35 hectáreas dedicadas a regadío de las 9.200 de terreno laborable que posee el término. Hoy día cuenta con 1.500, que han sido puestas en riego merced a iniciativa privada. Esta transformación fué empezada por dos grupos de murcianos, que se evadieron de la zona roja y, asentados en el valle del Alagón, se dedi-

caron como arrendatarios a cultivar pimentón y cáñamo con excelente resultado. En la actualidad casi se ha abandonado en Coria el cultivo del pimentón porque no encuentra mercado extranjero.

Haciendo un resumen de los regadíos actualmente en cultivo en las zonas que hemos visitado nos encontramos que en Coria hay 1.500 hectáreas de regadío; en Plasencia sólo la ribera de las huertas; en Cuacos, 300 hectáreas, y en Navalmoral, se puede decir que es nulo, porque sólo existen allí unas pequeñas huertas. Pero muy pronto variará este panorama. Como decíamos, los pantanos del alto Cáceres están próximos a concluirse y pronto pondrán en regadío 53.500 hectáreas, proporcionando al mismo tiempo a la región una energía eléctrica en pie de presa de unos cincuenta millones de kilovatios-hora anuales. De estos pantanos, el de «Borbollón», ubicado sobre el río Arrago, afluente del Alagón, pondrá en riego una superficie de terreno de 11.142 hectáreas, en cuyo centro se halla el suelo de Moraleja. En cuanto al pantano de «Gabriel y Galán», que se encuentra en el río Alagón, próximo al pueblo de Guijo de Granadilla, convertirá en tierras de regadío una extensa zona de 41.660 hectáreas, de las que

17.100 están en la margen derecha del río y las 23.561 restantes en la izquierda. Así, pues, dentro de muy poco tiempo Coria se beneficiará con 7.000 nuevas hectáreas de regadío; Jaraiz, con 200; Cuacos, con otras 200, y Navalmoral, con 20.000, regándose la mitad de ellas con aguas del pantano de «Rosarito» y la otra mitad con el de «Buendía». Aparte de estos términos que hemos citado, se beneficiarán muy especialmente con las aguas de los nuevos pantanos los pueblos de los partidos de Hoyos, Coria, Hervás, Plasencia, Arandilla y Navalmoral. Solamente la zona del Campo Arañuelo, situada entre Cáceres y Toledo, se beneficiará con 180.000 hectáreas de nuevos regadíos.

EL PIMENTON ES SUSTITUIDO POR EL ALGODON Y EL TABACO

Líneas atrás dije que en Coria están sustituyendo el cultivo del pimentón por otros, ya que no poseen mercados extranjeros. Este mismo fenómeno se está repitiendo en los pueblos clásicamente pimentoneros, como los de la Vera, no porque carezcan de mercados exteriores, sino porque hallan más beneficiosa la producción de plantas industriales, entre las que figuran en primer término el tabaco y el algodón. En



Templete del Puente Nuevo, en Plasencia, capital por derecho propio de la Alta Extremadura

Coria, de las 1.500 hectáreas de nuevos regadíos, hoy se dedican 300 al algodón, que es una especie americana de excelente calidad. Cada hectárea produce de 1.500 a 2.000 kilos de fibra. Sólo la cosecha de este año valdrá de quince a veinte millones de pesetas. De tabaco siembran 400 hectáreas, y en cambio al pimentón sólo dedican ahora 100, mientras que antes cultivaban 500. Algo parecido sucede en Jaraiz, donde destinan a tabaco 1.000 hectáreas; a algodón, 600, y a pimentón, sólo 400. En toda la Vera sólo se siembran de pimentón 2.400 hectáreas, obteniéndose una producción de 1.400 kilos por hectárea.

Sin embargo, la producción y elaboración del pimentón en esta zona no está en decadencia. Lo que ocurre es que se ha estabilizado. En Plasencia hay de 12 a 15 fábricas que se dedican a su elaboración; pero en la época del pimentón, además se dedican a la molinera algunos molinos de viento. En Jaraiz existe una industria pimentonera muy fuerte, que tiene colocada toda su producción. En el pueblo funcionan unos nueve molinos, que producen un millón seiscientos mil kilos de pimentón, de los que un millón de ellos los contrata una cooperativa, y el resto (600.000 kilos) lo da un grupo de propietarios muy poderoso, que son a la vez productores y exportadores. Un sólo propietario de Jaraiz posee en Tejada del Tiétar una finca que produce 500.000 kilos.

En estos últimos años el precio del pimentón ha sufrido algunas oscilaciones, por lo que los productores se han retraído; pero hoy día el kilo de pimentón de bola, que es muy dulce, se vende de doscientas pesetas para arriba, y si es picante, mucho más. En Cuacos me dicen que a trescientas cincuenta pesetas. A pesar de estos precios, que a mí, por no entender de estos negocios, me parecen astronómicos, todas las fábricas y almacenes se han quedado este año sin ningún kilo.

El dicho de que el valle de Plasencia se caracteriza por la producción de frutas y la Vera por el pimentón, va siendo un tópico falso, por lo que a la Vera se refiere. En el valle (en el que sobralenan los pueblos de Tornavacas, Cabzuela, Gerte y el Torno) se siguen produciendo frutas en abundancia. Según tengo entendido, en un sólo pueblo la cosecha de cerezas valió el verano pasado doce millones de pesetas. Pero en la Vera, el tabaco y el algodón, dándose de la mano, van arrinconando al pimentón. El algodón se cultiva más que nada en secano. En Navalnoral se han producido 500.000 kilos; en Cuacos, 120.000; en Jaraiz, 600.000, y en Coria, mucho más de medio millón de kilos. En cuanto al tabaco, si en esta región se producía antaño 40.000 kilos, hoy día, se recogen diez millones, de los que, dos de ellos, corresponden a las vegas de Jaraiz, elaborándose seis de ellos en el centro de fermentación de Navalnoral y cuatro en el de Plasencia. El cultivo de tabaco debe



Lugar llamado «La Isla», en Plasencia

ser muy productivo, cuando a pesar de necesitarse por cada hectárea de terreno un gasto inicial de 18.000 pesetas en construcción de secaderos, los labradores lo prefieren. Tal vez sea porque el tabaco de primera especial se paga a 14 pesetas; el de primera, a 13; el de segunda, a 11; el de tercera, a 9, y las colas, de 3 a 3,50, entendiéndose por colas las hojas de tabaco que retoñan después de haber sido cortada la planta. En lo que se refiere al algodón, la factoría algodonera de Navalnoral, llamada C. E. P. A. N. S. A., lo suele pagar, normalmente, a 8 pesetas el kilo, de las que cuatro son para el propietario y las otras cuatro para el mediero; pero, para fomentar el cultivo de esta planta, la C. E. P. A. N. S. A. suele abonar a algunos labradores de gran empuje a 21 pesetas el kilo, para permitirles a éstos un beneficio de 17 pesetas por unidad.

EN JARAIZ HAY TREINTA Y UN MILLONARIOS

Considerando todos estos factores, no tiene nada de extraño que en Jaraiz, un pueblo de apenas 8.000 habitantes, haya actualmente alrededor de treinta y un millonarios. Han contribuido a este enriquecimiento, en primer lugar, la fertilidad del suelo. En la Vera, el arroz, ha dado un cien por uno. A un campesino un kilo de arroz sembrado le produjo una cosecha de ciento treinta. En lo que se refiere al tabaco, el primer año de cultivo de las tierras procuradas y alguna de ellas puesta en riego ha proporcionado unos cosechones tan grandes, cuya venta cubría con exceso el valor de la finca. En Jaraiz se cita el caso de un individuo que poseía una fábrica de harina, que vendió por los años de la guerra en 750.000 pesetas, con las que compró una finca cubierta de pinos. Taló los pinos y el terreno lo transformó de secano en regadío. Hoy día esta finca vale veinte millones de pesetas. En terrenos de este tipo, la hectárea, que suele producir corrientemente de 1.500 a 2.000 kilos de tabaco, ha llegado a producir hasta 3.000 kilos.

PLASENCIA, POR DERECHO NATURAL, ES LA CAPITAL DE LA ALTA EXTREMADURA

En el centro de toda esta amplia zona que hemos visitado rápidamente, se encuentra Plasencia, que no solamente, como su nombre indica, es una plácida y dulce ciudad, sino también es un centro económico, un núcleo de vida muy importante y activo, aunque según el censo de 1950 no llega a los 20.000 habitantes, si bien en enero de 1954 los sobrepasa. No sólo cuenta con un pasado glorioso, que es referido en «Las Siete Centurias», y un Obispado ilustre, sino que además se le ofrece un futuro espléndido. No, Plasencia no se duerme en su dulcedumbre, sino que vive dinámicamente cada día, y se adapta al ritmo actual con un comercio creciente, una industria pujante y una emisora de radio que grita durante cinco horas a los espacios su clave de E. E. núm. 7. Plasencia no desea que los acontecimientos que se avecinan fabulosamente grandes en toda la comarca se le echen encima y le sorprenda desprevenida la prosperidad económica que ya se anuncia. No, Plasencia no quiere quedarse chica, y para evitarlo ya ha pedido al arquitecto don Adolfo García de Pablo que le prepare un plan de urbanización y de ensanche para una gran ciudad de no sé si de 50.000 ó 100.000 habitantes, que por el momento, ya prevé un barrio residencial más allá de San Antón, en la parte norte de la ciudad, y una zona industrial al sur, en los alrededores de la estación de ferrocarril, donde se hallan las fábricas de pimentón, el Centro de Fermentación de Tabaco y en donde se levantará en breve una futura fábrica de hilaturas, y todas las industrias que ya se atreve el ingenio y el espíritu de acción plasentino.

La principal riqueza de la comarca que rodea a la ciudad es la ganadería, celebrándose en la misma Plasencia un mercado de ganados el 3 y 17 de cada mes. Pero lo que da acción y vida a la ciudad es un comercio diario



Otra perspectiva de «La Isla»

y los mercados de los martes, al que acuden la gente de la Vera y del Valle a vender sus productos y a comprar cuanto les hace falta, dejándose sus buenos dineros en los comercios. En este mercado es donde todavía se ve a la mujer de Montehermoso, ataviada con su típico sombrero de paja, que lleva un espejuelo y que la ha hecho famosa. Esta mujer cuando va de camino se protege con un pañuelo que le tapa la cara y sólo permite que se le vean los ojos.

Establecimientos comerciales siempre los hubo acreditados en Plasencia. Pero el que más fama tiene hoy día, es el de Pedro Pérez Enciso, que se llama Numanzia y tiene nada menos que tres sucursales en la misma Plasencia, una de ellas con tres pisos. Un caso aparte entre los activos comerciantes plasentinos lo constituye Eloy García Barragán, hijo de un contratista, quien después de gastarse unas 300.000 pesetas en la Plaza Mayor del Pueblo, acaba de abrir una sucursal en Coria, adonde va todas las semanas. García Barragán se ha percatado de la grandísima transformación de la que está atravesando Coria y toda su comarca, y trata de afianzarse antes en las plazas más estratégicas. La misma de Plasencia, si ya lo es, lo será aún muchísimo más, una vez que esté concluido el puente de Montehermoso y se hayan inaugurado los pantanos de «Borbollón» y «Gabriel y Galán» y puestas en riego las 53.000 hectáreas de terrenos de las márgenes del Arrago y del Alagón, con lo que se volcarán sobre los comercios y mercados de la ciudad los naturales de Sierra de Gata, enriquecidos a causa de tan hondas transformaciones.

UNA FABRICA DE HILADOS DE DIEZ MIL HUSOS

No solamente prospera en Plasencia el comercio. Otro tanto sucede con la industria. Desde la Cruzada a esta parte ya se han montado varias en la ciudad. Un lavadero de lana funciona allí desde hace ocho años, las ya referidas fábricas de pimentón y también un Centro de Fermentación de Tabaco, cuyos solares fue-

ron donados gratuitamente por el Ayuntamiento, que recoge toda la producción de la Zona IV, comprendida entre Cuacos, Aldeanueva, Tiétar, Tajo y Portugal, que, en una superficie de 2.500 hectáreas, cubiertas por sesenta términos, produce cuarenta millones de plantas, que se transforman en cuatro millones de kilos de tabaco, por un valor de cuarenta y ocho millones de pesetas. En este Centro, en el que trabajan doscientas personas, se obtienen tabacos oscuros ordinarios y tabacos claros curados al aire.

Todas estas industrias están muy bien, pero la más importante de todas quizá sea con el tiempo la fábrica de hilaturas que se está montando actualmente y que instalará en Plasencia una planta industrial de 10.000 husos, que trabajarán empleando el algodón declarado de libre disposición del agricultor, que es un cuarenta por ciento de la producción total. Esta fábrica hilará de acuerdo con las características del algodón cosechado, hilaturas de carda, con números que variarán de 18 a 40. Según nos informa nuestro amigo Corbo la industria contará con instalación propia de tinte, blanqueo y apresto. Sus husos hilarán unos 800.000 kilos anuales, que se producirán íntegramente en la región una vez que se pongan en riego las superficies previstas con las aguas de los pantanos de «Borbollón», «Gabriel y Galán» y «Rosarito». El hilo producido abastecerá a 362 fábricas establecidas en dieciocho provincias españolas. En esta nueva industria trabajarán 800 obreros repartidos en dos turnos.

LA FACTORIA ALGODONERA DE NAVALMORAL

Descontando Plasencia, en esta región del norte de Cáceres existen numerosas e importantes empresas industriales en diversos pueblos. En Jaraiá prospera una magnífica industria de conservas subsidiarias de la agricultura, que ha alcanzado una elevada autarquía, llegando a producir no sólo

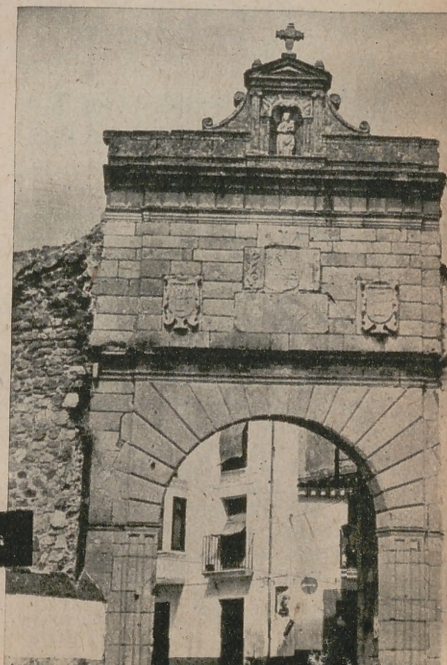
las conservas (el melocotón, pera o cereza), sino también sus envases, desde el bote de lata hasta la caja de madera.

En Navalmoral funciona un Centro de Fermentación de Tabaco, en el que trabajan permanentemente doscientas personas (110 hombres y 90 mujeres), que en campaña se duplican. Desde que se creó el Centro hasta 1938 su cabida fué de tres millones y medio a cuatro como máximo. Hoy tiene una capacidad de fermentación de más de seis millones, que con los nuevos pabellones llegará a siete. Este es el Centro principal de la región, porque tanto el de Plasencia, ya citado, como el de Talavera, que produce un tabaco mohoso a causa del río, sólo son subestaciones, que en Navalmoral me dicen no dan mucho resultado. En este Centro de Navalmoral se hacen experimentos con resultados prácticos. Me indican uno que está dando beneficios. Parece ser que antes colgaban la planta y luego hacían la manilla. Tras diversas investigaciones realizadas se ha comprobado que es mucho más beneficioso hacer la manilla primero y luego colgarla.

En Navalmoral también se halla la ya citada factoría algodonnara C. E. P. A. N. S. A., que recoge el algodón en bruto producido en toda la región para seleccionarlo, limpiarlo, quitarle la simiente y hacer las balas. En esta factoría trabajan cien obreros permanentemente, que durante la campaña se incrementa en un cincuenta por ciento. También en esta factoría se selecciona la semilla. De las semillas se saca aceite y pienso para el ganado, que antes se regalaba, pero que hoy se vende. En Mérida la C. E. P. A. N. S. A. tiene el proyecto de instalar otra factoría para elaborar el algodón producido en la baja Extremadura.

HACE FALTA MANO DE OBRA ESPECIALIZADA

Esta gran transformación por la que atraviesa la Zona Noroeste cacereña no puede llevarse a cabo en su totalidad si en el momento oportuno no se cuenta con



La Puerta del Sol de Plasencia



Las obras del pantano «El Rosarito», visitadas por autoridades. Está a punto de concluirse

los veratos escasean, y además, sus conocimientos agrícolas están siendo superados por las circunstancias. Esto es, todo indica que es muy necesaria y urgente la especialización de la mano de obra de estas comarcas.

A Dios gracias, y a nuestro prevenido Gobierno, esta especialización se ha iniciado ya. En Coria hay una Granja-Escuela de la Obra Sindical de Colonización, que, aunque está en construcción, ya funcionan su internado, los servicios y el campo de deportes. En el pueblo se aspira a que se transforme en un Instituto Laboral Agropecuario. Los de Coria, que no tienen un pelo de tontos, a pesar del tópico, piensan que bien pudiera salir de la actual Granja-Escuela un Instituto modelo y unos estupechos cultivadores de algodón, que, al incrementar la producción de la comarca, beneficiarían en primer lugar su propio término.

Pero mucho más importante que la natural aspiración de los de Coria es la Universidad Laboral de índole Agropecuaria que se va a crear en Naval Moral de la Mata, con un coste de trescientos millones de pesetas, en los terrenos llamados de El Fondón, que poseen unas 1.500 hectáreas, que se transformarán en espléndida vega cuando se inaugure el pantano de «Gabriel y Galán». Esta Universidad albergará en régimen de internado a unos 1.500 estudiantes. Los campesinos de la Vera con los que he hablado no me ocultaban su entusiasmo al hablarme de este Centro de enseñanza, en donde esperan que sus

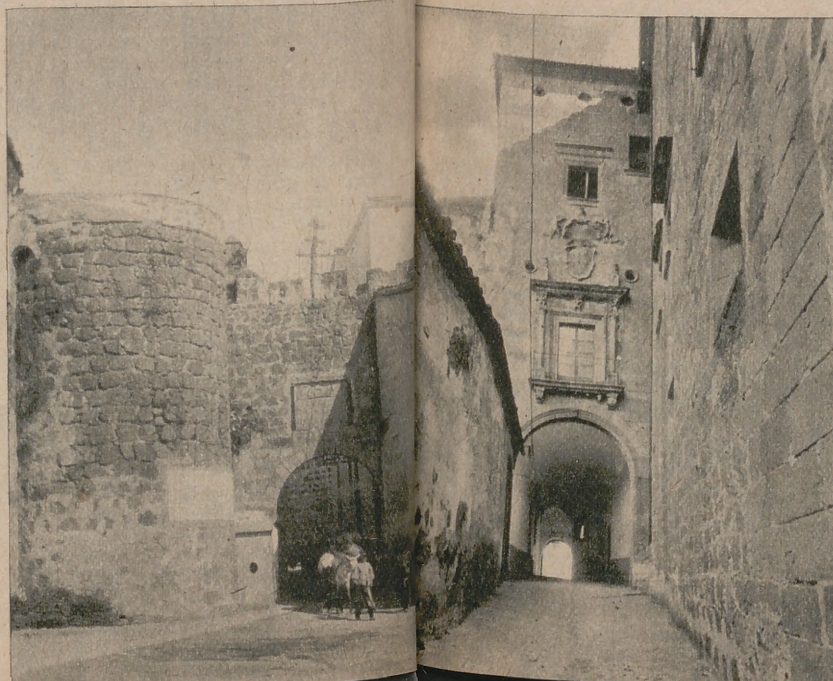
hijos se conviertan en unos magníficos técnicos de la Agricultura española del futuro.

Hasta ahora no lo he dicho; pero de lo que llevo expuesto se desprende que en todos estos pueblos se ha terminado el paro obrero, tanto el permanente como el estacionario. En Coria antes existía un estacionario de cuatrocientos obreros. Ahora, lo que hay es déficit de mano de obra. Abundan muchos veratos, que vinieron al pimentón y que ahora se quedan en los regadíos, pero son insuficientes. Tampoco en Jaráiz existen desempleados, sino todo lo contrario, sobre todo desde abril a julio. En estos meses, en 1953, se pagaron a los hombres jornaleros de cincuenta pesetas y a las mujeres de veinte, y encima se les mantenía. En épocas de plantación y de recolección, se emplean



Catedral de Plasencia

mano de obra especializada. Se están levantando nuevas fábricas, se modifican los viejos sistemas de cultivo, sustituyendo el secano por el regadío e introduciéndose plantas hasta ahora desconocidas por los campesinos de estas comarcas. Para adaptar la mano de obra a los nuevos sistemas de producción, se necesitan Centros y Escuelas de capacitación y especialización. Con el incremento de los regadíos, los veratos, muy duchos en las labores de vega, encuentran muy fácil acomodo en todos los pueblos. Este año en Jaráiz, hubo noventa matrimonios, el noventa por ciento de ellos aparceros, que se fueron a cultivar los nuevos regadíos. Pero ya



Puerta de Berrezana

Rincón del P. Mirabel



Al famoso mercado de los martes en Plasencia acuden labradores y ganaderos de toda la comarca

más de dos mil braceros de otros términos, aparte de los vecinos del pueblo. En Naval Moral, sucede otro tanto.

EL CINE HACE COMPETENCIA A LAS TABERNAS

He dicho que en Jaráiz hay treinta y un millonarios, cuyos negocios marchan de viento en popa; pero tampoco les van mal las cosas a la clase media y al elemento obrero, ya urbano como campesino. El nivel de vida del obrero del campo se ha elevado en Coria en un cien por cien. Un padre de familia con cuatro hijos mayores mete en su casa cuarenta duros al día. Y a esa misma altura se desenvuelven los restantes sectores sociales, tanto en esta vieja ciudad cargada de historia como en la Vera o en el

valle del Jerte. Un claro exponente de esta elevación está en el desarrollo del cinematógrafo y la radiodifusión en toda la zona. Hoy día pocas son las casas que no tienen un aparato de radio. En Coria hay registrados quinientos. En lo que a cine se refiere, antes había en esta ciudad uno que sólo funcionaba los domingos. En la hora presente existen dos que ofrecen programas diarios. En Plasencia, también ha mejorado el nivel de vida y en igual proporción han prosperado los cines. En invierno hay aquí un cine, que cobran la entrada a cuatro y a seis pesetas, y un teatro recién inaugurado. En verano trabajan tres cines, que venden sus localidades a dos pesetas y a cincuenta céntimos. Pero no se crean que la afición al cine vino a desmoralizar la población con sus programas escabrosos. Ha sucedido todo lo contrario, puesto que por costar la entrada tan barata, viene vaciando las tabernas, ya que ningún padre ni hijo de familia aficionado al mosto ha podido resistir la tentación de divertirse durante tres horas por el mismo precio que le cuesta un vaso de vino que se bebe en un decir amén. En Plasencia hubo noches en el pasado verano en que la tercera parte de la población (7.000 personas) estaban repartidas entre los tres cines. También en Jaráiz se han abierto dos cines.

La elevación del nivel de vida y la abundancia de dinero también se observa en la vivienda. Como



Un detalle de la sillería del coro de la catedral de Plasencia

nadie quiere desprenderse de sus tierras y por lo tanto tampoco nadie puede adquirirlas, los que tienen dinero se lo gastan en mejorar sus hogares instalando cuartos de baño y mejorando el mobiliario. Esto es: En la zona alta de la provincia de Cáceres se vive bastante bien. El trabajo no falta, los campesinos se están haciendo ricos y los que se dedican a otra clase de oficios profesionales no viven nada mal, en cuanto que, abundando el dinero éste llega a todos los hogares. Lo único que yo deseo al abandonar la Vera, en uno de cuyos rincónes vivió sus últimos días el Emperador Carlos V, es que con la prosperidad económica se derrame por toda la comarca la tranquilidad espiritual, que es donde, en suma, radica la verdadera felicidad.

Octavio APARICIO LOPEZ
(Enviado especial)

EL CIRCULO DE LA AMISTAD GANO PARA CORDOBA EL TITULO DE MUY HOSPITALARIA

HA CUMPLIDO UN SIGLO DE EXISTENCIA

Una prolongación de los hogares cordobeses

PARA el viajero que viene a Córdoba a ver sus monumentos por una ruta única y con el matiz de los mismos adjetivos o sumergirse en el silencio de sus noches es visita casi obligada el Circulo de la Amistad, que el pasado año cumplió un siglo de existencia. En la fachada del edificio de la calle Alfonso XIII como emblema figuran dos manos entrelazadas. Podía ser también el símbolo de la ciudad, que te da la suya en un apretado saludo. para abrazarle luego entrañablemente y no dejarte marchar nunca, cuando a su cobijo se logra sentir el tópicos de sus «hechizos y embrujos» con la misma novedad y ternura que al enamorado le sueñan las sobadas compañaciones en los versos de amor. Con fruición se estrechan más las manos, en apretón gozoso, desde el año 1911, que el Circulo ganó para Córdoba el título de Muy Hospitalaria, que une a los de Muy Noble y Muy Leal.

El que quisiera encontrarle el pulso a Córdoba a través del Circulo se vería un poco despistado. No es un casino más donde se refleja por sus socios, como trasunto de riqueza, el elemento predominante: industrial, comercial, agrícola, ganadero, que sin querer surge de las conversaciones como preocupación y formación de ambiente, es el Circulo de la Juventud, y ella es la que ejerce insensiblemente su acción en las fiestas como una prolongación de los hogares cordobeses.

SOCIEDAD DRAMATICA DE REPRESENTANTES

El inmueble donde en la actualidad se halla establecido el Circulo es muy antiguo y pasó por muchas vicisitudes. En los salones como en el que hoy se esponjan los sentidos corporales en pinturas alegóricas representados y con símbolos que evocan las plácidas tomas de agua en balneario o el predomnio abrumador del hierro fundido; a través de los patios con farolones venecianos, estanques con peces de colores y rejias donde el jazmín, la dama de noche y el nardo trascienden a un ambiente por el que el humo del pitillo se eleva en el buen tiempo sin temblores; por las galerías, en fin, con pinturas de Julio Romero de Torres, entre los arcos y colum-

nas de los claustros escaparon ayes de dolor y rezos, pues fué hospital en el siglo XV, para ser convento luego. Y cuando el rumor de oraciones y las silentes andaduras monjiles de recoletas agustinas desaparecieron del convento de las Nieves con la excaustración, tres siglos largos después, acabó en lo que acaban aquí casi todos los grandes caserones; llenándose no de fantasmas y de tragos, sino de geranios, castañuelas y risas: en una casa de vecinos. Una sociedad dramática de representantes tuvo como sede el templo conventual. Allí, al amor del púlpito y restos de altares, jóvenes cordobeses declamaban y encarnaban personajes, transportando a su origen el teatro que surgió a la sombra de los muros de las iglesias y al calor sagnado de los «misterios» y «pastorales».

FUNDACION DEL CASINO CORDOBES

Esta sociedad de jóvenes representantes arrendó el «templo» al que en su origen se llamó Casino Cordobés, fundado la víspera de Nochebuena de 1853, en un café cuyo dueño o empresario se llamaba Puccini, situado en lo que hoy es calle de Ambrosio de Morales, por un grupo de amigos presididos por el juez don José Miguel Henares. Hoy su nombre, abrumado y empedregado, figura entre los de Séneca y Lucano, que con la pléyade de hijos gloriosos de la «casa de guerrera gente y de sabiduría clara fuente» ocupan los medallones que resplandecen bajo la cornisa de la sala de fiestas. Vivieron los del Casino cordobés en buena armonía y vecindad con los jóvenes representantes dos años, hasta febrero de 1856, en que, ya con la denominación de Circulo de la Amistad, se funde con el Liceo de Córdoba, con sus tres secciones: Dramática, Lírica y Literaria, para conservar el doble nombre de la fusión.

REGIAS VISITAS Y DESFILE DE PERSONAJES

Todo lo que en Córdoba sucedió a partir de la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días, la historia cordobesa toda, pasa y toma como marco para su mejor expresión o relieve el Circulo de la Amistad; su sala de fiestas, donde los lienzos de Rodríguez Losada han plasmado

Regias visitas, despedidas y recibimientos a nuestras fuerzas en las guerras coloniales - Veladas poéticas y literarias del siglo XIX

Del homenaje a Isaac Peral hasta el de Mr. Fleming

asuntos cordobeses: la entrevista de Cristóbal Colón, en Córdoba, con Isabel la Católica; la escena en que el Gran Capitán reza ante el cadáver del duque de Nemour después de la batalla de Ceriñola; el desposorio del rey don Enrique IV con doña Juana de Portugal; la notificación de la sentencia de muerte a Séneca; la resistencia a la irrupción de los árabes invasores en el templo principal de San Acisclo; los jóvenes Acisclo y Victoria camino del martirio en la Córdoba romana; la vuelta de Almanzor enfermo después de la batalla de Calatañazor; Boabdil, prisionero en la batalla de Lucena, ante la presencia de don Fernando el Católico. En esta sala de fiestas, como tribuna o como retablo, han desfilar cuantos personajes han intervenido en la vida cordobesa y se han celebrado los actos más importantes para la ciudad. En el Circulo tiene el Concejo Municipal y las entidades más representativas su propia casa y es en el Liceo donde los cordobeses que triunfan reciben el homenaje de sus paisanos. Por sus patios y jardines luce su belleza la mujer cordobesa en los bailes de trajes y solemnidades.

La España conmovida del año 1859, cuando los soldados españoles defendían el honor de la Patria en los campos africanos, encuentra su reflejo de exaltación patriótica en el Circulo de la Amistad, que prepara una recepción digna al jefe de los Ejércitos de Africa y celebra solemnemente, unos meses después, la toma de Tetuán. Visita regia a Córdoba en septiembre de 1856, y el Circulo celebra brillante recepción de Isabel II y sus hijos, sien-



El doctor Fleming, con sombrero cordobés, en el Circulo de la Amistad



Un banquete y una fiesta andaluza en el Círculo de la Amistad. Toda la historia cordobesa de un siglo ha tenido aquí resonancia y palpito



do también la fiesta mayor allí cuando años más tarde visita Córdoba, ya coronado, Alfonso XII.

Es también en ese lujoso salón, con su decoración de espejos que copian los brillantes uniformes y condecoraciones, donde se solemniza otra visita regia. La de Alfonso XIII, que llega a Córdoba el 23 de mayo de 1922, en las vísperas de la Feria de la Salud, y se le ofrece una comida de gala. A los postres, el Rey pronunció un discurso de gran alcance político, que es calificado de anticonstitucional. Don Alfonso, según refiere el inteligente y culto cronista de la ciudad, José María Rey Díaz, se lamentó del mal de entonces: de la inconstancia ministerial ante los planes y proyectos para España. Los periódicos locales no pudieron publicar íntegro el discurso. La publicación literal fué vetada por La Clerva, que venía de jornada en la regia visita.

Todavía se recuerda en Córdoba el desquite que recibió un ministro de los primeros gobiernos de la República de 1931. Fué a visitar la caseta que el Círculo tiene en el paseo de la Victoria el primer día de Feria de Mayo, y la gente, al rumor de «Vámonos, vámonos todos», lo dejaron con las autoridades que lo acompañaban y los músicos, que tocaban sus instrumentos para disimular...

Regias visitas, despedidas y recepciones a las tropas expedicionarias en la etapa desgraciada de

nuestras guerras coloniales, homenajes, conciertos, conferencias y exposiciones de pintura recogen el ambiente de un pasado que sólo relativamente puede considerarse tranquilo: en lo que de cordobesa tiene la inquietud que va de la bomba fabricada con botas de conserva o alcuza vieja a la bomba atómica.

EL INVENTOR DEL SUBMARINO Y EL DESCUBRIDOR DE LA PENICILINA

Lo que debió ser, salvando la distancia, la visita del inventor del submarino a Córdoba, el entusiástico homenaje a Isaac Peral en el Círculo de la Amistad, se puede evocar comparándolo con el que al descubridor de la penicilina se hizo no hace muchos años. Autoridades y pueblo participaron en el de Mr. Fleming con el más expresivo reconocimiento, al que contribuyó a hacer inocuas casi enfermedades antes graves. Durante el banquete en el patio de las columnas, en las conversaciones entre comensales brilló chispeante el ingenio y gracejo cordobeses, como si se hubiera desterrado la muerte de la tierra, sobre el tema del antibiótico. La anécdota del bocado, etc. Algo así debió mantener viva la alegría en la comida ofrecida a Isaac Peral. Este pueblo noble, de sabios y guerreros, que ha dado al universo las más grandes figuras «tanto en plumas como por espadas», según expresa Góngora, haría cábalas sobre los viajes debajo del agua, por

las profundidades del mar, chistes al oído, un poco incrédulo en aquella Córdoba que, como todas las provincias, se sumía en cansancio y no hacer nada. Isaac Peral, nuestro gran marino, como luego Mr. Fleming, quedaron captados por Córdoba, por el «hechizo y embrujo cordobés» de la ciudad, hasta colocarse, como máximo orgullo, el sombrero de ala ancha, el sombrero que convierte en cabezas andaluzas las testas de esos emperadores romanos que se ven por ahí todos los días, como arrancados de los mármoles de los palacios y museos.

ORADORES, POETAS Y MANTENEDORES

En el salón principal también se celebraban los Juegos Florales. El año 1869 fueron los primeros, para repetirse muchos años luego. Los premios se entregaban la víspera de la Feria de la Salud y casi siempre en ese salón. En él sonó la palabra de Juan Valera y pronunciaron conferencias, entre otros el almirante Cervera, Ortega Munilla, etcétera, actuando como mantenedores de Juegos Flores José Canalejas, Blanco Belmonte, Rodríguez Marín, José María Peman. El poeta Grilo recitó sus versos sencillos y armoniosos con un arte de declamar que sólo era superado por Zorrilla. Grilo, que tenía una simpatía arrolladora, mantenía el interés de las veladas en aquellas tertulias, prolongación de las literarias que estuvieron de moda en toda España, como la que un gobernador civil, en el año 1854, intentó convertir en Ateneo, para lo cual abrió un salón del propio Gobierno Civil agrupando a aficionados a conferencias y recitales. Más tarde, cuando el Ateneo llegó a adquirir preponderancia, fué asimilado por el Círculo de la Amistad.

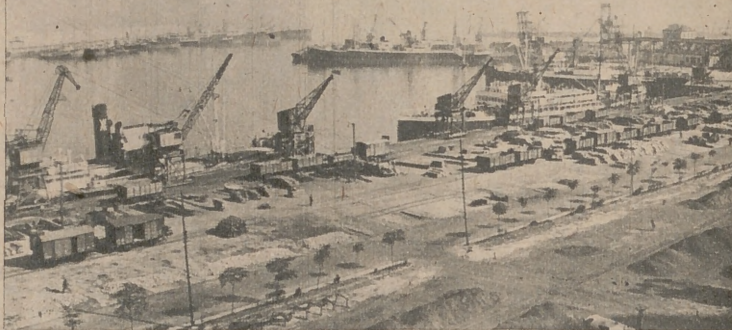
LA PEÑA CAMPERA

No sólo las bellas artes han sido en el Círculo exaltadas; en su seno se albergaron y estimularon peñas y reuniones de cultivadores de la caza o aficionados a los toros. La Peña Campera posee excelentes trofeos venatorios, cuadros y fotografías, referencias escritas, premios y diplomas que recuerdan memorables partidas cinegéticas y monterías sonadas. En otra habitación se exhibía hasta hace poco en vitrinas reliquias y trofeos de la fiesta brava.

Una aceptable biblioteca, bar y excelente repostería hacen del Círculo un envidiable refugio durante los rigores del verano bajo los amplios toldos que cubren el patio y el claustro, mientras en la noche los jardines y patios interiores remansan el encanto de la ciudad con su silencio y perfume, hasta que la juventud los llena de risas y alegría en las fiestas y conmemoraciones o llega un personaje y acude entonces lo más calificado y representativo para hacer honores al lema y al emblema de la amistad, de la hospitalidad, como una de las cualidades mejores de la gente cordobesa, la más laboriosa y diestra.

Pedro ALVAREZ

LA CAPACIDAD DEL CONSUMO, CLAVE DEL NIVEL DE VIDA



La superproducción norteamericana beneficiará la economía de los países europeos

EL Jefe del Estado español se ha referido, en su mensaje de fin de año, a la movilización de la capacidad de consumo del mundo de fuera del «telón de acero» como solución para resolver el importante problema de superproducción, de excedentes y de falta de mercados que se advierte en la nación—hoy por hoy, la única—rectora y directora de la economía mundial.

Que aumente la capacidad de consumo de un individuo, bien sea considerado como ente singular, bien esté integrado en el seno de una comunidad, quiere decir que se ha de verificar un aumento de las disponibilidades del individuo en cuanto se refiere a la adquisición de bienes de consumo o al empleo de un mayor contingente de servicios. El aumento de capacidad de consumo es, en otros términos, el aumento de capacidad de compra. La capacidad de compra de un individuo viene medida por la cantidad de renta monetaria que puede emplear en procurarse medios de subsistencia, de vestido, de vivienda, de cultura y de diversión. Si el individuo gana bastante cantidad de dinero y en el mercado existen, a precios asequibles, un gran número de artículos dispuestos a ser adquiridos por el comprador, aquel individuo tiene una gran capacidad de compra. Si por el contrario, si carece de dinero o lo posee en menor grado, su capacidad de compra, lógicamente es menor. Pero si, por cualquier circunstancia especial, este individuo recibe dinero, recobra su anterior posición y, por tanto, continúa en poder del elevado nivel de vida que gozaba anteriormente.

Los países económicamente menos fuertes son como el individuo carente de dinero: no pueden comprar, no pueden consumir nada más que lo estrictamente necesario, no pueden aumentar su nivel industrial, ni su producción, y no pueden, tampoco, alcanzar un elevado nivel de salarios en favor de la población trabajadora. Esos países tienen una capacidad de consumo mínima impuesta por

la falta de renta monetaria o de crédito que les impida comprar en la medida de sus racionales necesidades. Tales países, si quieren alcanzar unas nuevas condiciones de vida en un plazo relativamente corto, tienen que ser ayudados por fuerzas económicas exógenas que contribuyan a crear, en ellos, nuevas fuentes de riqueza.

Esta fuerza económica exógena en el mundo de hoy se llama Norteamérica.

EL BILATERALISMO ES PERNICIOSO

Uno de los fenómenos que han contribuido más a impedir este aumento de la capacidad de consumo ha sido el bilateralismo que ha imperado en el comercio exterior de los países después de terminada la última guerra mundial. La esencia del bilateralismo consiste en vender una determinada cantidad de garbanzos para comprar otra determinada cantidad de trigo, a un precio de cambio acordado, pero sin que medie moneda alguna: es decir, el trigo se paga con los garbanzos y los garbanzos se pagan con el trigo. En donde ponen garbanzos y trigo, léase maquinaria, abonos, aceite, etc., y tendremos el ciclo completo del comercio exterior en régimen de «clearing» o en régimen bilateral. Este régimen rígido de comercio no solamente no mejora la balanza de pagos, sino que empeora la relación real de intercambio con el extranjero. En el comercio exterior no han de existir más trabas y limitaciones que las naturalmente establecidas por las fuerzas que dirigen el mercado. Para las economías de los pueblos, el régimen de «clearing» no puede ser más perjudicial ni más desesperanzador.

En efecto, en un país esencialmente agrícola que tiene condicionada su cosecha a las favorables o adversas condiciones climatológicas que en el año agrícola se hayan producido, al funcionar el régimen de comercio bilateral se cambian alimentos por alimentos o alimentos por manufacturas. Si los años de cosecha son normales, este proceso puede cum-

plirse con una relativa holgura, pero si la cosecha es floja, no se verifica más que un cambio de alimentos por alimentos, quedando reducida la segunda operación a la nada, so pena de verse condenados al racionamiento y a la escasez. Así, de la bondad o maldad de la cosecha depende no sólo el nivel alimenticio del país, sino las posibilidades de industrialización del mismo. Además, el comercio exterior y su estructura han de amoldarse al resultado agrario, siguiendo la ruta que éste les marque. Por tanto, esta consideración puede extenderse a aquellos países de constitución económica agrícola, que son la mayoría de Europa, la condición previa y primera para acometer un proceso de industrialización es elevar la producción de los campos. Si esto no se cumple nos encontramos en el anterior caso de reducir la importación de materias primas y manufacturas, toda vez que las disponibilidades agrarias para la exportación han disminuido en considerable cantidad y no se puede sostener el ritmo deseado en la importación de utillaje destinado a renovar la industria, a establecer nuevos tipos de ella o a mejorar la ya existente.

La solución para estos países de economía fundamentalmente agraria está, como ha dicho el Jefe del Estado español, en que una amplia y generosa concesión de créditos por parte del extranjero permita mantener las importaciones de manufacturas y materias primas a pesar del aumento en la importación de productos alimenticios.

LA CAPACIDAD DEL CONSUMO TIENE QUE AUMENTARSE

Al facilitarse un empréstito o un medio de pago a largo plazo y bajo interés, se aumenta la capacidad de compra en el país a que tal empréstito va destinado. Naturalmente, este empréstito puede no ir dado en dinero: dólares, por ejemplo, sino que también puede ir dado en maquinaria, productos manufacturados,

—alimentos, etc., etc. Si va dado en dinero se aumenta la capacidad de compra y, por tanto, la capacidad de producción. Si va dado en manufacturas, maquinaria y materias primas, se aumenta la capacidad de producción. Al aumentar la capacidad de producción de un país aumenta la capacidad de consumo del mismo y aumenta, por tanto, su nivel de vida. Es evidente que al haber mayor cantidad y mejor calidad de productos en el mercado, el individuo, si cuenta con medios para ello —que los cuenta, puesto que el aumento de la capacidad de producción trae como consecuencia un aumento del empleo y un aumento del nivel de salarios—, compra más y nuevos productos que, de acuerdo con los avances de la técnica en el terreno industrial, le hacen más llevadera la existencia si el hombre no es optimista por naturaleza. Al aumentar el nivel de vida se crean nuevas necesidades que hay que satisfacer y, por consiguiente, vuelve a aumentar la producción y la capacidad de consumo, como aneja consecuencia.

Otra derivación del préstamo monetario o de la cesión de parte del excedente de la producción de un país fuertemente industrializado a otro económicamente débil, es el aumento de capital productivo y, desde luego, el aumento de la productividad. Al racionalizarse y modernizarse los medios mecánicos de la producción, en virtud de la cesión de nueva maquinaria, se obtiene una mayor eficacia en la producción, es decir, aumenta la productividad de la mano de obra, aumenta la cuantía del salario y aumenta, como resultado lógico, la capacidad de consumo.

LA SUPERPRODUCCION DE NORTEAMERICA ES GIGANTESCA

No existe, hoy por hoy, ningún país como Norteamérica en condiciones capaces de abolir este bilateralismo de comercio internacional que todavía reina en el mundo y lanzar sus excedentes de producción a los mercados europeos en favorabilísimas condiciones de pago. Se crearían con ello nuevas fábricas, nuevas fuentes productoras de riqueza que permitirían, en un no lejano plazo, saldar las obligaciones que se pudiesen haber contraído.

Con respecto al año 1948, Estados Unidos ha aumentado su producción industrial en un 4 por 100 en el año 1950, en un 15 por 100 en el año 1951, en un 21 por 100 en diciembre de 1952 y en un 26 por 100 en junio de 1953. Como puede observarse del examen de estos índices, la producción industrial norteamericana sigue una marcha ascendente. Hoy se advierte una gran superproducción en casi todos los productos. Los mercados americanos están totalmente abastecidos y los fabricantes, muchas veces, tienen que vender a bajo precio cuando no pueden exportar.

Estados Unidos es el país que produce mayor cantidad de hulla del mundo: 40 millones de toneladas al mes, mientras que Inglaterra, que es su más inmediato seguidor, no pasa de los 20 millones de toneladas mensuales.

Estados Unidos es el primer productor de petróleo bruto: 25

millones de toneladas al mes por término medio, mientras que Venezuela, segundo en la lista, no llega a los nueve millones de toneladas mensuales.

Treinta y ocho mil millones de kilovatios hora se produjeron en el mes de julio de 1953 en los Estados Unidos; en el mismo mes, en Alemania fueron 4.746 millones; en Canadá, 5.181 millones; en Francia, 3.094 millones; en Japón, 4.045 millones, y en Inglaterra, 4.489 millones de kilovatios hora. La diferencia es, desde luego, fantástica.

Pero sigamos con otros productos. Dieciséis millones de toneladas de mineral de hierro, con un contenido metálico aproximado del 50 por 100, se extrajeron en los yacimientos de los Estados Unidos en el mes de julio pasado; el primer país que le sigue es Francia, con tres millones seiscientos ochenta y tres mil toneladas en el mismo mes y con un contenido metálico de sólo el 33 por 100, aproximadamente.

En la producción de hierro, fundición y aleaciones ocupan los Estados Unidos, igualmente, el primer lugar: cinco mil millones de toneladas al mes, por término medio, es la producción norteamericana. Luego está, la más próxima, la de la Trizona alemana, con un millón de toneladas mensuales.

La producción de acero marca la supremacía industrial de una nación. Estados Unidos fabrica en un mes nueve millones de toneladas de acero en lingotes y moldeado; Francia, Alemania e Inglaterra, apenas llegan al millón mensual, y los restantes países, salvo Japón, que roza las quinientas mil toneladas mensuales, no rebasan las doscientas cincuenta mil.

En el cemento ocurre lo mismo: cuatro millones de toneladas mensuales son de los Estados Unidos; el primer país que le sigue es Alemania: un millón de toneladas.

En cuanto a la producción de cereales, las estadísticas son análogamente abrumadoras.

La producción por habitante es, en los Estados Unidos, mucho mayor que en cualquier otro país, sea cual sea el producto y sea cual sea la nación con la que se compare. Ocurre, a la vista de las anteriores cifras, que Norteamérica tiene forzosamente que exportar y que conquistar otros mercados.

Este es el gran momento histórico para Norteamérica: la apertura al comercio universal de inmensas zonas anulando los bilateralismos que han existido hasta ahora; la creación de nuevos mercados para su superproducción y ese impacto en la guerra fría que, estableciendo una tregua en las divisiones y rivalidades, marcaría una fuerte y definitiva victoria.

EL PELIGRO DE INFLACION ES MUY LEJANO

Queda, por último, referirnos al peligro, por algunos señalado, de una posible inflación en virtud de este río de dólares que podrían facilitar los Estados Unidos con destino a la elevación del nivel de vida de algunos pueblos de Europa.

El peligro de inflación es, sin embargo, muy lejano. En tiempo de paz, y bajo condiciones que

permiten a la vida económica funcionar libremente, teniendo la iniciativa privada su justo papel, la condición para que un proceso de inflación se pueda iniciar es, por regla general, que las expectativas de rentabilidad de los empresarios sean tales que éstos encuentren ventajoso ampliar la ocupación y que la Banca esté dispuesta a financiar este aumento. Pero también se requiere que la mano de obra esté ocupada de tal manera que la mayor demanda de trabajo conduzca a un aumento de salario y que este aumento no tenga su contrapartida en aumento de productos reales, de forma que al disponer la totalidad de los individuos de una cantidad mayor de numerario para el consumo ejerzan una presión sobre los precios. Esta presión, de tipo alcista, desvaloriza la moneda. Se produce un mayor beneficio en los empresarios, lo que constituye un aumento en los salarios. En efecto, al haber un gran beneficio en las empresas, éstas se disputan los obreros; como la masa trabajadora está totalmente empleada, lo único que consiguen es una nueva elevación de salarios, sin su correspondiente aumento en la producción. Se provoca entonces un proceso acumulativo peligrosísimo, semejante al rodar de una bola de nieve que fuese haciéndose cada vez mayor.

Sin embargo, cuando el aumento de renta monetaria su contrapartida en el aumento de bienes y servicios, no solamente desaparece el peligro de inflación, sino que, como consecuencia del aumento de salarios, se aumenta el consumo, el cual estimula, a su vez, la producción y este estímulo lleva a exportar más e importar menos, llegándose al mejoramiento deseado del nivel medio de vida.

No existirá tal peligro, pues, siempre que no haya desequilibrio entre la cantidad de dinero y la cantidad de bienes y servicios producidos. Al establecerse una justa distribución de los excedentes o de la maquinaria recibida de tal manera que conduzcan a un aumento de producción real y tangible en el país que los recibe, el peligro de la inflación no existe. Y esta es la misión actual de la Norteamérica económica.

José María DELEYTO

LA NIÑA QUE JAMAS CRECIO

Por PEARL S. BUCK

«La niña que jamás creció», el impresionante relato de la novelista norteamericana Pearl S. Buck, que hemos publicado recientemente en las páginas de EL ESPAÑOL, será en breve puesto a la venta por la

EDITORIAL PLANETA

EL BIDASOA

UN RIO TRILINGÜE

Dónde nació Carmen la Cigarrera.—Las brujas bidasotarras iban a Terranova a hundir los barcos bacaladeros.—Agotes, cascarotes e ijitias



EL río Bidasoa es un maravilloso río balcánico transplantado al país de los eusqueldunes en la época imprecisa que inmigraron los mitos orientales y vinieron a mezclarse y confundirse con los autóctonos.

El Bidasoa es un río trilingüe y en sus crillas se han dado cita los pueblos más raros y más despreciados del mundo: los agotes, los cascarotes, los ijitias, junto a españoles, franceses e ingleses (fué inglesa la zona que hoy comprende el País Vascofrancés, con exclusión de Benabar = Baja Navarra, es decir, Baxa Navarra, o Navarra Boscosa, de bax o baso: basque). Situado en el camino de Santiago, fué vado de romeros, frontera de Castilla con Francia, vereda de invasiones. Por aquí pasaron todas las razas, todos los pueblos y en las orillas del Bidasoa se ha producido el caso más asombroso de no asimilación.

No hay una parcela de territorio vascongado tan euskara como la que riegan el Bidasoa, sus afluentes y subafluentes; ni en Francia ni en España vi unos perfiles raciales más puros ni encontré tierra donde se hable un vascuence mejor. Hay que tener en cuenta que en esta zona el euzkera ha sido empujado por los tres idiomas más difundidos: el inglés, el castellano y el francés. Sin embargo, para buscar significaciones toponímicas, para hallar el vocablo en toda su pureza, sin latinizaciones, ningún país tan adecuado como el Valle de Baztán, la región vascofrancesa

de Laburdi y desde Endarlaza al mar.

Río de pelotaris, de dantzaris, de versolaris, de músicos, de molineros... Donde la tierra vascongada produce su más selecto material humano femenino... Río de maitagarris, de sorguñias, de agorres, de aquellarres, de religiones inverosímiles, de idioma difícilísimo, país saltarín, alegre, contradictorio.

El Bidasoa nace llamándose Bidasoa en el pico de Lesote, en la misma frontera, y tal vez por esta causa ha sido siempre un río buen contrabandista, e inmediatamente de haber nacido recibe asistencia de arroyos y regatos cuya filiación euskeldune es imposible poner en duda. He aquí los nombres de estas corrientes: Mustancelay, Ainciza, Zapegui, Necaiardejoa, Iñabegui, Elorrieta, comendi, Chouritza, Abraki, Astate y Ausa.

Al llegar a Gorostaple, en Errazu, se hace saltarín, como un espatanzari, en las cascadas de Shirroshin, y poco después de efectuadas sus cabriolas de múltiple vascongado al son del chistu de la música de su propia agua se le une el Aranea, que desciende de Bustancelay, y lo mismo que en las cascadas shorroshinarras lo hiciera, se entrega a juegos y fantasías, cambiando de una manera brusca la dirección que parecía lógica que siguiese.

Se aproxima a las severas casacas torres de Arizkun, pero porque no le contaminen los agotes del barrio maldito de Bozate, de

Zona del Baztán Zubi, nombre que recibe el Bidasoa en Valle Baztán

nuevo traza otra curva, en la que recoge los regatos—que en Valle Baztán no son regatos, sino regatas—que descienden de los picos de Otxondo, los de Garramendi y Alcorruz y el Achida, y al presentarse en Elizondo ya es un gran río. Pero ha perdido su nombre de Bidasoa (para recibir el de Baztán o Baztán Zubi), que recuperará en cuanto abandone el valle, y así al llegar a Vera no será esta población Vera del Baztán, puesto que no está enclavada en dicho territorio, sino Vera del Bidasoa, y Bidasoa continuará llamándose el río en Endarlaza, límite de Navarra con Guipúzcoa, en la isleta de los Faisanes y en su desembocadura entre Hendaya y Fuenterrabía (Ondarrabía, y no Fuenterrabía, que significa Camino de Arena).

Todavía en tierra navarra, el Baztán Zubi, o Bidasoa, deja en su margen derecha a Garzain, Irurita, Arayoz y Mugaire, entre cuyos caseríos ha pasado dando saltos de desniveles, entretenándose con dibujos de meandros caprichosos e incorporando a sus aguas las de las regatas de Achuela, Azpilicueta, Urrasuen, Legate, Lecaroz, Arcesi, Ernazabal, Belate, Ciga y Garzain, y por Bertizarana, dejando atrás el poético Zocoar (Rincón Oscuro), atraviesa Bertiz y Navarte, Oyaregui, Legasa y Zumbilla, anexionándose las regatas de Elgorriaga, Golbayalarre, Ezcurra, Ciberia, Maldicoerreca, Ollín, Arrazu, Zubiaga y Zuteagar.

De las Cinco Villas de la Montaña, que son Vera, Lesaca, Yanca, Echalar y Aranaz, solamente pasa por una, por Vera, y por los términos de otras dos, enriqueciendo su caudal con el de las regatas de Yanca y con las de Otxain en la jurisdicción de Echalar, allí donde nació la andaluza Carmen la de Merimée, que no era sevillana, sino vascongada de la montaña navarra, y su idioma de cuna era el vascuence, adoptado por los ijitias de una y otra vertiente del Bidasoa.

Carmen la Cigarrera, que llegó a Sevilla, hecho el aprendizaje de contrabandista en las mugas de Francia, una proscriba, una maldita, a la que en Echalar no hubiesen permitido que se domici-



Unión del Endarra Ericu con el Bidasoa, en los límites de Guipúzcoa y Navarra

liara dentro del pueblo, en el que no habría encontrado fácil ni siquiera el acceso a la iglesia, pues le hubiesen obligado a entrar por otra puerta distinta a la que utilizaran los vascoagados y a usar «la mala» aguabenditera.

Carmen, la jittia, cuyos parientes todavía podrían ser identificados en Ispure y en Saint Palais, y, posiblemente, junto a las «casarotas» de Ciboure.

El Bidasoa, una legua escasa más allá de Vera, no se convierte en río fronterizo, como se dice, en el mismo puente de Endalarza, sino un poquito más arriba, en el lugar denominado Chapitelacoarria.

Su recorrido, de noventa kilómetros, es muy accidentado desde su nacimiento hasta los límites de Guipúzcoa con Laburdi, transformándose, al llegar al citado punto de Endalarza, en un río tranquilo y majestuoso hasta Ondarrabia y Hendaya, poblaciones que separa, poco después de haberse abierto en dos brazos que dejan en el centro la isleta de los Faisanes.

LAS PELIGROSAS DAMAS DEL BIDASOA

Mucho antes de que Carmen la Cigarrera envolviera en la pared de tela de araña a don José y sus amores fuesen tarareados con música de ópera en los escenarios, ya las damas nacidas en las orillas del Bidasoa se habían mostrado como maravillosas artesanas en la labor de enamorar a los hombres y conducirlos por los caminos que a ellas les eran gratos.

Posiblemente esta facultad para el enamoramiento la recibirán de sus paisanas, las maitagarris, que en la ribera de este mismo río encantaban a los mozos de las dos vertientes pirenaicas, rubias ninfas que antes de ser hadas fueron sirenas y que por la desembocadura de la corriente baztanesa entraron hasta Vera y Elizondo, donde pusieron en práctica su magia blanca, su buena hechicería.

TAMBIEN LA ORILLA DE RECHA ES ESPAÑOLA

Desde Chapitelako Arria hasta su desembocadura, el Bidasoa solamente recorre trece kilómetros, y en dicho recorrido sus aguas fueron constantemente objeto de litigios, uno sostenido contra el reino de Navarra por la guipuzcoana — castellana — Fuenterrabía, asentando su derecho en un decreto dado por el Rey de Castilla en 1203, se fijaban sus límites en un punto tan sometido a polémica como «hasta donde alcanzaban las mareas más altas».

De Alfonso VIII se ha escrito mucho de sus guerras con los moros, pero muy poco de sus incursiones en Francia en sus luchas contra Inglaterra, a quien entonces pertenecía Guiena—Aquita-

nia— incursiones y victorias que le proporcionaron el dominio de las dos orillas del Bidasoa en la parte que hoy es límite entre Guipúzcoa y Laburdi, y entonces fué cuando dió a Fuenterrabía su carta puebla, señalándoles los límites de la siguiente manera:

«Dono etiam vobis et concedo istos términos suscriptos: videlicet de ribo de Oyarzun usque ad ribun de Fonterrabia.»

Con lo que Fuenterrabía limitaba con Inglaterra, pero las dos orillas del río eran guipuzcoanas, hasta que el conde de Foix entró en tierra de Laburdi, en 1451, y acabó con el dominio inglés, que había durado tres siglos, y apenas los franceses se establecieron en el País Vasco transpirenaico reclamaron que la frontera fuese el centro del Bidasoa, a lo que se opusieron tenazmente los guipuzcoanos.

Don Serapio Múgica escribe que «en la zona que se extiende por la otra orilla del Bidasoa el señor de Urtubia obtuvo del Rey de Inglaterra, en 1341, autorización para construir, sobre el camino de España, un castillo de piedra con murallas y fosos, porque no existía otro a tres leguas de aquel lugar, y a fin de proteger esta parte de la frontera contra los ataques del enemigo.»

A tres leguas no había un solo castillo y posiblemente ninguna otra clase de edificaciones. En 1448 no existían en Hendaya más que dos casas, las de Iturriaga (lugar de la fuente) y Echeverri (que debía ser posterior a la primera, pues Echeverri significa la Casa Nueva).

Los habitantes de Fuenterrabía eran los únicos que tenían derecho de pesca y atraque en ambas orillas del Bidasoa. Nuestro calumniado Rey Enrique IV les sostuvo en sus derechos, y los ondarrabiarras destruyeron a cañonazos toda fortificación o edificación que los franceses pretendieran alzar en la orilla derecha.

Por fin, en 1856, se ratificaron los tratados por los cuales los habitantes de Hendaya tenían derecho a medio río, por lo que abonaron a los de Fuenterrabía 19.184 francos. De derecho se reconocía una situación que, de hecho, había quedado establecida cuando tuvieron lugar los desposorios de Felipe IV con Isabel de Borbón y Luis XIII con Ana de Austria. La princesa española llevaba como dote para la Corona francesa medio río Bidasoa en los trece kilómetros del límite con Navarra hasta el mar. La princesa francesa se presentó en la isla de los Faisanes con las manos vacías.

Este regalo se lo hacía Felipe III al Rey francés al casar a su hija con el Delfín. Distinta la conducta del Soberano de la casa de Austria de la de Enrique IV, que no se contentó con desembarcar en la orilla derecha del Bidasoa, sino que continuó ade-



lante hasta «cuanto mojaba la corriente», como territorio que era de su Estado de Guipúzcoa.

Don Antonio Cánovas del Castillo escribió lo siguiente:

«Como la respectiva entrega de princesas se hizo en el centro del río, reinando en España Felipe III, quedó en realidad, desarmado el Gobierno español para pretender otra cosa de allí en adelante. Así fué que, al negociar la paz llamada de los Pirineos, don Luis de Haro no se curó ya más, sino de que la mesa sobre la que habían de hacer sus apuntes Mazarino y él descansase sobre la mitad estrictamente repartida de la isla de los Faisanes, a fin de que no pareciese que trataba de paz fuera del propio territorio un ministro español.»

Y añade:

«Pensar, pues, con todo eso, que en 1856 fuera posible volver atrás y hacer buenas las antiguas reclamaciones de Irún y Fuenterrabía era un imposible.»

Ciertamente, hubiera sido una tontería oponerse, aunque no tan grande ni tan antipatriótica co-

Caseros en Elizondo



Casero en las orillas del Bidasoa



Tipos populares de Laburdi y Behobia



mo que una princesa llevara como dote un retazo, aunque fuese pequeño, del territorio nacional.

Todas las pruebas favorecían el derecho de España a la orilla derecha, y, entre otras, don Serapio Múgica señala seis de importancia:

Primera, que Fuenterrabía, y no otro pueblo alguno, cobraba en la lonja situada en la ría los derechos de todas las mercaderías que entraban y salían en el puerto. Segunda, que los vecinos de Fuenterrabía ponían los «demanes» y balizaje en el puerto. Tercera, que desde tiempo inmemorial tenía Fuenterrabía la nasa pesquera, que atravesaba de parte a parte la ría, descansando en la orilla que hoy es de Francia. Cuarta, que la justicia ordinaria de Guipúzcoa era la que entendía en los delitos que se cometían en la ría. Quinta, que la misma provincia tenía el monopolio de las barcas de Behobia para el paso de gentes; y sexta, que la entrevista de los Reyes Enrique IV de Castilla y Luis XI de Francia, en 1463, tuvo lugar en la orilla derecha, como territorio neutral.

Conclusión: Que la villa francesa de Hendaya está edificada en territorio español, porque una gran franja de la población es Guipúzcoa y no Laburdi.

LOS CONTRABANDISTAS NO SON VANIDOSOS Y PREFIEREN PERMANECER EN EL ANÓNIMO

Las orillas del Bidasoa son cantarinas y bailarinas desde que nace hasta que muere el río. Incluso el Barrio Maldito de los agotes ha producido buenos versolaris (dentro de lo poco buenos versclaris que somos en el país) y pelotaris excelentes, aunque de dos modalidades por las cuales los vizcaínos manifestamos

una simpatía muy mediocre, la del trinquete, en lugar del frontón, y la de la cesta y chistera, en vez de la pala, y el idioma único de Albuides a Anturiaga (Anturiaga y no Asturiaga, lo que, además de ser su primitivo nombre, anula la disparatada traducción de «Lugar de los asturianos», lo que en ningún caso, gramaticalmente, podría ser así, pues el sufixo «aga» implica singularidad en el objeto señalado, como el «eta» pluralidad; Bidebarriaga indicaría «Lugar del camino nuevo», y Bidebarrieta, «Lugar de los caminos nuevos», por lo que no podría decirse Asturiaga, sino Asturieta, pero no ofrece dudas que el nombre era Astuniaga) fué el euzkaro, aunque Guipúzcoa fuese Castilla incluso después de fundarse Hendaya en la ribera española.

El río tuvo una unidad lingüística y podía haberla tenido política desde la unión de Navarra con Castilla.

Ya he señalado que el vascuence más puro es el que se habla en esta zona, pero con la particularidad de que ofrece unas dificultades asombrosas para llegar a dominarlo.

En Arizcun cuentan que el demonio estuvo tres años detrás de una puerta escuchándolo, y cuando regresó a los infiernos, todo lo que había aprendido a decir era «bab» y «es», desde luego vocabulario excesivamente parco para llegar a entenderse con los otros diablos, en el caso de que éstos también hubieran sentido la veledad de aprender el euskera.

Los bardos rurales han cantado con más entusiasmo que fortuna el Bidasoa. Las brujas lo eligieron como el río más apropiado para sus aquelarres, y el peregrino normando Aimeric Picaud fué el que lo denigró al tratar como lo hizo a los pobladores de sus orillas en el folio cuarto del «Codex Compostelanus».

Sucedió en el siglo XII, cuando la montaña estaba poco o nula mente cristianizada, aunque atravesase el Bidasoa el camino santiagués.

Es seguro que todavía continuarían los euskeldunes bidasotarras adorando al Urtzi Thor, dios desconocido, según versión de Estrabón, que dice de los «vascos» que se regalaban y danzaban enfrente de sus moradas en honor a un dios desconocido... Nada desconocido... Urtzi es el cielo y Thor es el Thau, con su martillo totémico, y si se tiene en cuenta que todas las palabras que designan objetos cortantes tienen su raíz en el vocablo artz (pie-

dra), hay que suponer que pueblo y lengua son anteriores a las más remotas civilizaciones históricas, incluidas las de Asia Menor, pues ya en hebreo y en arameo existen vocablos que se refieren a instrumentos cortantes cuya raíz no es «piedra», y el vascongado conoce desde hace muchos siglos el arte de fabricar el hierro.

Aimeric Picaud, que ha desencadenado la ira de muchos euskérológicos, sin que yo me explique por qué hemos de ser tan picajosos con el peregrino, dejó escrito un relato de su viaje en el que nos acusa a los euskeldunes de ser una gente «horrible, perfida, infiel, salvaje, entregada a la bebida y al mal vivir...»

El romero cruzó el país de Laburdi y llegó a la orilla del Bidasoa. Explica cómo con anterioridad se había recogido su corazón viendo a un grupo de jóvenes que se dirigían a la iglesia acompañando a otros peregrinos.

En la ribera del río se encontró con la dificultad de que no podía atravesarlo. Entonces los jóvenes bidasotarras se brindaron a trasladarle en una barca hasta la orilla izquierda para que pudiera continuar su peregrinación, pero cuando se hallaban en el centro de la corriente se detuvieron para quitarle las pocas cosas de valor que llevaba encima. Después le condujeron a la otra orilla, «donde colmaron su desconcierto», pues no se les ocurrió otra cosa que acompañarle en su camino «en le chevauchant comme une ane»

No es que el paganismo y la brujería se dieran cita únicamente en las orillas del Bidasoa. Se extendían por todo el país—en la actualidad perfectamente católico y dogmático—, y existe una canción de aquelarre que comenzaba de esta manera:

*Donostiarak ekarridukuk
Geutariatik okerrá...*

(Los de San Sebastián han traído desde Guetaria el macho cabrío.)

Y esto no en la época en que a Aimeric le cabalgaban como si fuese un asno, sino cuando sorguifas y brujos se reunían en las cumbres del Aitzchuri (Peñasco Blanco), cerca de Zugarramurdi, a mediados del siglo XV, sin que estos aquelarres se limitaran a la vertiente española del Pirineo, pues algún tiempo después el rey Enrique IV de Francia era advertido «de que su provincia de Laburdi mucho la asolaban los hechiceros», y el caballero De Lancre anduvo quemando y ahorrando gente por tierras de Labort, de cuya costa «salían brujas que iban a Terranova y hundían los barcos de los balleneros».

Versolaris notables de una y otra orilla fueron: Etchaun, en Zuberoa; Ochalde, en Laburdi; Franchesa, en Guipúzcoa. Entre los pelotaris, Pequeño de Cambó, Michiko, Gascoina y Borotra, continuadores de Perkaín y herederos de sus glorias.

También los contrabandistas han sido y son muy buenos, pero parece que prefieren permanecer en el anónimo.

Respetemos su capricho.



para deshollinar su chimenea.

No espere para llamar al deshollinador o a... los bomberos.

DESHOLLIN resuelve todos estos inconvenientes, evita toda clase de molestias y le previene de enormes peligros!

DESHOLLIN es un preparado químico empleado con gran eficacia en el extranjero y su uso es tan fácil que solo debe tirarse el paquete entero al fuego. En pocos minutos quedará libre de hollín.



De venta
EN DROGUERIAS
Y FERRERIAS

DESHOLLIN

LIMPIA QUÍMICAMENTE CUALQUIER CONDUCTO DE HUMO DE ABAJO A ARRIBA

UNA EXCLUSIVA DE COMERCIAL HIEDRA
AV. REP. ARGENTINA, 41 · BARCELONA

DEPOSITO EN MADRID: ENRIQUE PASTRANA, TELEF. 31 70 57

LUISA FORRELLAD, Premio NADAL 1953

**TODAS LAS
NOVELAS
PRESENTADAS
FUERON DE
GRAN CALIDAD**

**El premio, visto cara
a cara con Dolores
Medio, Luis Romero
y el cocinero del
hotel Oriente de
Barcelona**



«Me gusta mirar siempre hacia arriba. Nunca hacia abajo», dice Luisa Forrellad

A las once de la noche de Reyes atravieso por primera vez las puertas del famoso hotel Oriente de Barcelona, donde momentos después se concedería el X Premio «Eugenio Nadal», de novela, correspondiente al año 1953. Los salones estaban abarrotados de gente. Un gran número de camareros servían la clásica cena de esta noche al número también sin fin de comensales. En la habitación número once, situada en el piso principal del edificio, el Jurado que concedería el «Nadal», compuesto de siete varones, hacía las primeras votaciones.

—¿Usted es de la Prensa?—me dijo un botones.

—Sí, soy, ¿por qué?—pregunté sorprendido.

—Pase usted por aquella puerta. Al fondo encontrará la mesa de Prensa reservada para ustedes.

—Gracias.

Entré en el amplio salón. Apenas se podía andar. El aire estaba lleno de humo de tabaco. Hacía una calor sofocante. Fuí a

la mesa de Prensa. Estaba llena de platos y comensales. Y no eran precisamente periodistas. Había de todo. Busqué sitio. Fue imposible. Todo estaba ocupado. Subí al piso de arriba. Todo igual: de bote en bote. En vista de que sería difícil acomodarse tuve una idea: ¡La cocina! Allá me fui.

Por el pasillo que a ella conducía era difícil caminar sin correr el riesgo de que algún plato cayera sobre uno. «¡Cuidado!» «¡Voy!» «¡Mancha!», decían los camareros al ir y venir con platos y bandejas que dejaban en cualquier sitio descuidadamente. En fin, un follón mayúsculo.

EL COCINERO MAYOR Y LOS PLATOS ROTOS

Los hombres de la cocina —unos 25 a vista de pájaro— me miraban de reojo. Sin duda se preguntaban: «¿Qué diablos hace este tipo aquí?» De buen seguro me tomarían por un perdido o un hambriento. Requiero al jefe de cocina. Le pregunto por

todo cuanto allí se había consumido.

—Una barbaridad—me dice en tono amable y simpático—. Con lo que se consumió aquí esta noche comían los vecinos de la calle Petritxol todo el año.

—Cante números.

—Doscientos pollos, 100 kilogramos de patatas, 50 de mantequilla, 25 de jamón, 25 de lomo, unos 20 de pastel, 250 kilogramos de lenguado, 20 de champillones, 10 de musa de tomate, 5 de huevo hilado...

—¿Qué más?

—Añada 800 tartas, 800 helados, 800 botellas de champán, 20 kilogramos de mejillones, 20 de langostinos, y no sé cuántas cosas más... Ponga, si le parece, 3.000 platos manchados, sumándole los que se han roto y cuanto usted quiera más porque este el cuento de nunca acabar.

—¿Cuántas cenas se habrán servido?

—Unas ochocientas.

—¿Por cuántos camareros?

—Sesenta hombres sirviendo y veinticinco cocinando.

—Y, ¿cuántos litros de aceite han necesitado?

—Un mar...

EN BUSCA DE LUIS ROMERO

Quando volví al salón, el micrófono cantaba las segundas votaciones. Los nombres de mujer eran acogidos con interés por la masa femenina. Todos los nombres eran desconocidos para mí, salvo uno: Castillo Puche, redactor de EL ESPAÑOL. En el correr del ruido hago amistad con el corresponsal de «El Pueblo Vasco». Nos dicen que está allí Luis Romero, Premio «Nadal» 1951, y le buscamos. Lo encontramos junto a Radio Nacional.

—¿Es siempre la novela premiada la mejor?

—Sin duda alguna.

—¿Entonces, como exceptuando «Nada» y «La Novia», si usted quiere, las demás han quedado un poco embarrancadas?

—No lo crea. Ninguna novela finalista ha conseguido tanto éxito como la premiada.

—Y, dígame, ¿no cree que en la concesión del Premio puede haber llamémosle «mentirijillas»?

—Eso es opinión de la envidia.

—¿Fué justo el «Nadal» el año pasado?

—El premio siempre es justo.

—Hablando con franqueza, como dos buenos amigos, ¿no es mejor «La puerta de paja» que «Nosotros, los Riveros»?

Luis Romero se sonríe.

—«La puerta de paja» dice es una gran novela, pero tiene mucho de leyenda. «Nosotros, los Riveros» es más novela.

«LAS MUJERES ESTAMOS DANDO MUCHO QUEHACER EN EL «NADAL», DICE DOLORES MEDIO

Dolores Medio fué exclusivamente a Barcelona para ver el «Nadal» de cerca y poder vivirlo este año, ya que el pasado estaba en Madrid.

—¿Estás emocionada?

—Sí, lo estoy. Estoy viviendo mi Premio «Nadal».

—¿Crees que esta noche ganará una mujer?

—No se puede decir nada todavía.

—¿Cuál de las tres mujeres premiadas te gusta más?

—Esas cosas no se dicen... Las tres.

Surge la sexta votación. ¡Nombres de mujer! Dolores Medio, marchándose hacia los micrófonos de Radio Madrid, nos dice:

—¡Las mujeres estamos dando mucho quehacer en el «Nadal»!

¡«SIEMPRE EN CAPILLA»!

Por fin se acerca el momento definitivo. Se espera con impaciencia. Suena el nombre ¡«Siempre en capilla»!... ¡Luisa Forrellad!... Se oyen rumores, desilusiones, luego aplausos. Nosotros subimos al piso de arriba. Nos acercamos a la habitación número once. Allí está el Jurado.

—¿Se puede entrar?—preguntamos a un camarero.

—Sí. Ya quedan pocos.

Entramos. Había tres o cuatro hombres muy colorados y con-



La nueva Premio «Nadal» explica a nuestro colaborador su vida pasada, sus ilusiones y sus deseos de llegar a ser alguien

tentos firmando autógrafos a unas señoritas. En la mesa en la que habían cenado, varias copas a medio vaciar. Los ceniceros estaban llenos de colillas de puros y cigarrillos. Se habla con visible alegría. ¡Forrellad!... ¡Sabadell!... ¡«Siempre en capilla»!... Con mucho tiento, como quien no le da importancia al asunto, preguntamos:

—¿Buenas novelas este año?

—Magníficas, excelentes.

—¿Qué tal la premiada?

—Una gran novela.

—¿Será la mejor novela que se ha premiado con el «Nadal»?

Hay unos breves momentos de silencio. Tras ellos se pronuncia el nombre de «Nada».

LA CENA DEL JURADO

Salimos de la habitación número once. Buscamos al camarero

que sirvió la cena del Jurado. Le preguntamos qué habían cenado y qué habían tomado.

—Primero una botella de manzanilla, siete docenas de ostras, tarta y pastel de foie-gras, cuatro pollos, medio kilo de langostinos cada uno. Tomaron unas siete botellas de varias bebidas y siete u ocho cafés cada uno.

—Gracias.

Salimos a la calle. La gente iba marchándose. En las Ramblas hacía un frío terrible. Metimos el pescuezo entre el cuello de la gabardina y nos largamos. Erán sobre las dos de la mañana. Barcelona, impasible, se dormía. Y allá en lo alto brillaban como estrellas las luces del Tibidabo.

José FERNANDEZ FERREIRO

LA PERSONALIDAD DE LUISA FORRELLAD, AL DESCUBIERTO

LA fama ha llegado con sus trompetas a un sencillo y apacible hogar de Sabadell. Ha llenado de bullicioso escándalo todos los rincones de la casa, sustituyendo por unas horas el lento y siseante ruido de las máquinas de devanar, que proporcionan el pan de cada día. Una muchacha de la casa acaba de oír su nombre voceado por las radios, de verlo jugando a las cuatro esquinas de la más rabiosa actualidad en las páginas de los periódicos, solicitado por teléfono por centenares de voces amigas y desconocidas. Flores, telegramas, relámpagos de «flash». Había sucedido lo que nadie pensaba. Luisa Forrellad acababa de obtener un espectacular premio literario, el «Nadal», llenando de sorpresa y asombro a los que la conocían y de curiosidad a los que jamás habían oído pronunciar su nombre.

Después de las primeras informaciones contradictorias o aproximativas, Luisa Forrellad se ha mostrado tal cual es, sin preparación escenográfica, sin misterio.

Ha explicado su vida diáfana, simple y activa, pero tocada por el demonio—¿o el ángel?—de la inquietud. Joven, bonita, inteligente, lista, con una franqueza impresionante, sin «arrière pensée»—al menos por el momento—, dominada por la alegría frenética, pero controlada por unos nervios de hierro y una voluntad fabulosa, de sentirse catapultada al logro de sus más caras ilusiones. Esta es Luisa Forrellad, ganadora del Premio «Eugenio Nadal» de novela del año 1954, cuya síntesis humana vamos a intentar ofrecer a nuestros lectores.

EL HOGAR DE LOS FORRELLAD

Sabadell ha sido llamado imperio textil en frase de gusto ochocentista. Ahora no nos gusta la retórica ni las imágenes Helenísticas. Pero ante Sabadell hay que descubrirse. En pocas ciudades de España he visto el amor que los sabadellenses tienen a la suya, unidos como están, además, por intereses comunes. De norte



Las dos gemelas, de extraordinario parecido, Luisa y Francisca. Francisca y Luisa, en el momento de recibir el fallo del «Nadal».

a sur y de levante a poniente de la población, el aire está saturado de olor a lana, a grasa, a tejido recién aprestado, y lo estremece el ruido de los batanes y los telares.

Allá todo el mundo depende, más cerca o más lejos, de la industria pañera. Los Forrellad no son una excepción. Poseen tres máquinas de devanar y llenan carretes para los fabricantes de tejidos. Industria modesta, familiar, artesana. Una de tantas pequeñas industrias auxiliares que son piezas insustituibles del complejo cañamazo productor de una ciudad íntegramente dedicada a una actividad.

La familia Forrellad la componen el matrimonio y dos hijas gemelas, Luisa y Francisca. El padre es el jefe de la familia y el jefe de la industria, a la que todos aportan su trabajo y su interés. La casa es sencilla, pero respirando todos los detalles la influencia casi masiva de la mujer, cosa muy natural en donde la proporción femenina es de tres por uno. Un zaguán que sirve de recepción de las pacas de hilado, el comedor con flores abundantes, un corredor amplio que sirve de sala de estar, un patio pequeño y, al fondo, la nave donde está instalada la industria. A la izquierda del patio, un cuarto diminuto, hecho de tabique, donde el frío en invierno es excepcional y donde el calor, en verano, ha de producir vahidos, que sirve de despacho. Dos mesas, una máquina de escribir de modelo anticuado y las paredes llenas de fotografías de las dos hermanas. Es allí donde Luisa escribe.

LA ANTI-«AUCA DEL SENYOR ESTEVE»

Santiago Rusiñol dejó pintados en su famosa «Auca del senyor Esteve» dos tipos de catalanes que todos hemos aceptado sin discusión: El del hombre materializado hasta la exageración, que vive para hacer fortuna, negándose el pan y la sal de cualquier goce espiritual, y el del hijo o nieto de este hombre, que puede dedicarse totalmente a su afición artística con inconsciencia bohemía y la vida asegurada merced

al esfuerzo y sacrificio del otro catalán.

Luisa Forrellad es la anti-«Auca del senyor Esteve». Y nos complace que así sea. Ella ha desarrollado toda su labor literaria trabajando. Pegada a la máquina, vigilando cuándo el aspa se acababa para poner una nueva madeja de hilo, anudando los cabos que se rompían, sacando los carretes terminados, ha ido dando salida y plasmando su mundo interior.

—La jornada era muy larga —explica—. Cuando se trabaja en casa no hay límite de horas ni término legal. Se trabaja cuanto es necesario. Y devanar es una ocupación que no esclaviza el cerebro. Las ideas andan en libertad. Pero no puedes perder tiempo, es imposible dejar la máquina para ponerte a escribir. Y ésta es la mayor angustia en un caso como el mío. Posiblemente si hubiera tenido una ocupación intelectual no escribiría novelas.

Trabajando, y trabajando en un oficio manual, como Faulkner cuando escribió sus primeras novelas al lado del horno de la fundición, Luisa Forrellad, dotada naturalmente para la obra de creación, ha unido en un nuevo —pero abundante— tipo de cata-

lán, las virtudes fragmentarias de la dinastía de los «Esteve».

LA NECESIDAD DE ESCRIBIR

Luisa escribe desde los dieciséis años. Sin formación literaria, sin otra disciplina que la impuesta por la voluntad, de una manera totalmente fisiológica, instintiva. Cuando confesó que había leído muy poco, recorrió el espinazo de los medios intelectuales barceloneses un escalofrío de estupor. Los imitadores de Bécquer, por haber leído a Bécquer; los seguidores de Baroja, por haber leído a Baroja; los simios de Somerset Maugham, por haber leído a Somerset Maugham, se rasgaron las vestiduras. Luisa Forrellad confiesa simplemente:

—He leído muy poco, porque no tenía tiempo. Si hubiera leído no habría podido escribir.

—¿Cómo es posible, pues, llegar a la corrección literaria que exige una novela sin un conocimiento del estilo de los grandes literatos, sin el ejercicio gimnástico de una lectura constante, formadora y enriquecedora del vocabulario y la forma?

—Hay personas que cantan sin saber música, sabiendo exactamente cuándo desafinan. Son los que tienen oído musical. Yo tengo—si damos por bueno el similitud oído literario. Cuando corrijo lo que he escrito me doy cuenta de una manera instintiva de los fallos de forma y de ritmo, y modifico las frases hasta que en mi interior suenan como había pensado.

Luisa Forrellad habla apasionadamente, pero segura de sí misma. Estas lagunas, imperdonables para los pacatos literarios, no la preocupan. Esta tan firmemente convencida del valor de su novela, que considera accidentes sin importancia estos hechos. Porque en novela lo importante es decir alguna cosa, y su cálido mundo interior, que sale a la superficie torrencialmente o con la violencia del surtidor de un pozo de petróleo, garantiza a la novelista. Sería pueril citar a Emily Bronte, porque en Luisa Forrellad parece asegurada, por un magnífico equilibrio vital, la continuidad literaria. Queda por comprobar, cuando aparezca la novela que consiguió cinco de los siete votos del Jurado, si era ne-



La casa de Luisa parece un «jubileo»; siempre está llena de amigos que acuden a felicitarla

cesario que leyera más de lo que ha leído. Pues considero necesario aclarar, para evitar confusionismos simplistas que concederian a Luisa Forrellad la condición de analfabeta, que mi impresión personal, a pesar de la pequeña vanidad con que dice que no ha leído, es que por sus manos han pasado bastantes libros. Su fino sentido crítico así lo demuestra.

—Si escribo—añade Luisa—es porque tengo verdadera necesidad de hacerlo. Es como si algo fermentara en mi interior. Como una infección. Cuando sale, al fin, escribiendo, escapa de mi pecho un suspiro de alivio.

EL CURIOSO CASO DE LAS DOS GEMELAS

Luisa y Francisca Forrellad se parecen extraordinariamente. En lo físico y en lo espiritual. Ambas han pasado horas y horas ante la devanadera, soñando con abandonarla un día, y por el camino del arte precisamente. Ambas tienen las mismas aficiones, los mismos gustos. Ambas escriben: Luisa, teatro en prosa y novela, en castellano; Francisca, teatro en verso, en catalán. La primera que comenzó a escribir fué Luisa, la primera que se emancipó de la máquina de devanar fué Francisca.

La unión de las dos hermanas es íntima, extraordinaria. Se complementan y se complementan. Se aman profundamente, en un amor casi novelesco. La primera crítica de la obra de Luisa se la hizo Francisca. La ganadora del Premio «Nadal» confiesa:

—Al principio me preocupaban las grandes frases rimbombantes, que me costaban un terrible esfuerzo de construcción. Cuando terminaba una, sudaba materialmente. Y parecía satisfecha, como si hubiera hecho una casa o devanado cien kilos de hilo. Fué Francisca la que me dijo: «¡Qué pesado es esto, hija! ¿Me dejas tachar?» Yo me opuse, porque me parecía que era criminal suprimir aquel esfuerzo. Pero tanto insistió que me decidí a podar aquel árbol frondoso de mi literatura. La poda fué intensa y no dejé casi más que el tronco desnudo, la expresión pura. Francisca diagnosticó: «Ahora me gusta.» Y tenía razón.

La entrada de Francisca a la tarea literaria es también muy curiosa. Luisa, que escribía mucho sin terminar nada, en un aprendizaje duro y difícil, tenía en su hermana su única admiradora. Un día le pidió una obra de teatro, de ambiente navideño, para sustituir con ventaja los «Pastorcillos» que representaban en el Centro Parroquial de la Purísima Concepción, donde las dos hermanas trabajaban. Luisa no encontraba la fórmula para esas obras de encargo. Francisca insistía.

—No me sale—dijo, al fin, Luisa.

—Pues la haré yo—contestó su hermana.

—¿Tú?

—¿Es que crees que todo lo que tú haces no puedo hacerlo yo?

Dotada de la misma exuberante fantasía y de la misma voluntad que su gemela, Francisca terminó la obra. Cuando la enseñó a su hermana, se sinceró previamente diciendo que había algo que no le sonaba. Estaba escrita en prosa, pero le había sa-

lido en verso sin darse cuenta. Esto lo descubrió Luisa y rápidamente dió forma poética a la rima, la métrica y la obsesión de las terminaciones, que inconscientemente presidían las líneas de un tirón que había escrito Francisca. A partir de aquella obra escribió otras, que fueron muy bien acogidas, y su fama trascendió. Hasta que fué nombrada subdirectora de Radio Sabadell, que es el cargo que ocupa ahora. El día del nombramiento fué a la fábrica y gritó, jubilosamente:

—¡Adiós! ¡Yo ya he terminado de hacer carretes!

Luisa la miró con tristeza. Su hora no había sonado aún. Pero cuando abandonara la devanadera lo haría por la puerta grande.

¿COMO ESCRIBO «SIEMPRE EN CAPILLA»?

El Premio «Nadal» tiene algo del cuento de la Cenicienta. El del año 1953, adjudicado a Dolores Medio, sirvió para abrir los grifos de una literatura periodística sentimental. Llegaron a pintarnos una novelista de auténtico cuento de Andersen, con el hambre y el frío por compañeros. Si la maestra de Oviedo podía llegar a la fama y a la fortuna ¿por qué no la devanadora de Sabadell? Esto mismo se planteó Luisa Forrellad, cuyas ambiciones eran bien definidas. El Premio estimula cada año los propósitos de infinidad de personas. Si pudiéramos conocer la estadística de cuántos empiezan una novela entre el 7 y el 10 de enero, quedaríamos asombrados. Pero, aunque sea un accidente externo el móvil de la acción, solamente llegan los dotados. Entre los que consiguen terminar la novela, tan sólo los que poseen la auténtica fibra serán alguna cosa. Y éste es el caso de Luisa.

Comenzó su novela el mismo mes de enero. No el día 7, como los que necesitan el latigazo o el estupefaciente, sino más adelante. Era preciso recapitular ideas y posibilidades, estudiar la obra pasada, confiar completamente en sí misma.

Cuando se decidió, Luisa estaba ya lanzada. Colocó un block al lado de la máquina, y mientras vigilaba el trabajo iba anotando todas las ideas, todas las situaciones que se le iban ocurriendo. ¡Ay, si tuviera tiempo! Esta era la angustia de Luisa, que temía le huyera la inspiración momentánea, y el block, a pesar de haberse inventado una taquigrafía propia, era insuficiente. La cabeza de la novelista era un volcán. Cuando podía abandonar la tarea se marchaba corriendo al despachito del patio y trasladaba a máquina sus apuntes. «Si no lo hacía en seguida—explica—corría el riesgo de que me olvidara de cuanto había anotado.» Escribe a máquina con dos dedos solamente.

Después venía la corrección, el ensamblaje, el situar cada personaje en el punto que su imaginación había previsto, el ejercicio de «oido» literario. Corregir y volver a corregir, preocupándose la forma tanto como el fondo, buscando la pureza de la expresión. Luisa Forrellad habla de sus personajes con pasión:

—Mientras trabajo en la devanadera o cuando escribo, mis

personajes me hacen compañía, son mis mejores amigos. Los amo profundamente. Llegan a ser seres con vida propia, independientes hasta de mi voluntad, que actúan con absoluta libertad. Son ellos mismos los que van modelándose, enseñándome las facetas de su carácter, abriéndome las verdaderas perspectivas de mi novela.

Cuando la novela iba adelantando, Luisa trabajaba vigorosamente. Ella misma se advertía: «¡Envejecerás antes de tiempo!» Porque muchos días eran las cinco de la madrugada cuando se retiraba a descansar. Su madre le hacía prometer, antes de encerrarse en el despacho, que no se retiraría más tarde de las dos. Luisa le decía que sí con el convencimiento de que lo haría, pero trabajando las horas perdían importancia. A veces, a la luz de la bombilla eléctrica se mezclaba una tenue claridad. Luisa, sin darse cuenta, comentaba: «¡Qué luna más bella!» Y no era la luna, era la pálida y azulada luz del amanecer que se filtraba por la pequeña ventana. La escritora saltaba de la silla. ¡Otra vez debería descalzarse al entrar a casa para que la madre no se diera cuenta!

Sus padres eran comprensivos, y al día siguiente podía ponerse a trabajar a las nueve y media. Cuatro horas de sueño son el balance de descanso de Luisa Forrellad durante muchos días. Su madre, cuando el padre protestaba, abandonaba la tarea en el hogar y ocupaba su puesto en la devanadera. Muchos carretes huyeron de las manos expresivas de Luisa para pasar por las abnegadas de la madre, que también, cayéndose de sueño, la ayudó a terminar la obra en limpio dictando hasta el alba.

PENSANDO EN EL «NADAL»

Sus padres, su hermana y el novio de ésta formaban el jurado. Luisa les iba dando a conocer los capítulos de la novela y estudiaba sus reacciones. Un día, temerosa de que no hubiera pasión en el juicio, a pesar de la honestidad crítica reconocida de su hermana Francisca, Luisa copió en una cuartilla unos párrafos de «La ciudadela», de Cronin, y puso en otra una escena de su novela, escrita aquel día. Lo leyó todo junto, como si fuera suyo, y al preguntar qué parte de la lectura les había gustado más, los cuatro votos familiares—ignorantes de la treta—fueron para la cuartilla de Luisa. Aquella noche trabajó con redoblado ardor. Y empezó a creer que el «Nadal» podía ser suyo.

A muy poca gente había dicho que tenía presentada una novela al Premio. Excepto su familia y los más íntimos. A unos compañeros a quienes lo explicó, le constataron con inusitada gravedad: —Oye, que allá es necesario escribir en serio.

Ahora todos los que dudaron de Luisa llenan su casa, que parece un auténtico jubileo. La que más creyó en el triunfo fué Francisca, que vió en la novela calidades insospechadas.

El día de Reyes, mientras en el Hotel Oriente de Barcelona se desarrollaba la votación, Luisa representaba un papel de la obra

teatral «Tovarich» en le Centro Parroquial. Estaba inquieta, nerviosa, aunque considerara vanas ilusiones su esperanza de obtener el Premio. Terminó su papel en el segundo acto y se marchó a casa para saber noticias sin quitarse el maquillaje tan sólo. Cuando llegó acababan de anunciar por la radio que Luisa Forrellad había obtenido el décimo Premio «Eugenio Nadal». La alegría que invadió aquel hogar sencillo es indescriptible. La noticia corrió al Centro Parroquial, y su hermana, que todavía debía trabajar en el tercer acto, navegaba verdaderamente por la escena. Se anunció desde el escenario la fortuna de Luisa, y una clamorosa ovación se unió cordialmente a la alegría de la joven actriz aficionada.

LA PERSONALIDAD DE LUISA FORRELLAD

La ganadora del Premio «Nadal» disimula bajo una cordialidad real y espontánea un complejo mundo íntimo.

—Yo no me aburro nunca—confiesa—. Escribiendo es cuando soy más feliz, pero también lo soy cuando, completamente sola, me abstraigo de cuanto me rodea. No necesito diversiones ni amigos. El cine me carga, las reuniones sociales me marean. Tengo la desagradable sensación que estoy robándome tiempo a mí misma. A veces, cuando me invitan sufro porque temo pasar por descortés o mal educada, y me disculpo diciendo que escribo. La gente me mira con ojos compasivos y me dice: «¡Ah, escribe!» Supongo que ahora ya no pensarán igual.

Luisa Forrellad detesta la vida espectacular. No la ilusionan ni los viajes, ni los grandes hoteles, ni la vida mundana. Añadiendo que ni por curiosidad. Su mayor alegría es poderse ir unos días a Mura, un pueblecito del Alto Vallés, detrás del Moncau, la montaña unida a Sant Llorenç de Munt, y realizar grandes caminatas completamente sola. Siempre va cuando ya ha terminado la temporada veraniega y ríe, satisfecha, cuando explica la preocupación del fondista por su soledad. Un día llegó a proponerle si quería que su hija, una niña de diez o doce años, la hiciera compañía.

—A la vida yo no le exijo otra cosa que tranquilidad exterior para que pueda vivir intensamente mi afición. Por esto me encuentro tan maravillosamente bien cuando estoy sola y alejada de todo.

Pero, a pesar de esta inclinación, que en Luisa no es misantropía, sino exuberancia vital, a otra gran pasión de la novelista es el teatro. Es una de las primeras actrices del cuadro escénico del Centro Parroquial de la Purísima Concepción, grupo audaz y con sentido, que ha archivadado todo el repertorio anacrónico y absurdo de los teatros parroquiales, y del que son puntales ella y su hermana. La capacidad de fantasía y de movilizar personajes—sustancia del novelista—aparece en Luisa Forrellad cuando dice que le gusta el teatro porque puede vivir vidas distintas cada quince días. Ha obtenido dos premios de interpretación, otorgados por F. E. S. T. A. (Fomento Espectáculo Selecto Teatro Asociación), entidad barcelo-

nesa que se ha propuesto dignificar y elevar el teatro de aficionados.

La novelista confiesa la verdadera edad, y no tiene novio, hasta con las protestas de su hermana, que sí lo tiene.

—La verdad es que tener veintiséis años me duele mucho, pero, ¿para qué voy a esconderlos? Mi hermana dice que mientras yo diga la verdad, ella no podrá esconderse ningún año. Ya sé que esto es una particularidad femenina, pues mis amigas también mienten cuando dicen su edad.

El aplomo de Luisa Forrellad le permite una franqueza que, aunque delicada en la forma, es de una terrible brutalidad. Su lucha contra la retórica y el barroquismo para encontrar el diamante de la expresión refleja su manera de ser personal. Habla de una manera directa, sin palabras inútiles, convirtiendo en fuente de agua viva su conversación.

«YO TAMBIEN DE- JO DE HACER CA- RRETES»

—Cuando decidí dedicarme a la literatura no pensé hacerlo como un aficionado más. Tengo la costumbre de mirar hacia arriba, nunca hacia abajo. Mi meta era ser novelista y vivir de la literatura. No soy la chica a la que salió por casualidad una novela autobiográfica. Mis ambiciones son concretas. Este es el primer paso. Seguiré escribiendo novelas. Desde hoy, pues, dejo de hacer carretes. Mi madre me ha dicho que a lo mejor ahora dejan de venirme ideas y tendré que volver a la davanadera. Creería muy poco en mí si me hubiera tomado en serio esta advertencia y esta posibilidad. Pero si así fuera volvería a hacer carretes.

La verdad es que nada asusta a Luisa Forrellad. De pequeña y hasta cerca de la juventud tuvo pasión por la medicina. Llegó a cursar algunos estudios de enfermera, porque su sueño de ser médico no podía cumplirlo. A pesar de esa pasión, aceptó sonriente el asma y los carretes. Vió en la literatura, porque iluminaba su interior la llama creadora, una posibilidad, y se entregó a ella en cuerpo y alma, no para satisfacción de unas horas, como los pintores domingueros, sino como medio y fin. Aunque durmiera solamente cuatro horas.

Todo lo hizo bajo el signo del optimismo. No tiene en el rostro, joven y bello, las arrugas de la fatiga moral, ni en los ojos cautivadores las ojeras de la desesperación. Ni los pómulos salientes del hambre. Es optimista porque siempre ha comido a sus horas y de una manera honrada. Trabajando. Una vida ajustada a un ambiente, con una gran tranquilidad de alma, fruto de una formación espiritual equilibrada, han forjado la voluntad y el optimismo, que, aliados a una indiscutible inteligencia natural y a una innata predisposición a la creación literaria, han podido construir la represa que ha embalsado su torrente interior, con-



Esta fotografía de Luisa Forrellad fue obtenida durante la representación de «La heredera», en la que interpretaba el personaje central

virtuéndolo en potencia creadora.

Algún vejestorio posromántico se escandalizará de la poca lectura y de la vida gris de Luisa Forrellad. Encontrará a faltar la huella del sufrimiento y se lamentará de que una persona que ha elegido el camino de la literatura no haya escogido también el camino de las privaciones, como si la vida amarga de la bohemia tuviera, intrínsecamente, algún valor literario. Todavía se confunde el arte con la gauduleria, y a veces tener vocación artística es tener tendencia a lo que en catalán llamamos «viur amb l'esquena dreta», o sea no doblar el espinazo. Así como es absurdo pretender que el novelista tiene que ser licenciado en Letras.

Luisa Forrellad ha trabajado de firme mientras formaba su personalidad literaria. La novelista, como buena catalana y, además, hija de Sabadell, donde el trabajo tiene casi resonancias litúrgicas, tiene los pies bien sentados en el suelo. Sabe que el aire no alimenta y que para escribir novelas, mientras no se demuestre lo contrario, se necesita un vigor físico además de un vigor intelectual considerable. El hambre puede inmortalizar y forjar estupendas ideas, pero puede robar fuerzas hasta para sostener la pluma.

Y si exige sufrimientos la carrera literaria, Luisa Forrellad también ha sufrido. De una manera deportiva, es cierto. Como el atleta en el estadio. Exigiendo a su cuerpo y a su alma que batieran una marca para vivir tranquila consigo misma y entregada totalmente a su vocación.

Falta ver ahora qué tal es su primera novela. Si responde a la impresión que causa su autora, podremos afirmar que realmente tenemos a una novelista.

De momento ha dejado de hacer carretes.

Manuel IBÁÑEZ ESCOFET
(Especial para EL ESPAÑOL.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



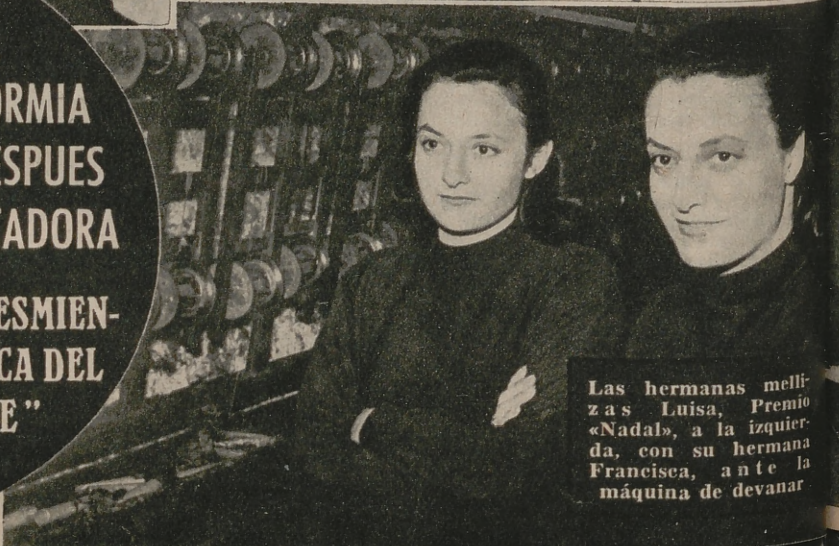
LUISA FORRELLADO PREMIO "NADAL" 1953



El día del fallo, Luisa
fué entrevistada por
Radio Nacional a tra-
vés del teléfono de su
casa

LA
GANADORA DEL
PREMIO "NADAL" DORMIA
4 HORAS DIARIAS DESPUES
DE UNA JORNADA AGOTADORA
UN TIPO CATALAN QUE DESMIEN-
TE LA TEORIA DEL "AUCA DEL
SENYOR ESTEVE"

VEA PAG. 59



Las hermanas mellizas Luisa, Premio «Nadal», a la izquierda, con su hermana Francisca, ante la máquina de devanar.